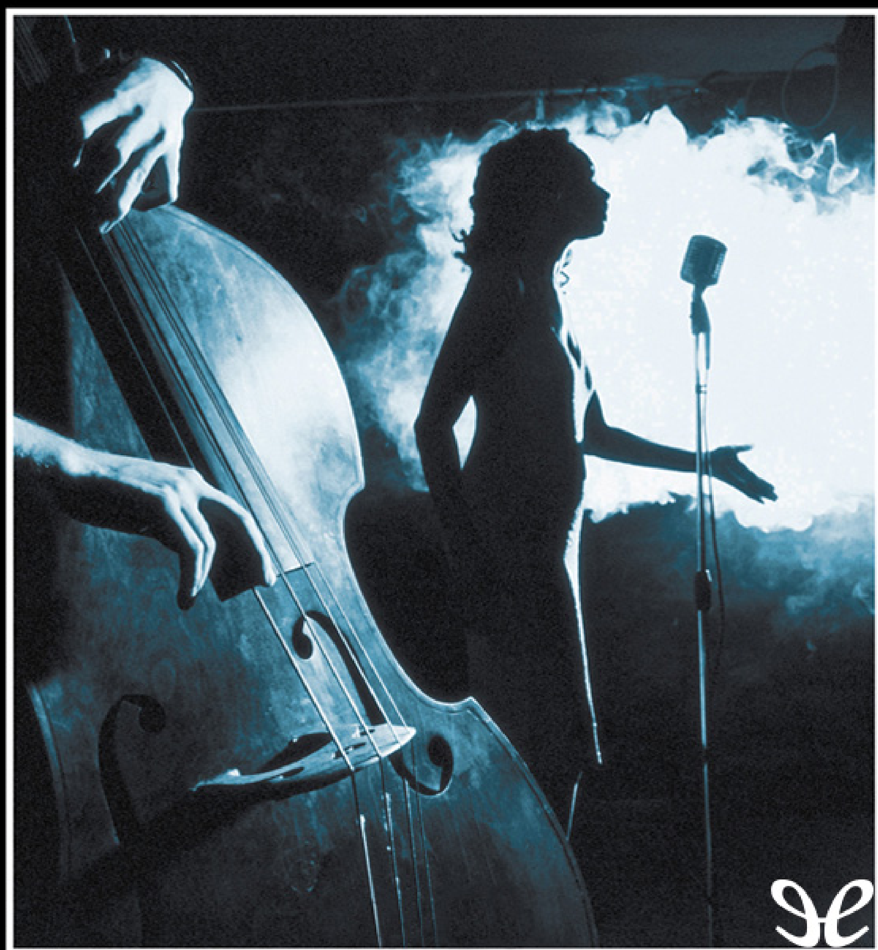
Leonardo Padura

AQUELLO ESTABA DESEANDO OCURRIR



El universo habanero de las novelas de Leonardo Padura ya es inconfundible, pero hasta ahora sus numerosos relatos nunca habían sido recogidos en un solo volumen. Sus cuentos son historias magníficas protagonizadas por soldados que vuelven de Angola a La Habana y recalan en Madrid —donde el azar los transportará al pasado—, o a los que, cuando por fin abandonan el país africano, les invade una extraña sensación de doble traición; por jóvenes estudiantes seducidos por boleros y cantantes de antiguo esplendor; por hombres solitarios que deambulan de noche por La Habana en busca de un afecto, de algún roce que, paradójicamente, los transforma en monstruos; por personas que sueñan con ser escritores y cuya propia biografía resulta ser el relato más conmovedor; y por todos esos cubanos que, a la desesperada, se embarcan rumbo a Miami… Estos relatos, que rezuman amor y mucho erotismo, mucha nostalgia y amistad, nos introducen de pleno en la atmósfera caribeña de una ciudad cargada de personajes inolvidables y de vidas por contar.



Leonardo Padura

Aquello estaba deseando ocurrir

ePub r1.0
Titivillus 19.04.15

Título original: *Aquello estaba deseando ocurrir*
Leonardo Padura, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Como siempre, para Lucía, que
vio crecer este libro.
Y también para los amigos, que
lo sufrieron cuento a cuento.

De buen gusto es callar como la piedra.

Eliseo Diego

La puerta de Alcalá

Aquello estaba deseando ocurrir.

Marco Aurelio
(Escrito tras la puerta del cuarto de
Seymour y Buddy Glass, en *Franny y Zooey*,
de J.D. Salinger)

1

Siempre había oído decir que llamar a las desgracias acaba por traerlas. Y el *Jornal de Angola* anunciaba otra vez una inminente invasión sudafricana. Cada semana se repetía aquella información, con certezas y evidencias consideradas irrebatibles, con datos logísticos y declaraciones gubernamentales, y aunque en los últimos veintitrés meses los bóers habían atravesado varias veces la frontera de Namibia con algún que otro avión amenazante y unos tanques innegables, la anunciada invasión no se concretaba. Pero leer esa noticia siempre le producía el mismo escalofrío. Era un miedo oscuro y tangible que nacía en el estómago y le debilitaba las piernas y le hacía rogar a lo que fuera que lo inminente esperara hasta después de febrero, cuando él ya estuviera bien lejos de todo aquello y sus dos años de misión en Angola se hubieran convertido en más pasado irreversible.

Sólo que aquel miedo sí podía tener efectos inmediatos. Apenas había leído el titular y unas líneas del primer párrafo y debió abandonar la cama y andar deprisa hacia el baño, con el periódico bajo el brazo, mientras desabotonaba su pantalón. Al cabo de tantos meses ya conocía las causas y efectos de aquel sentimiento incontrolable que había adquirido en Angola y, de algún modo ambiguo hasta para sí mismo, lo disfrutaba con la tranquila convicción de que su miedo no era precisamente cobardía. Por eso, sentado en la taza, se dedicó a rasgar con esmero la parte de la primera plana que desataba sus angustias, dispuesto a vengarse del modo más escatológico y simbólico que conocía: se limpiaría el culo con la noticia, y mientras esperaba el fin de aquel reflejo incondicionado, volteó el pedazo de periódico y descubrió una breve cuña con un título de apenas diez puntos que advertía: «TODO VELÁZQUEZ», y luego reseñaba que entre el 23 de enero y el 30 de marzo estaría abierta en el Museo del Prado la llamada exposición

del siglo, donde se reunían, por primera y única vez desde que fueron pintadas, setenta y nueve obras maestras del artista sevillano, llegadas desde todas partes del mundo para sumarse a los fondos del gran museo español.

Mientras se aplicaba concienzudamente a limpiarse con la página deportiva del periódico, se dedicó a pensar en otra de sus obsesiones predilectas: «El mundo es una mierda», se dijo, «yo cagándome en Angola y la gente en Madrid preparándose para ver, justamente, una irrepetible exposición de Diego Velázquez». Desde que había salido de Cuba, hacía ya casi dos años, ni un solo instante había dejado de pensar de ese modo. Lo pensaba cuando, dos veces por semana, le escribía a su mujer aquellas cartas interminables y desgarradas en las que volcaba su desesperación; lo pensaba en las tardes, cuando se asomaba a la ventana de su cuarto y se ponía a estudiar la vida en el campamento que varias familias habían instalado en un almacén abandonado por los portugueses en 1976, y veía cómo los hombres, acuclillados y mascando unas hierbas, veían a su vez a aquellas mujeres marchitas que hervían la yuca y el pescado para el funche en un fogón de leña, mientras les daban de mamar a unos niños mocosos y lentos que quizás nunca sabrían ni de la existencia de la palabra felicidad. También lo pensaba caminando por las calles de Luanda, esquivando los basureros de cada esquina, volteando la cara al paso de los incontables mutilados de una guerra real e interminable, cuando solía preguntarse por qué carajos había gentes condenadas a vivir así, mientras él, precisamente él, deambulaba sin expectativas ni hambre, por aquella ciudad enferma y ajena que no se le entregaba ni se dejaba comprender y cuyo destino final tampoco lograba imaginar.

Cada amanecer, desde entonces, era una cruz en los tres almanaques pegados sobre su cama, el último de los cuales terminaba abruptamente: era apenas el mes de enero de 1990 y ahora le faltaban sólo ocho números por tachar.

—Pero ¿con qué la ligaste, compadre, ron, marihuana y qué más? Porque esa nota no puede ser normal, por mi madre que no. —Y el director del periódico parecía tan convencido que negó además con la cabeza, y sonrió. Habitualmente, casi todo le daba risa, aunque

de cierta forma ahora tenía razón, se dijo, pero insistió.

—Mira, Alcides, tú sabes que yo no soy bobo. Aquí hay una pila de gente que se va por Berlín o por Madrid, y si tú empujas yo me puedo ir por Madrid.

—¿Y qué digo, que quieres ver unos cuadros en España? Mira, Mauricio, si digo eso lo menos que me pasa es que me interrumpen la misión por comemierda.

Afuera se levantó una brisa inesperada y el director tuvo que lanzar sus brazos para evitar que se le volaran los papeles del buró. Parecía que por segunda vez en todo aquel verano llovería sobre Luanda, y Mauricio deseó que cayera un aguacero asolador.

—¿Por qué?, porque van a pensar que yo lo que quiero es quedarme en España, ¿no? Esto es del carajo, Alcides. Aunque hayas estado dos años «aruñando» en Angola, y te hayas quedado cegato con la cloroquina y se te hayan jodido hasta las tripas de comer carne en lata, siempre hay algún cabrón que va a pensar que te quieres quedar. Eso me parece encantador…

El director terminó de acomodar los papeles y encendió un cigarro. Había dejado de reírse y se pasó una mano por la cara, como si tratara de borrar con el gesto todo el cansancio y las arrugas que había acumulado en los últimos meses. En Cuba era apenas subdirector de un periódico provincial, pero era también un cuadro confiable y lo mandaron entonces a dirigir el semanario de los colaboradores en Angola, donde hacía su trabajo con la mayor seriedad. De todas formas, era un hombre afable y hasta inteligente.

—Mira, Mauricio, yo creo que te conozco —dijo al fin sin sonreír—. Yo creo que aquí en el Africón se conoce mejor a la gente, pero no quieras que los demás piensen como yo. Tú tienes un mojón en el expediente y eso lo sabe aquí hasta el loco que anda en cueros por la plaza Kinaxixi. Y si te quedas en España no serías el primero, y tú lo sabes. Además, está el lío del pasaje…

—Entonces me van a seguir sacando eso, ¿no? Lo jodido es que para otra gente no hay líos. Por lo menos para los que se han quedado.

El director volvió a sonreír, apenas sin deseos de hacerlo, y desde su asiento lanzó el cigarro por la ventana.

—No me chantajees, cabrón… Así que una exposición de Velázquez… Está bien, voy a ver qué te resuelvo, pero acuérdate

que si haces una locura a mí me cortan los cojones.

—Sería un buen pretexto —dijo Mauricio, y pensó que a veces la vida no era sólo una mierda.

Para Velázquez, al menos, la vida no fue una mierda. Algo así trataba de demostrar Emma Micheletti en el librito sobre el pintor que Mauricio había encontrado en una de las tres librerías de Luanda durante sus primeros meses de misión, cuando todavía visitaba los museos y las librerías. El tomito *Velázquez* estaba empolvado y manchado, en un estante del fondo y junto a otros libros insólitos —*La República*, de Platón, en alemán; las *Obras escogidas*, de Erasmo, en italiano; y unos folletos sobre fútbol soccer en portugués—, y aunque lo vendían como nuevo, el libro ya había tenido un dueño: María Fernanda, quien además de firmarlo y fecharlo (9-7-1974), había subrayado varios párrafos y oraciones que le parecieron notables por diversas razones —o quizás por una única—. Tal vez por su misma incapacidad para ver más allá de lo anecdótico o por su total inhabilidad para marcar dos trazos, Mauricio nunca había sido un conocedor profundo de la pintura, pero desde que descubrió las marcas de María Fernanda, aquel volumen n.º 26 de la colección «Los diamantes del arte», publicado por Ediciones Toray, de Barcelona, en 1973, se convirtió en una amable incógnita para él. El hecho de que aquel libro estuviera en venta era el primer enigma, y la persona de la tal María Fernanda fue el segundo y más provocador misterio. Al principio se dijo que debía de ser uno de los portugueses que en 1975 y 1976 huyeron de Angola dejando atrás negocios, casas y hasta perros y libros; pero cuando rastreó sus huellas y obsesiones y la conoció mejor, decidió que tal vez María Fernanda había sido una incontrolable enamorada a la que siempre se le había negado el amor.

Dos subrayados del libro lo indujeron hacia este poético convencimiento: en la página cinco, en el extremo superior y señalado por dos barras paralelas en cada margen de la hoja, la dueña original había marcado con un bolígrafo azul: «En 1624 se establece en Madrid con su familia, en la calle de la Concepción. Su relación con el rey sólo terminará con la muerte del pintor y, si alguna vez esta condición disminuyó su libertad, en cambio le

ofreció la posibilidad de una vida tranquila, libre de preocupaciones financieras y, por otra parte, el soberano nunca le oprimió exageradamente con obligaciones ni condiciones».

Tres páginas después, al comenzar el epígrafe «La obra», la presunta amante desafortunada había subrayado todo el primer párrafo, ahora con tinta roja, y al final había abierto una desconsolada admiración. «La existencia de Velázquez», decía Emma Micheletti para el agrado o preocupación de María Fernanda, «fue decididamente feliz y, al observar algunos de sus elementos, es casi instintivo considerarla paralela a la de Rubens, quien, como hemos visto, se hizo amigo suyo. Nacidos los dos en junio, parecen extraer ambos de este nacimiento en el luminoso mes estival los auspicios para una vida acomodada y feliz y para una afirmación artística precoz, segura y gloriosa. Ambos estuvieron al servicio de soberanos comprensivos y generosos a los que sirvieron con fidelidad y con amor; ambos murieron en edad todavía vigorosa, apenas superados los sesenta años, alcanzada ya la meta ideal de su vida artística, cuando verdaderamente poco habrían podido añadir a su estilo y su técnica más perfeccionados. Diferentes, tal vez, fueron en cuanto a su espíritu, en cuanto a su fuerza expresiva y emotiva; en cuanto al carácter, Rubens era violentamente vital, inmediato y extravertido; Velázquez calmoso, reflexivo y observador atento.» (!)

Sólo un espíritu sensible y enamorado, con cierta inclinación al suicidio, se preocupa tanto por la felicidad y la seguridad, se dijo Mauricio, y lo persuadió definitivamente en su idea la huella más insólita dejada por María Fernanda en aquel libro que tanto debió de haber querido. Eran dos puntos, apenas perceptibles, en el borde inferior de las ilustraciones sesenta y tres y sesenta y cuatro del catálogo de obras de Velázquez que ocupaba la segunda mitad de la obra. Mauricio descubrió los puntos porque a él también lo habían atraído aquellas dos pinturas, menos célebres que *Los borrachos, Las Meninas, La Venus del espejo* o *La túnica de José,* pero singulares y magnéticas por su tema y concepción. En la referencia a las obras se leía: «63. VISTA DEL JARDÍN DE LA VILLA MÉDICIS. Sobre tela,
48 × 42 cm.
Madrid, Prado. Se lo conoce como *La tarde*. Con su pareja, llamado *El mediodía*, fue realizado probablemente en 1650. Los dos cuadros

son una verdadera excepción en la producción del maestro. Figuraban ya en los inventarios del Alcázar en 1666 y están en El Prado desde 1819».

Desde entonces, Mauricio soñó con María Fernanda y con visitar El Prado para ver aquel díptico deslumbrante en el que Velázquez abandonaba los espacios cerrados, los reyes, papas, príncipes y bufones y anunciaba displicentemente, aunque con dos siglos de adelanto, a Corot, y también a Van Gogh, Renoir, Monet y el impresionismo del XIX. Sobre todo en *La tarde*: aquellos árboles que Mauricio decretó que debían ser cipreses, aunque nunca había visto un ciprés en su vida, de hojas difuminadas sobre los arcos de una galería renacentista, y la luz imprecisa y tibia, pero resuelta, que borraba los contornos de los dos personajes prestos a conversar en un primer plano y del hombre de la capa que, al fondo, disfruta de espaldas al espectador del paisaje de pinos y sauces que se pierden en la distancia. Aquella tarde magnífica en el jardín de los Médicis daba deseos de vivir y transmitía el júbilo que debió de sentir el artista mientras dejaba correr, libre y sin compromisos con reyes más o menos comprensivos y generosos, sus mejores pinceladas de hombre apacible.

Al cabo de un tiempo, Mauricio no tuvo ya ninguna duda: Diego Rodríguez de Silva y Velázquez había sido feliz al menos una tarde de su vida y María Fernanda era una mujer etérea y encantadora, que andaba por el mundo con aquel libro que la volvía loca de envidia por no haberse sentido feliz siquiera un mediodía. María Fernanda había comprendido que la felicidad es un privilegio demasiado esquivo para los que no son reyes y quizás se había perdido en la selva africana buscando su propio reinado en la soledad.

—Dale, compra una botella de ron, que me la debes —le dijo Alcides y, por supuesto, sonrió. Pero Mauricio lo miró serio, incrédulo y esperanzado.

—No me jodas, Alcides.

—Te vas el día tres por Madrid. Llegas allá a las cuatro de la tarde y sales el cuatro a las diez de la mañana para La Habana. Te da tiempo, ¿no?

Mauricio fue al cuarto y buscó las siete mil kwanzas. Aquello bien merecía el ron que el director le exigía y bajó hasta el cuarto piso. Ortelio, el del almacén central, siempre tenía, para él y para sus amigos, era el eslogan de su negocio, para los amigos a siete mil kwanzas la botella de Havana Club tres años, y algunas otras menudencias más o menos apetecibles: cartones de cigarros, por ejemplo.

Sentados en el balcón del apartamento descorcharon el litro y Mauricio no pudo evitar que se le ocurriera un brindis.

—Por Velázquez.

—Por mí, qué carajos —dijo Alcides y rozó el vaso de su subordinado—, porque si no es por mí, se jode Velázquez.

Y bebieron. Bebieron varios tragos hablando del calor, del tiempo que le faltaba a Alcides y de las cosas que haría Mauricio al llegar a La Habana: templarse diez veces seguidas a su mujer, pasarse una semana en la playa, comerse una *pizza* en La Rampa y no hacerse una paja más nunca en su vida, porque se le había puesto el tubo que parecía un manubrio de bicicleta: tenía los cuatro dedos marcados. Y sobre todo caminar por las calles en la noche, sin que nadie se lo prohibiera ni en la oscuridad lo esperara un enemigo invisible.

—¿Y qué vas a hacer en el periódico?

Mauricio terminó su quinto trago antes de responder.

—No sé, espero que después de estos dos años me quiten el pie de arriba y me dejen escribir otra vez de cultura.

Alcides lanzó la colilla a la calle.

—Te llevaron recio, ¿no?

—Recio y pico. Primero me pusieron a reescribirles los trabajos a los corresponsales de provincia y después me mandaron para acá, para probarme.

—A mí me pusieron la cabeza así contigo. Me advirtieron que te vigilara y todo.

—¿Y me lo dices ahora, cabrón?

Alcides encendió otro cigarro y bebió más ron.

—¿Qué tú querías, que me tirara de barriga contigo sin saber quién coño tú eras? No jodas, Mauricio.

Mauricio sonrió y vio cómo el sol se perdía detrás del Hotel Trópico.

—Pero me alegro de haberte conocido bien. Tú eres el mejor periodista que ha trabajado conmigo.

—Gracias por el cumplido, jefe.

—Ojalá que las cosas te salgan bien y que no te quedes en España. No por mí, sino por los que te jodieron. No les des la razón.

—Parece que voy a pasarme la vida a prueba, como el *Challenger*.

—Dame más ron. Parece que va a llover otra vez.

—Te imaginas que voy a ver la exposición del siglo, compadre. Que voy a ver por fin la *Vista del jardín de la Villa Médicis*…

Y otra vez Alcides sonrió y bebió otro sorbo de ron.

—Tú terminas loco o metiéndote a maricón. Me la juego que sí. —Pero esta vez no sonrió. Miró a los ojos de Mauricio y le dijo—: ¿Tú crees que en Cuba nos volvamos a ver?

El ron y la noticia de su viaje a Madrid le habían provocado cierta euforia ligera y Mauricio pensó hacer un chiste, pero se contuvo.

—¿Tú crees que después que salgamos de aquí sigamos siendo amigos?

—Me gustaría que sí —suspiró Alcides y parecía triste. Generalmente el alcohol le ponía a flote sus más íntimas nostalgias —. Porque creo que te voy a extrañar. Son como quince meses viéndote la cara todos los días.

—Ojalá pudiéramos seguir siendo amigos. Cualquier guerra es demasiado jodida para que al final uno se quede sin las cosas más importantes, ¿no?

—Te voy a visitar un día y yo voy a llevar el ron. De verdad que me gustaría.

Mauricio miró hacia la calle, que se oscurecía con las nubes cada vez más bajas, y lamentó la desconfianza que durante varios meses sintió por aquel hombre. En Cuba tal vez Alcides nunca hubiera sido su amigo, quizás ni siquiera habrían conversado jamás, pero allí, entre tantas nostalgias, miedos y soledades, todo podía ser distinto y definitivamente indeleble: sí, se alegraría al verlo otra vez, con sus tres bolígrafos en la guayabera, su sonrisa insoportable y sus manías de hombre atinado y demasiado responsable.

—Espero por el ron —dijo al fin.

—Hasta tengo ganas de abrazarte —dijo el otro.

—Tú también terminas loco o maricón —dijo Mauricio y trató de imitar la sonrisa perenne del director.

Todavía le parecía mentira. La cadena de contingencias que lo habían puesto en Madrid, aquel 3 de febrero de 1990, era demasiado compleja para ser posible y mucho menos real. Pensó cuánto le hubiera gustado contarle todo eso a María Fernanda: desde sus problemas en el periódico hasta el hallazgo de su libro, y pedirle que lo guiara hacia El Prado para ver juntos las setenta y nueve pinturas del sevillano y convencerse al fin de que la dueña del libro era precisamente esa mujer que lo había buscado toda la vida sin imaginar siquiera que él vivía en un barrio polvoriento y pendenciero de La Habana, que hasta dos años antes jamás imaginó cuánto lo podría añorar… Cuando era muy joven y leía biografías de hombres notables, Mauricio se aficionó a desentrañar los vericuetos que van haciendo las vidas de las gentes: un encuentro casual, una decisión inesperada, un acto fortuito: ¿por qué en su propia vida no habría nada de eso? Él mismo se consideraba una equivocación y su existencia le parecía una sucesión de frustraciones y errores que lo habían llevado a perder todas las ambiciones, todos los sueños. Si él no era un aficionado a la pintura y jamás en su vida se había detenido a observar una reproducción de Velázquez, ¿por qué se había encontrado sólo aquel libro y no a la mujer que lo había marcado con sus desvelos? Últimamente había empezado a imaginar el físico de María Fernanda. Al principio era sólo espíritu, voz y misterio, pero ahora se le aparecía como una mujer pálida y apacible, de ojos grandes y muy húmedos, que sonreiría a través de un espejo al verlo llegar. Así la encontró en la ilustración sesenta y siete del libro, tendida y desnuda. Pero ella nunca lo vería llegar. Por ahora debía conformarse con la Venus de Velázquez.

—Por favor, ¿hasta qué hora está abierto el Museo del Prado?

El guardia de inmigración miró la foto del pasaporte y entonces levantó la vista.

—La verdad, señor… —respondió y alzó los hombros, desamparado y confundido.

—No importa —dijo Mauricio y recogió sus papeles. Pasó al

salón de equipajes y no pudo evitarlo: la brillante limpieza del aeropuerto lo deslumbró. Dos años caminando por calles que sólo limpiaban el viento y los muy esporádicos aguaceros de Luanda y viviendo en un apartamento con otros tres hombres que se turnaban para no barrer, bastaban para que aquel piso sin polvo ni colillas lograra encantarlo.

Miró su reloj y suspiró: las cuatro y veinticinco. Nadie a su alrededor tenía cara como de saber a qué hora cerraba el museo. Había calculado que estaría abierto hasta las nueve. Que saldría del aeropuerto a las cinco, pasaría por el hotel a dejar las maletas y a más tardar a las seis estaría en El Prado, con tiempo suficiente para emborracharse de Velázquez.

Fue al baño y mientras orinaba miró de nuevo el reloj: «Sí, estoy en Madrid», se dijo, a las cuatro y media de la tarde, y al salir comprendió que era feliz pues su maleta corría por el río mecánico de los equipajes. Secó el sudor de sus manos y se prohibió mirar otra vez el reloj.

El autobús lo dejó en la Puerta del Sol. Su compañero de asiento en el viaje desde el Hotel Diana le había explicado cómo tenía que hacer: una de las calles que desembocan en la Puerta del Sol es Alcalá. Tomas todo Alcalá y cuando llegues al Banco de España ya estás en Paseo del Prado, tuerces a la derecha en la fuente de Cibeles y ahí está el museo, macho, le dijo y le confirmó lo más importante: Está abierto hasta las nueve.

Atravesó la plaza y resistió todas las tentaciones: los cafés, las tiendas, los candongueros africanos devenidos vendedores callejeros de gafas, aretes y otras baratijas de contrabando. Ahora sufría un imprevisto ataque de nostalgia: desde que su compañero de autobús le habló del Paseo del Prado, dos leones de bronce, traídos desde el Prado habanero, se habían instalado en su memoria y le reavivaron los deseos de estar al fin en su casa, con la mujer, los perros y los libros que tanta falta le hacían para vivir.

El frío de Madrid era soportable: una pizarra digital, junto a un semáforo, marcaba la temperatura y la hora: trece grados y las 5:39 de la tarde. Y Mauricio sintió deseos de correr. La gente caminaba

deprisa, conversaban sin parar y fumaban como condenados. Entraban y salían de los bares acomodándose sus abrigos de piel o de lana. Miraban los escaparates de las tiendas y calculaban si era cierto lo de las rebajas de fin de temporada. Corrían hacia la boca del metro con un desenfreno capaz de llevarse por delante cualquier obstáculo humano. A Mauricio le agradaba pensar que ninguna de aquellas gentes, sin embargo, podría tener la más mínima idea de quién era él y qué hacía en Madrid, con deseos de correr y eufórico como hacía mucho tiempo no llegaba a sentirse. Las manos ya no le sudaban y sólo quería detenerse para tomarse un café, pero no se permitió ese lujo. Toda su fortuna eran dieciséis dólares y ya había tomado bastante café en Angola.

El Paseo del Prado lo sorprendió: estaba ahí, frente a él, inconfundible aunque sin leones de bronce, y se colocó entre los que esperaban el cambio de luz. Sin darse tiempo para contemplar la celebridad de la Cibeles, atravesó la calle y dobló a la derecha en el corredor central de la avenida, poblado de árboles, tal vez cipreses, desnudos y oscuros. Estaba a menos de doscientos metros del museo y al fin le pareció que sí, que era verdad, y por un momento se acordó de Alcides. En el recuerdo, Alcides sonreía. Y entonces empezó a correr hacia el apacible atardecer en la Villa de los Médicis.

Cuando el celador del museo le explicó que la instalación cerraba los lunes y abría los martes a las nueve de la mañana, y que le daba pena que hubiera venido desde Angola, eso queda por el Congo, ¿no?, y se fuera al día siguiente, pero que él no podía hacer nada, que estaba cerrado-cerrado, señor, Mauricio se convenció de que la vida era una mierda, aunque uno estuviera un 3 de febrero ante las puertas del Prado, a sólo una pared de distancia de setenta y nueve obras maestras del afable Diego Velázquez. Sobre todo si era lunes.

Un lunes había muerto su madre, recordó. Un lunes la UNITA había atacado la caravana donde iba su socio Marquitos, el fotógrafo, que fue el único muerto en la escaramuza; un lunes lo habían llamado a la dirección del periódico para halarle las orejas y hasta la vida. También se había casado un lunes, y se dijo que no tenía constancia

ni para la mala suerte.

La fuente de Cibeles lanzaba sus chorros de agua sobre la carroza de mármol y Mauricio tuvo que sonreír ante el detalle que podían gastarse los europeos: un pequeño cartel advertía que los tulipanes rojos, amarillos y púrpuras, sembrados alrededor del monumento, eran un obsequio de la alcaldía de Ámsterdam al Ayuntamiento de Madrid. Se detuvo en el nacimiento de aquel Paseo del Prado desprovisto de leones y se sintió vacío y extenuado. Pensó en regresar al hotel, taparse la cabeza y dormir hasta olvidarse de todo, pero una señal en la calle y una canción lo obligaron a cambiar el rumbo: PUERTA DE ALCALÁ, decía, y una flecha indicaba hacia la derecha, cuando empezó a cantar aquella melodía que dos años antes había llegado a odiar, cuando su hermano copió el casete de Ana Belén y los moradores de la casa estaban condenados a oír, a todo volumen y unas diez veces al día, «Mírala, mírala, mírala, \ la Puerta de Alcalá, \ mírala, mírala, mírala…». Al carajo: la miraría.

Mirándola, Mauricio comprobó que hubo suficientes tulipanes holandeses para engalanar también la Puerta de Alcalá, la monumental entrada al viejo Madrid, que Carlos III ordenó construir a Sabatini en su propio honor de rey ilustrado y victorioso. Bajo aquellos cinco arcos triunfales, ahora vedados a los transeúntes por los canteros de tulipanes, corrieron durante muchos años los mejores toros de lidia destinados a morir en la arena y pasaron reyes y ejércitos, aguadores y mendigos. Tal vez su inefable María Fernanda miró también alguna vez aquel monumento estricto después de recrearse en El Prado con las luces y colores tan delicados de Velázquez y comprar en la *boutique* del museo el librito que el destino llevaría años después hasta las manos de un oscuro y sancionado periodista cubano, acusado de no poseer la suficiente firmeza ideológica para ser un orientador de las masas, según constaba en su expediente… ¿Qué tendría ella en su mente mientras la miraba? Mauricio quiso imaginar lo que pensaba María Fernanda, pero terminó volviendo a sí mismo: ¿tendría una segunda oportunidad en su vida para estar en Madrid y atravesar por fin las puertas de El Prado? ¿Qué haría con sus escuálidos dieciséis dólares: intentaba emborracharse y rendir su particular triunfo a

Baco, o se comía un cocido madrileño, o le compraba a su mujer los ajustadores que le había encargado? ¿Qué sucedería cuando regresara al periódico, purificado y redimido al fin por su abnegada estancia en Angola, evaluada de excepcionalmente positiva, laboral, ideológica, militar y políticamente por Alcides y refrendada por el núcleo del Partido y la jefatura de la Misión? Pensando y mirando la Puerta de Alcalá, Mauricio hasta se olvidó de la canción y de Velázquez, y se decidió por el cocido madrileño cuando vio al hombre vestido con un elegante traje gris que, en la otra punta de la calle de Alcalá, justamente en la línea que sus ojos tendían bajo el arco principal de la puerta, miraba concentrado las figuras que coronaban el monumento. Entonces el hombre bajó la vista y su mirada hizo el mismo recorrido, pero en sentido inverso, al trazado por la mirada de Mauricio: sobre los tulipanes, a través de la puerta, sorteando el tráfico de la calle, y también lo vio. No puede ser, dijeron Mauricio y el hombre del traje gris en el mismo instante, cada uno en su lado de la Puerta de Alcalá.

2

Faltaban apenas tres meses para graduarse, Mauricio de filólogo y Frankie de arquitecto, cuando Charo, la novia de Frankie, llamó a Mauricio y le dijo: «Frankie se fue por el Mariel. Fue a la oficina que abrieron en el Cuatro Ruedas y dijo que era maricón y le dieron la salida. Te dejó dos libros».

Los libros eran los dos tomos de la *Historia de la arquitectura moderna*, de Leonardo Benevolo, que Mauricio siempre había querido tener y, sin embargo, jamás volvió a leer desde que fueron suyos.

Se habían conocido cuando comenzaron el décimo grado en una secundaria de La Víbora y fueron compañeros de aula hasta terminar el pre. Los cinco años de la carrera los distanciaron un poco, se veían alguna noche para ir al estadio si los Industriales estaban en buena racha o los sábados para oír discos de Chicago y los Creedence y tomarse unos tragos de ron, pero Mauricio siempre lo consideró un buen amigo. Además, tenían otros gustos en común —Marilyn Monroe (como excepción) y las mujeres trigueñas (como patrón), las novelas de Raymond Chandler, el bar del Hotel Colina con su mural de perritos bebedores y los *blue-jeans* y las sandalias sin medias— y sentían lástima por los perros callejeros y cierta inquina indefinible por los maricones. Y como Frankie era católico y Mauricio ateo maldiciente, nunca hablaban de religión: preferían soñar qué serían en el futuro. Claro: un gran arquitecto y un escritor famoso.

Mucho tiempo después, cuando era el redactor joven más solicitado del periódico y lo llamaban de la dirección para encargarle ciertos trabajos especiales, Mauricio escribió un laureado reportaje sobre la inmigración china a Cuba y tuvo por primera vez una idea cabal del drama del desarraigo. Entonces pensó en su

antiguo compañero de aula y aficiones, y recordó que una tarde, caminando por el barrio chino, habían hablado algo sobre aquel tema.

«¿No te da lástima? A mí me parten la vida estos chinos, la soledad se los está comiendo por una pata y ya no tienen base para donde virarse», había dicho Frankie al ver a un chino viejísimo, sucio y escuálido, que se sacaba las legañas de los ojos y luego las observaba en la punta de sus dedos, con los párpados casi cerrados.

Por eso, cuando Charo lo llamó y le dijo lo que había hecho Frankie —dijo que era maricón—, Mauricio se negó a creerlo. Jamás habían pensado en la posibilidad de que su amigo se fuera de Cuba; y aunque en los últimos dos meses, enfrascados en sus tesis de grado, sólo habían hablado por teléfono, Mauricio pensó que nadie decide en ese poco tiempo algo tan definitivo e irreversible. Y entonces buscó sin éxito una nota entre las páginas de los libros de arquitectura, conversó con Charo y la muchacha le juró que tampoco sabía nada, habló con los padres de Frankie y sólo consiguió hacerlos llorar. Frankie lo había hecho todo en silencio, como alguien que huye. ¿Por qué dos personas casi iguales pueden hacer cosas tan distintas?, se preguntó y nunca encontró una respuesta convincente, ni recibió jamás una carta con un intento de explicación. Era el fin de algo.

Habían bordeado la rotonda que envuelve a la Puerta de Alcalá y se encontraron con una sonrisa. Frankie parecía saludable y satisfecho: su traje gris era sobrio y preciso y el *pullover* de lana que llevaba bajo el saco se veía cálido y protector. Mauricio no pudo evitarlo: se sintió en desventaja, aunque más consecuente. Su *blue-jean*, medio desteñido, era un signo de su fidelidad a una querida costumbre, y su jacket soviético, de guata y nailon, amortiguó el abrazo que le brindó aquel hombre venido del pasado y la memoria. Se miraron unos instantes sin hablar, hasta que Frankie propuso el tono:

—Cojones, Mauricio, cómo te han salido canas.

—Las pajas y la cloroquina… Vengo de estar dos años en Angola —y rio.

Algunas veces, Mauricio había imaginado aquel encuentro: pensaba que Frankie volvía a La Habana por unos días para ver a sus padres, y lo llamaba por teléfono. Lo difícil era concebir la conversación: ¿Frankie se justificaba? ¿Venía triunfante y le ofrecía dinero para lo que quisiera? ¿Estaba deshecho y jodido como un chino de Zanja? Pero Frankie nunca había vuelto.

—¿Y qué tú haces aquí si estabas en Angola?

—Ni te lo imaginas… ¿Y tú?

—Vine a un congreso de arquitectura y me voy mañana por la mañana.

—¿Te va bien?

—Creo que sí. ¿Y tú cómo estás?

—Jodido pero contento —dijo Mauricio, empleando la frase con que solía responder el padre de Frankie al devolver el saludo.

—Pero esto es increíble. ¿Qué coño me iba a imaginar yo esto? ¿Y tu gente, cómo andan?

Frankie parecía ávido y conmovido. Quería saberlo todo y lamentó lo de la exposición de Velázquez. Coño, y que yo la vi ayer, compadre, dijo, mientras caminaban sin rumbo aparente alejándose de la Puerta de Alcalá.

—Oye, Mauricio, ¿y qué tienes que hacer ahora? —preguntó a la altura de la Cibeles, y Mauricio respondió:

—Esperar a que sea mañana para irme pal carajo.

—Bueno, vamos, te invito a un café. Ahí está el Café Gijón, el de los escritores. ¿Ya has escrito algún libro?

—Qué memoria tienes.

—Y dilo. Vamos, es allí enfrente.

—Oye, ¿no te perjudica estar aquí, hablando conmigo?

Mauricio estudiaba el ambiente agradable del viejo café madrileño, propicio a las tertulias, y tuvo que mirar a Frankie.

—A lo mejor sí, pero no te preocupes. Yo soy un internacionalista y tú uno que te fuiste, pero la verdad es que me alegro de verte. Hace diez años que me dejaste con una pregunta en el directo.

—Dos cafés y dos jotabé —pidió Frankie—. ¿Con hielo el tuyo? Mire, los dos sin hielo, por favor, en copa de coñac.

—Estás distinto.

—Y tú estás igualito. Más jodido que contento… Yo también me alegro de verte. Nunca me atreví a mandarte una carta aunque te escribí como diez. Sobre todo al principio.

—¿Y qué decías en esas cartas?

—Todo. Creo que todo. Que te quería con cojones, más que a mis hermanas, y que siempre iba a querer ir contigo al estadio. Oye, man —dijo y sonrió—, compadre, ya no voy nunca a la pelota.

El camarero regresó con el pedido y lo acomodó sobre la mesa de mármol. Frankie sacó una cajetilla de cigarros Kaiser y una fosforera dorada. Encendió un cigarro y probó el café.

—Vivo como Dios, como les gusta decir a los españoles. Bien con cojones. Empecé trabajando en un banco y me matriculé en la universidad por la noche y terminé la carrera en tres años. Conseguí una buena pincha, hacía años que no decía eso, pincha, y gano buena plata y puedo venir de vacaciones a España todos los veranos. New Jersey es terrible en julio y agosto.

—Y me vas a decir ahora que aunque tienes carro, casa, televisión por cable y una cuenta en el banco te falta lo más importante. No me vengas con ese cuento que me lo sé de memoria. ¿Te acuerdas cómo es La Habana en julio y agosto? Lo jodido es que no hay otro lugar adonde ir…

Frankie sonrió y terminó su *whisky* de un golpe.

—Salud —dijo Mauricio al levantar el suyo y también lo acabó de un trago.

—Dos más —pidió Frankie y aplastó el cigarro en el cenicero.

—La vida es una mierda —dijo Mauricio y por primera vez en muchos días sintió verdaderos deseos de reír—. Mañana por la noche estoy otra vez en La Habana —dijo al beber la segunda copa de *whisky*—. Y en vez de haber visto a Velázquez te he visto a ti. ¿Has vuelto a saber de Charo?

—No, ni quiero que me cuentes. Tengo que protegerme y decidí cortar con todo.

—También conmigo.

—No jodas, Mauricio. Mira, hace como tres años, leyéndome a Proust me acordaba de ti, ¿te acuerdas que tú fuiste el único en el pre que se leyó *Un amor de Swann*? Y hay una parte, creo que en *A la sombra de las muchachas en flor*, en que el cabrón dice que, más o

menos así, une más la consanguinidad de espíritu que la identidad de pensamiento…

—Proust tenía serios problemas ideológicos. En mi periódico no duraba una semana…

—¿Vas a seguir jodiendo?

—Yo también tengo que protegerme, ¿no? Pide más *whisky*, anda. Te va a salir cara la nostalgia.

—Dos más y aceitunas verdes. Las negras saben a mierda. Oye, Mauricio, ¿y de verdad no has escrito nada?

Mauricio se quitó el abrigo para darse tiempo. Se echó una aceituna en la boca y acomodó su copa frente a él.

—Antes de ir para Angola todavía hacía el intento a cada rato. Publiqué como tres cuentos, pero son una mierda, no es lo que quiero. Eran cosas demasiado evidentes. Ahora a lo mejor escribo algo sobre una mujer que se llama María Fernanda y se pierde en la selva, y de un periodista que se enamora de ella y trata de imaginar qué le pasó.

—¿Y esa descarga, man?

—Nada, me gusta María Fernanda. Y tú, ¿cuántas casas has hecho?

—Ninguna, trabajo en una compañía especializada en las demoliciones. ¿Qué te parece?

—Demoledor —dijo y ambos rieron. Y Mauricio se preguntó si al fin y al cabo Proust no tendría razón. Sentía que aquel hombre mundano de traje gris y zapatos italianos hechos a mano con piel argentina, seguía siendo su amigo y que nada que hiciera podía cambiar esa condición. Pero le dijo—: No sé, creo que ya no te conozco. ¿No sabías que mi mamá se murió hace cuatro años?

La historia debía ser muy simple, pero de una simplicidad conmovedora. Sería, en verdad, la historia de un desencuentro a través de Europa y África, de dos personas que en realidad habían nacido para fundirse. El personaje se llamaría María Fernanda, no podía imaginar otro nombre más adecuado, y debía evitar cualquier influencia hemingwayana.

Algo de aquella ficción ya estaba completamente decidido: la prosa tendría los colores de Velázquez y el físico de María Fernanda

sería el de *La Venus del espejo*, aquel imprevisible desnudo que inauguraba el género en la pintura española, tan atrevido, humano y tangible. Esta decisión, en puridad, no tenía un origen estético sino esencialmente cerebral: uno de los días que hojeaba —y ojeaba— el libro de María Fernanda sobre Velázquez se había detenido más tiempo de previsible en la figura
66-67
(La Venus del espejo. Sobre tela,
124 × 180 cm.
Londres, National Gallery) y el culo de la diosa mitológica, entregado al espectador en un primer plano que se convertía en centro focal del dibujo, le provocó a Mauricio una inesperada erección que concluyó en una satisfactoria y abundante masturbación. Desde ese día pensó que María Fernanda se debía parecer a Venus y que, si se encontraban alguna vez, ella lo esperaría, desnuda y tendida, y lo miraría a través del espejo de Velázquez.

Lo más difícil de trabajar, sin embargo, era el personaje masculino. Mauricio sabía que iba a escribir en primera persona, aunque le molestaba la cercanía entre autor y narrador-protagonista que le impondría aquella perspectiva y, sobre todo, la carga autobiográfica que llevaría el personaje: aunque él nunca se había lanzado por el mundo en busca de una mujer, sus expectativas, deseos y desalientos iban a estar flotando sobre aquella criatura y, definitivamente, terminaría pareciéndose a él. Y aquello era injusto tratándose de una persona que no desea parecerse a sí misma, pensaba, que no quiere ser como ha sido, pensaba, que nunca tuvo valor para aceptar los riesgos que están más allá de una supuesta comodidad y piensa, no obstante, que su vida es una mierda. ¿Cómo congeniar a aquel tipo con la vitalidad romántica y existencial que debía tener María Fernanda?

Al final, Mauricio sabía que nunca podría escribir aquella historia, por más que se lo propusiera. Sencillamente lo desbordaba, pero lo complacía pensar en la aventura de María Fernanda porque era la única demostración tangible, al cabo de tantos meses en Angola, de que no estaba seco para siempre. Entonces observaba otra vez *La Venus del espejo* y admiraba la valentía de Velázquez, y su sentido de la libertad artística que ningún rey le pudo arrebatar

del todo. ¿Quién fuiste, quién eres en realidad, María Fernanda?, se preguntaba tratando de robarle a la penumbra del espejo el rostro creado por el pintor, y soñaba.

Mauricio aceptó: Frankie conocía un excelente restaurant argentino cerca de la Castellana donde, aunque el vino no era de primera, servían los mejores filetes de todo Madrid. Traen la carne desde Buenos Aires, dijo, seguramente recordaba que Mauricio nunca podía negarse ante un buen bistec. Y aquello era más que un buen bistec: Mauricio calculó que su churrasco pesaba cerca de una libra y lo acompañó con otra libra de papas fritas y media botella de vino tinto de Mendoza y remató el banquete con unos crepes en almíbar y un buen pedazo de turrón de Alicante.

—Eso era hambre vieja, man —sonrió Frankie mientras encendía su cigarrillo.

—Nunca como en los aviones, me da ganas de vomitar. Y ya estaba herido.

—¿Cómo están las cosas allá?

Mauricio sintió deseos de fumar. Hacía cinco años que había dejado el cigarro y logró superar la crisis de los primeros meses en Angola sin volver al vicio. Recordó que había sido precisamente él quien indujera a Frankie a probar su primer cigarro, hacía ya veinte años, y él había desertado. Encendió el cigarrillo, comprobó que era excelente.

—Creo que peor. Las cosas no andan bien —dijo, sin deseos de ofrecer más explicaciones.

—¿Y no has pensado irte?

—No voy a irme. A pesar de todo, no voy a irme. ¿Tú sabes que me tronaron hace tres años y mi misión en Angola fue parte del castigo? Pero no puedo irme. Y lo peor es que no sé por qué…

—Eso mismo pensaba yo, y me fui, y mírame aquí: sí pude.

—Felicidades.

—No jodas, Mauricio, tú no te imaginas cómo me siento ahora mismo. Hacía diez años que no te veía y no sé cuántos voy a estar sin ver a mis viejos. Tu madre se murió hace cuatro años y yo ni lo sabía. Para irme tuve que decir que era maricón, y por suerte otro mariconcito que estaba en la oficina dijo que sí, que yo era un gallo

tapao, pero que él me había visto con mis amigas en Coppelia.

—Fue tu decisión, ¿no?

—Sí, fue mi decisión, y no me arrepiento. ¿Y tú, cómo la pasaste en Angola? He leído que aquello es terrible.

Entonces Mauricio pensó decirle que la había pasado bastante bien y que no era tan terrible con decían. Pero recordó a Alcides, sentado tras su buró del periódico, terminando la carta que él debía entregarle a su mujer: No le digas que me estoy poniendo viejo y que me sube la presión, y menos todavía que me estoy volviendo un alcohólico de mierda, le pidió Alcides mientras cerraba el sobre.

—La verdad es que siempre tuve miedo. Pero aguanté y me alegro de haber resistido a pesar del miedo.

Frankie sonrió y extendió una mano por sobre la mesa, como si quisiera apoderarse de aquel instante con sólo tocar la mano de su amigo, pero se detuvo sobre los cigarros.

—Dice Fellini que el personaje que más odia es a Aquiles, porque nunca tuvo miedo de nada. Me acordé de eso porque no se me olvida el día que me dijiste que *Amarcord* era la mejor película del mundo.

—Ahora pienso que es *Amadeus*. Diez años no pasan por gusto.

Frankie miró a su alrededor, como si temiera que alguien los estuviera escuchando. Mauricio sabía que iba a decirle algo que le parecía importante.

—¿Vas a decirle a alguien que nos vimos?

—Aunque no te hubiera visto pensaba ir a ver a los viejos tuyos. Claro que les voy a contar. No me has dicho si tienes mujer.

—No, ahora no tengo. No es tan fácil como en Cuba. Y a veces me siento más solo que el carajo.

—Como un chino de Zanja… Yo también me siento solo a veces, así que no te preocupes demasiado. Lo de Angola no fue fácil. De verdad que estuve con miedo desde que llegué, con miedo a morirme sin volver, con miedo a que Graciela me estuviera pegando los tarros, con miedo a quedarme seco para siempre y no poder escribir más nunca. Todo tiene su precio y cada cual lo paga como puede. Yo no tengo carro, ni televisor en colores y a mi mujer le hacen falta unos ajustadores y no tenemos muchachos porque tendríamos que ponerlos a dormir arriba de nosotros. Pero esa es mi decisión o mi falta de decisión. No obstante, muchas veces me

pregunto si todo eso está bien, si es inevitable que viva así. No lo sé, la verdad. Lo jodido es que la vida de uno es un proyecto irrepetible y, si estás equivocado, nunca vas a tener tiempo de arreglar lo que ya pasó.

—Pero tú puedes cambiar ese proyecto…

—Mentira. No me vengas con cuentos. ¿Tú estás seguro de que no te equivocaste, eh, dime?

Frankie tomó de su café y encendió otro cigarro.

—No. Todos los días pienso eso. Y sé que me va a costar mucho trabajo volver a ser feliz.

—Así que feliz, ¿no? ¿Viste en la exposición de Velázquez los dos cuadros de la *Vista del jardín de los Médicis*?

Frankie pensó un instante, antes de responder.

—¿Los que parecen impresionistas?

—Esos mismos. Esa es la felicidad más completa que conozco. Creo que si un día yo pudiera escribir algo así, o sentirme como si estuviera allí, creo que sería feliz.

—Te estás volviendo loco pal carajo.

—Más bien di que ya estoy loco: pero sé lo que te estoy diciendo. Uno no puede pasarse la vida ni demoliendo edificios ni pensando que todo es una mierda. Alguna vez tienes que hacer algo así, aunque no seas un genio como Velázquez…

El silencio cayó de golpe sobre la mesa. Frankie y Mauricio se miraron a los ojos. Mauricio vio cómo una lágrima se formaba en las pupilas de su antiguo compañero y amigo, y bajó la vista para no verlo llorar.

—¿Te has dado cuenta de que a lo mejor nos estamos viendo por última vez en la vida? —preguntó Frankie y Mauricio asintió, sin valor para mirarlo.

—Dale tú gracias a Dios que nos hayamos visto otra vez. Yo se lo voy a agradecer a Velázquez y a María Fernanda.

—Y no sé si es bueno o no haberte visto otra vez. Había cosas en las que ya ni pensaba, y ahora…

—Tú siempre fuiste más sentimental que yo, por eso nunca me pude explicar lo que habías hecho. Pero me alegro de haberte visto y de haberme comido este bistec. Pide más vino, anda —dijo Mauricio y, sin pensarlo, sacó el último cigarro del paquete y lo encendió tranquilamente—. Cada uno con su propia cruz, ¿no? Por

cierto, ¿viste qué culo tiene la Venus de Velázquez?

Ahora hacía frío en Madrid. El termómetro callejero marcaba siete grados y, aunque la carne y el vino amortiguaban la frialdad, Mauricio lamentó no haberse tomado el aguardiente de orujo que pidió Frankie con el último café. Le gustaba, sin embargo, caminar por aquella ciudad gélida y semidesierta a esa hora. Durante sus dos años en Luanda tuvo totalmente prohibido andar por la ciudad después de las seis de la tarde, y vagar otra vez, en plena madrugada, le hacía recuperar uno de sus hábitos más entrañables. Se imaginó entonces que recorría Madrid junto a María Fernanda: la había encontrado en El Prado, de pie y embrujada por la felicidad de Velázquez y la quietud de las *Vistas del jardín de los Médicis*, y la reconocía de inmediato. Él le decía: «Tú eres María Fernanda y yo vengo a devolverte tu libro», y los dos descubrían por fin que se habían estado buscando durante muchos años…

—No quiero despedirme de ti —dijo entonces Frankie y se detuvo en la acera—. Sé que va a ser irreversible. Por qué no damos una vuelta por ahí…

—Ya es irreversible, man —dijo Mauricio y sonrió. Enseguida comprendió que era un mal chiste y lo lamentó—. Vamos a la Puerta de Alcalá, dale, para un taxi.

Viajaron en silencio. Algunos termómetros marcaban hasta cinco grados y Mauricio sentía otra vez deseos de fumar. El taxi los dejó en la esquina donde se habían encontrado y Frankie pagó.

—Oye, compadre —dijo entonces Mauricio—, regálame tu caja de cigarros.

Frankie sonrió y le entregó la cajetilla de Kaiser, en la que apenas faltaban dos cigarrillos.

—¿Vas a volver a fumar?

—Creo que sí. Vaya, te regalo uno.

Encendieron los cigarros y sonrieron.

—Mauricio, ¿quieres dinero para comprarte algo, los ajustadores de tu mujer, cualquier cosa?

—No, creo que los ajustadores cuestan menos de dieciséis dólares y no sé si me va a dar tiempo a comprarlos.

—Llévate el dinero, mira, para que te compres una botella de

whisky en el aeropuerto.

—No jodas más, Frankie. Hay cosas que son, como tú dices, irreversibles… Regálame la fosforera.

Con cierta prisa Frankie buscó el encendedor dorado en su bolsillo y se lo entregó a su amigo. Mauricio lo miró y dijo:

—Gracias —y lo guardó en el mismo bolsillo del que sacó el libro. Miró un instante la portada donde, bajo el título y el crédito de Emma Micheletti, se reproducía un detalle de *Las hilanderas*. Con la luz ámbar de los faroles el dibujo parecía resplandecer. Mauricio hojeó el libro y se detuvo en la página veintitrés, miró a Frankie, y entonces leyó—: «Al volver a Roma, Velázquez visitó de nuevo la Villa de los Médicis y sintió, intensamente, la dulce poesía del lugar y de las horas. Todo lo que él pinta casi parece el eco de un momento lejano en el tiempo, vuelto a encontrar y revivido en una sensibilidad más completa y madura…». Esto lo marcó María Fernanda. Por algo le pareció importante, sabe Dios por qué. Es bueno pensar que alguna vez vamos a visitar otra vez el jardín de los Médicis. Toma, te lo regalo. —Y le extendió el libro a Frankie—. Por mí y por María Fernanda —agregó y lanzó el cigarro a la calle.

—Gracias —dijo Frankie, después de leer otra vez el párrafo marcado con tinta roja.

—Hasta luego, man —dijo Mauricio y comenzó a alejarse.

Sentía que le ardía la garganta y sabía que no era el frío ni el regreso del cigarro, sino algo mucho más profundo y, justamente, irreversible. Bordeó la rotonda de la Puerta de Alcalá y se detuvo en el lugar desde donde la había mirado esa tarde. Allí estaban frescos y galantes los tulipanes holandeses, la carroza triunfal de Carlos III, los arcos simétricos y perfectos que daban entrada y salida a Madrid, y, al mirar a través del arco central, vio al otro extremo de la calle a un hombre elegante, vestido de gris y con un libro en la mano, desdibujándose en la niebla y la luz de oro que derramaban las farolas. Parecía una visión irreal, salida de un momento lejano en el tiempo, vuelta a encontrar y revivida en una sensibilidad más madura y completa. Por fin lloró.

1991

Nueve noches con Violeta del Río

Los boleros reproducidos total o parcialmente en el relato son: *Me recordarás*, de Frank Domínguez; *Vete de mí*, de Virgilio y Homero Expósito; y *La vida es un sueño*, de Arsenio Rodríguez.

En el principio fue la fascinación.

La zona de la Rampa, con sus cines, clubes y restaurantes, se había convertido en el corazón donde palpitaba la vida nocturna de la ciudad, y yo, joven y provinciano, católico y revolucionario, mal vestido y recién llegado a La Habana para matricularme en la universidad, comencé a gastar mis solitarias noches de sábado en deslumbrados recorridos ascendentes y descendentes por aquel esplendoroso tramo de calle, empinado entre el mar eterno y la recién abierta heladería Coppelia. Subía y bajaba la Rampa en un éxtasis permanente, empeñado en llenar mis pulmones y mis ojos con aquel mundo magnético de neones coloridos y autos americanos todavía potentes, de las primeras minifaldas y los primeros *hippies* tropicales y subdesarrollados que brotaban en la isla, y de los últimos vestigios del *glamour* brillante de los cincuenta, ya en franca retirada ante el avance de la indetenible propaganda socialista, con sus exaltadas consignas cargadas de rojos y persistentes llamados al combate y a la victoria.

Quiero recordar que fue precisamente durante uno de mis primeros paseos por la Rampa, alucinado por tantos encantos y promesas de una vida que no conocía, cuando vi, junto a la escalera que bajaba hacia las penumbras del club La Gruta, el cartel protegido por un cristal desde el que de forma aviesa me miró Violeta del Río, «La Dama Triste del Bolero». Una invasiva atracción, que nacía en mi estómago y se expandía indetenible para palpitar en cada rincón de mi cuerpo, me obligó a detenerme y contemplar aquel rostro de un suave matiz moreno de una mujer de unos treinta años, en el que se confundían los rasgos de mil mezclas raciales para propiciar el milagro de unos ojos levemente rasgados y cargados de despecho asiático, una boca de labios carnosos y enrojecidos de los que pendía displicente un cigarro humeante, y un pelo tal vez demasiado amarillo, que caía en ondas furiosas hacia

los hombros tersos y promisorios. El cartel advertía que Violeta del Río cantaba en La Gruta todas las noches, de martes a domingo, siempre a las once, pero mientras contemplaba el rostro singular y lascivo, ni siquiera se me ocurrió considerar la posibilidad de entrar en aquel sitio quizás pecaminoso, demasiado sofisticado y alejado de todas las expectativas del joven cándido —revolucionario, católico y pobre, ya lo he dicho— que entonces era.

Quiero pensar también que, mucho antes de que viera la foto —o de que la foto me viera a mí—, el destino parecía haber preparado aquel encuentro, pues únicamente así es posible que desde aquella noche de 1967 el rostro de Violeta del Río se convirtiera en una de mis obsesiones de toda la vida: y ahora mismo, mientras la evoco, escuchando un viejo bolero cantado por Bola de Nieve —y siento al oírlo un escozor doloroso en la piel—, vuelvo a mirar aquella fotografía en la que a pesar de los desastres y de los años no logro encontrar vestigios de la tristeza desoladora que advertía su epíteto artístico, aunque otra vez me convenzo de que una fuerza trágica y superior voló siempre sobre nosotros y que ya debía de estar escrito que todo iba a ocurrir del modo devastador en que ocurrió.

Desde entonces mis paseos por la Rampa, los sábados o cualquier día de la semana, a solas o en comparsa con mis nuevos compañeros de clases, siempre tuvieron unos minutos para que, frente a la imagen de La Dama Triste del Bolero, tratara de saciarme de los misterios que proponía aquel rostro cautivo en la foto y comenzara a soñar con el momento de ver al fin, de cuerpo completo y presente, a aquella magnética mujer. Mientras, en mi habitación de la residencia universitaria donde estaba becado, de pronto había comenzado a escuchar los programas de radio dedicados al bolero, sin que aquella música demasiado melosa y llena de lamentos consiguiera convencerme de sus virtudes ni comunicarme su profunda melancolía, pues todavía desconocía que el verdadero disfrute de un bolero germina sobre las experiencias amargas de la vida.

Todo quedó preparado para que el 13 de diciembre de 1967, cuando cumplí los dieciocho años, en lugar de un perfume o una camisa —que tanto necesitaba—, pidiera a mis padres y tíos que me regalaran dinero. Mi plan había sido demasiado meditado para ser tan sencillo: aquella noche iría a La Gruta, para ver al fin a Violeta

del Río.

Como era de esperar, debí enseñar mi carnet de universitario para demostrar que tenía dieciocho años y me permitieran franquear las puertas del club. Penetré entonces en aquella oscuridad fresca y amable como la gruta que decía ser, impregnada de los olores del ron, el deseo y el humo del cigarro negro, y cargada —como lo sabría poco después— con los remanentes agónicos de un pasado, un *ancien régime* que la revolución, como toda revolución que se respetara, se empeñaba en desterrar de la isla, excomulgándolo y repudiándolo cada día con más fuerza.

En la penumbra pude distinguir que al fondo había un pequeño escenario y busqué el sitio de la barra más cercano. Indeciso e inexperto, cuando el barman se me acercó opté por pedir un ron collins —sólo porque el nombre me pareció apropiado— y me dispuse a esperar, mientras trataba de rasgar la oscuridad y presentir, más que ver, las parejas que, entre trago y trago, adelantaban sus juegos de amor en los mullidos pullmans del salón.

De pronto las pocas luces del club se apagaron y se hizo un prolongado silencio que flotó sobre la oscuridad más compacta. Una melodía lánguida, desgajada de un piano, ocupó al fin el espacio del local y, todavía a oscuras, escuché por primera vez la voz de Violeta del Río:

> Me recordarás
> cuando en la tarde muera el sol,
> tú me llamarás
> en las horas secretas
> de tu sensibilidad.
> Te arrepentirás
> de lo cruel que tú fuiste con mi amor,
> te lamentarás
> pero será muy tarde
> para volver.
> Te perseguirán
> los recuerdos divinos del ayer,
> te atormentará
> tu conciencia infeliz…

No hacía falta verla para sentir que había algo diferente en aquella voz, pequeña, caliente, gruesa, calibrada con esmero, que parecía hablar al oído más que cantar. En el instante en que advirtió «Te arrepentirás», una tenue luz cenital cayó al fin sobre el escenario y forjó la figura de Violeta del Río. Apoyada en una banqueta, la mujer siguió cantando su susurro de amor, con la cabeza inclinada, como si expresara un profundo pesar. El pelo le ocultaba casi toda la cara y sólo en el momento en que su mano llevó atrás la cascada hirviente del cabello, pude descubrir que cantaba con los ojos cerrados y el micrófono —todos saben a qué se parece un micrófono— casi metido entre los labios. De inmediato sentí que una magia extraña se desprendía de aquella combinación de luz, música, olores, sentimientos, voz y mujer, una magia que nada tenía que ver con mi deslumbramiento de joven provinciano —eso ya lo saben— que sufría un previsible ataque de fascinación: lo que allí ocurría era algo real y palpable, pero sucedía en otra dimensión de los sentidos, donde yo encontraba una lógica propia para la canción y la música, gracias a aquella mujer, más pequeña de lo que había imaginado, menos rotunda de formas de lo que había soñado, que apenas gesticulaba ni se movía, pero que con su voz tibia y su presencia abarcadora era capaz de seducir al auditorio de borrachos y marihuaneros, seres de la noche y parejas de enamorados, solitarios empedernidos y jóvenes inocentes, que permanecíamos prisioneros del embrujo tiránico de los boleros cantados por Violeta del Río.

Ocho boleros más pasaron por la garganta de la mujer y el ensalmo se mantuvo invencible, incluso más allá del momento en que ella musitó «Gracias», como si no quisiera decirlo, como si ya no tuviera más voz, y nadie se pudo mover, ni hablar, ni beber, atrapados todavía en las redes del magnetismo desplegado por Violeta del Río y por su manera devota y visceral de hacer los boleros, hasta que ella aceptó el cigarro encendido que le alargó el pianista, y dijo «Buenas noches»… y yo comencé a aplaudir, en el instante en que fue cegada la luz cenital y, como en el sueño que debíamos haber vivido, Violeta del Río se esfumó en la oscuridad.

Nunca antes había pensado que la música amelcochada y lacrimógena de un bolero pudiera tener tal poder de seducción; jamás, hasta ese momento, había sentido aquella necesidad física

que me estaba provocando Violeta del Río; ni siquiera en sueños había imaginado que aquel mundo de rones, penumbras, cigarros, madrugadas sin sueño y lascivias contenidas pudiera comunicarme la sensación de pertenencia que estaba disfrutando. Pero sin duda fue algo demasiado maravilloso, pacientemente esperado por mi espíritu, lo que debió de funcionar durante aquella jornada de mi llegada a los dieciocho años para que, a la noche siguiente, en la misma banqueta, yo volviera a pedir un ron collins y escuchara, sobre la nube más alta e inexpugnable, los boleros que Violeta del Río empezó a cantar para mí.

Quien no haya sentido alguna vez que la estética decadente y previsible del bolero es una de las mejores expresiones de la vida, seguramente será incapaz de entender la prodigiosa comunicación que esa música puede conseguir con los sentimientos. Aunque sus letras muchas veces maltraten la poesía con frases empeñadas en expresar emociones demasiado evidentes, y su melodía ataque sin piedad las escalas más melosas del pentagrama, la virtud permanente de un buen bolero radica en su capacidad de seducir y en su poder de evocación, que siempre están ligadas a una voz y un modo de cantar, más que a unos versos y una melodía. Pero, quien no haya asistido al espectáculo de oír y ver a Violeta del Río en aquellas noches perdidas de La Habana, tampoco entenderá jamás por qué en cada ocasión que yo lograba reunir el dinero necesario, me olvidaba de estudios y mítines políticos e iba como un fanático hacia La Gruta y gastaba allí mis horas y mis dineros, sin más esperanzas que oírla cantar, verla fumar, escucharle decir «Gracias, buenas noches», y contemplarla después —cada día más arrobado— mientras bebía su trago largo de carta blanca, siempre uno, servido en un vaso alto, cargado con un cubo de hielo y alargado con *ginger ale*…

Algo curioso ocurría con aquella mujer que, una vez cumplida su actuación, bajaba al bar con su cigarro en los labios y bebía en silencio aquel único trago de ron. La costumbre parecía ser ancestral, pues nada más ocupar su banqueta, el barman le servía su carta blanca y Violeta lo bebía a sorbos lentos, entre cigarro y cigarro, sin hablar con nadie, apenas observando a través de su pelo cómo el hielo se fundía con el ron, hasta que a las dos de la madrugada, hora del cierre, apuraba el resto de su bebida y salía a

la calle, sin despedirse de nadie, sin que nadie la acompañara, sin que nadie la esperara, mientras yo la miraba alejarse, incapaz de abordarla, lleno de interrogaciones y desbordado de deseos.

Tantas noches la vi cantar, beber su trago e irse sola hacia su misterio que, con un acopio de todas mis voluntades, decidí cortar aquella historia que ya se me hacía agobiante y me robaba toda la concentración. Si mi timidez me impedía hacer algo más que mirarla y oírla desde mi rincón, imaginando desenlaces que nunca me atrevería a propiciar, lo mejor era reencausar mis expectativas y olvidarme de aquel imposible que ni siquiera debía de saber de mi existencia, que me había convertido en fumador de cigarros y que podía costarme el primer año de la carrera. Entonces decidí no volver a La Gruta, no caminar por la Rampa y sus tentaciones, dejar de escuchar boleros y evitar toda cercanía a los caminos que conducían a un fantasma llamado Violeta del Río.

Llegó septiembre de 1968 y el inicio de mi segundo curso en la universidad. Las vacaciones del verano, que había pasado en mi casa, lejos de La Habana y sus disolutas tentaciones, debieron de ayudarme en mi propósito de sacarme de la mente a Violeta del Río, y al regresar a la ciudad pensé que estaba curado de la adicción que me habían inoculado aquella mujer y sus canciones. Fue reconfortante para mí saber que recuperaba mi tranquilidad habitual y que otra vez podía reunirme con mis compañeros en la heladería Coppelia, donde a golpe de helados y algún ron oculto en canecas, montábamos largas tertulias donde insistíamos en hablar de temas elevados, tan lejanos del bolero y su mundo decadente. Demasiado fácil me resultó resistir el impulso de caminar Rampa abajo, hacia La Gruta, y creo que Violeta del Río apenas sería hoy un recuerdo apacible si una noche mis compañeros de la universidad no hubieran propuesto pasar un rato por La Gruta. Varios de ellos, que habían asistido a las actuaciones de la cantante y hablaban entusiasmados del modo singular en que ella hacía los boleros, insistieron en que fuéramos a verla, y mis defensas, más endebles de lo que yo creía, apenas necesitaron de aquel pretexto para deshacerse, como cera al fuego.

Nada más entrar en La Gruta y pedir un ron collins fue como

sentir que regresaba a mi lugar. Faltaban quince minutos para que comenzara la actuación de Violeta del Río y descubrí que mi pecho palpitaba y mis manos sudaban de pura ansiedad. Increíble me resultó comprobar hasta qué punto había llegado mi fortaleza al prohibirme volver a aquel sitio por casi dos meses. Pero ahora, descontrolado, comprendí también que no debí haber regresado, y tuve la certeza absoluta de mi error cuando las luces se apagaron y del corazón de las tinieblas brotó la voz gruesa y susurrante de Violeta del Río.

Tú, que llenas todo de alegría y juventud
y ves fantasmas en la noche de trasluz
y oyes el canto perfumado del azul,
vete de mí…

No te detengas a mirar
las ramas muertas del rosal
que se marchitan sin dar flor,
mira el paisaje del amor
que es la razón para soñar y amar…

Yo, que ya he luchado contra toda la maldad,
tengo las manos tan desechas de apretar
que ni te puedo sujetar.
Vete de mí…

Seré en tu vida lo mejor
de la neblina del ayer
cuando me llegues a olvidar
como es mejor el verso aquel
que no podemos recordar…
Vete de mí.

Algo inconcebible y maravilloso ocurrió en ese momento: Violeta del Río, que había cantado todo el bolero con su fuerza y despecho de siempre, sin dignarse siquiera mover el pelo que le cubría la cara, acomodó tras la oreja aquella cortina furibunda, y entonces yo pude ver que sus ojos me miraban y que en sus labios se iniciaba el leve movimiento de una sonrisa. ¿Me miraba a mí?

¿Me sonreía a mí, ella, Violeta del Río?

Sintiendo que me deshacía escuché su programa de esa noche y, mientras atacaba el último bolero —*La vida es un sueño*, cómo olvidarlo—, les dije a mis compañeros que no me sentía bien y quería irme. Sin esperar respuesta salí, crucé la Rampa y, tras un sólido Chevrolet Bel Air de 1957, esperé a que mis amigos salieran del club y se alejaran, rumbo a la beca universitaria. Entonces crucé la calle, empujé la puerta de La Gruta, ya sin portero a esa hora final de la noche, y vi cómo La Dama Triste del Bolero levantaba su vaso y bebía un sorbo de su carta blanca.

Con una decisión que desconocía y unas ansias que me superaban, me acerqué a la barra y, casi rozando el brazo de Violeta, pedí un carta blanca a la roca, encendí mi cigarrillo y volteé la cara para observar la de aquella mujer capaz de seducirme con su voz y sus boleros.

—Al fin apareciste… —me dijo ella, con el mismo tono susurrante y grave con que cantaba, y recolocó el pelo que insistía en caer sobre su cara—. Pensé que te habías ido… Todos los días se va tanta gente.

—No, es que… —traté de decir algo, pero comprendí que no me era posible y bebí un trago devastador de mi añejo—. ¿Tú te habías fijado en mí?

Violeta no respondió: nunca respondió a ninguna pregunta. Envueltos en la nube de humo que formábamos con nuestros cigarros ella miró su trago, con el hielo casi deshecho, y se lo bebió hasta el final.

—¿Vamos? —me preguntó, o mejor, me ordenó y, como si ya esperara aquel reclamo, coloqué un billete bajo mi trago y la ayudé a bajar de su asiento.

La primera mujer con la que tuve relaciones sexuales era una exprostituta, oficialmente reciclada por la Revolución, que se hacía llamar María la Luchadora, y que por dos pesos se encargaba de desvirgar a los muchachos del barrio, con la precisión de un cirujano. Luego vino Irina, «la Rusa que nos enseñó a templar», que en realidad era ucraniana y padecía algo así como fuego uterino, pues apenas su marido salía de maniobras —era un negro

gigantesco, oficial del Ejército, graduado en los primeros cursos de artillería a que asistieron los cubanos en la Unión Soviética—, abría las ventanas y se paseaba desnuda por la casa y daba rienda suelta a su lujuria brindando gratuita y socialistamente su arte amatorio a los enfebrecidos adolescentes de la cuadra. Después de la muerte de Irina, a manos de su engañado artillero, tuve varias novias, pero sólo una de ellas, la gordita y gentil Isabel María, me había permitido pasar a mayores. Sin embargo, ninguna de aquellas mujeres, con las que sentí deseos, pasión incluso, provocaron en mí la sensación de desvalimiento en que me lanzó el embrujo seductor de Violeta del Río.

Lo que aquella noche y las ocho noches siguientes disfruté gracias a Violeta del Río es otra historia. La posada donde nos refugiamos, muy cerca de la universidad, debía de ser sórdida como todas las posadas de La Habana. Pero, enloquecido de deseos como yo me hallaba, apenas reparé en nada que no fuera el festín de sexo que me sirvió aquella mujer que, en la práctica del amor, gozaba de la misma destreza maravillosa que desplegaba cuando cantaba boleros. Ya he dicho que su cuerpo no era especialmente voluptuoso: más bien era delgada, tenía los senos pequeños y sus nalgas apretadas y duras estaban lejos de los volúmenes habituales en las cubanas. Pero la habilidad, a veces como displicente, con que utilizaba sus armas, y la capacidad seductora que empleaba en su faena, resultaron devastadoras: y si hasta entonces estuve enamorado de una posibilidad de mujer que me abrazaba con su voz, en ese momento había enloquecido por un ser definitivamente real que se negaba a cantar boleros fuera del escenario, que se resistía a contarme nada de su vida, que me impedía acompañarla al salir de la posada, pero que, en las dos horas que me regalaba, era capaz de hipnotizarme con su maestría amatoria, aprendida y perfeccionada sabe Dios en cuántas camas de la ciudad.

Para Violeta del Río todo era posible y lícito en la intimidad de amor: su cuerpo completo podía intervenir en el acto y sabía alarmar cada prolongación, cada cavidad, cada pliegue del mío. Curiosamente, siempre trabajaba en silencio y, como un director de orquesta, ordenaba con las manos, indicaba con los ojos, advertía de sus intenciones con los labios. Una sabiduría profunda, quizás la misma que la hacía crecer sobre el escenario y fascinar primero y

seducir después, era la que la convocaba para el interminable despliegue de recursos eróticos que, por nueve noches inolvidables, puso a mi disposición.

Si hubiéramos tenido más de nueve noches, ¿qué habría sucedido? Todavía hoy no lo puedo imaginar siquiera, porque de encuentro en encuentro Violeta fue ascendiendo por aquella espiral erótica e introduciendo variaciones lánguidas o violentas, cálidas o arrebatadoras en nuestros juegos de amor, con una desbordada intensidad de creación que jamás he vuelto a encontrar en otra mujer. Cada noche hacía como si fuera la primera y, desvestida, desvestida a medias o completamente vestida, se ponía a trabajar con su empecinada necesidad de seducir a alguien que, más que seducido, ya estaba enloquecido de amor y de deseos, convertido en una masa sin cerebro, apenas dotado para sentir el placer que ella se imponía propiciar. Si hubiéramos tenido más de nueve noches…

Tampoco puedo olvidar que mi décima noche con Violeta del Río debió haber sido la del 2 de octubre de 1968. Por aquellos días había sido decretada una asoladora Ofensiva Revolucionaria, empeñada en poner en manos del Estado toda la economía y la ideología de la isla, mientras se había comenzado a preparar una gigantesca zafra azucarera, que en 1970 produciría diez millones de toneladas de azúcar con los cuales, de una sola vez, el país podría hasta salir del subdesarrollo. Pero, centrado en mi vorágine de amor y sexo, vivía yo de espaldas a la magnitud de las tormentas que se habían desatado, pues cada una de mis neuronas vivía en función de Violeta del Río.

Como las noches anteriores, exactamente cuando daban las diez, abandoné mi cuarto de la beca universitaria y salí en busca de La Rampa, sus luces, sus expectativas y sus promesas ahora cumplidas hasta niveles jamás imaginados por mí. Faltaban unos minutos para las once cuando atravesé la avenida y de golpe caí en el abismo. Los neones de La Gruta estaban a oscuras y por un instante pensé si no sería lunes, aunque estaba seguro de que era el jueves 2 de octubre. Las luces de la calle iluminaban la escalera que bajaba hacia el club y desde la acera, ya en el borde de la angustia, pude ver sus puertas cerradas y leer el cartel grosero que advertía: CLAUSURADO

INDEFINIDAMENTE. Sufriendo una ansiedad que amenazaba con ahogarme, traté de imaginar qué había sucedido, cuando descubrí en el suelo, en un rincón del pequeño vestíbulo del club, el mural encristalado en el que había visto por primera vez a Violeta del Río. Lentamente bajé los escalones y volteé la pancarta, y encontré que el cristal se había deshecho, pero que, pegada al cartón, allí seguía la imagen de «La Dama Triste del Bolero» y el anuncio de unas actuaciones que ya nunca se repetirían. Con todo el cuidado que era capaz de pedirle a mis manos temblorosas, desprendí la foto y hui de La Gruta como si hubiera robado un banco.

Con aquel tesoro en mi bolsillo, recorrí los otros clubes cercanos y descubrí que todos habían sido clausurados, también indefinidamente. En mi desesperación le pregunté a varias personas si sabían qué ocurría y a retazos pude armar la respuesta: como todo el país debía ponerse en función de la Gran Zafra Azucarera, los clubes y cabarés de La Habana habían sido decretados antros de decadencia burguesa y nocturnidad perniciosa, pues podían entorpecer la entrega de los hombres al magno evento económico, y de momento se había decidido cerrarlos, hasta que se les encontrara un mejor destino: tal vez comedores obreros, o salas de reuniones, quizás democráticos restaurantes para trabajadores destacados en la emulación laboral y en las faenas agrícolas…

Esa noche no dormí y al día siguiente comencé a buscar a Violeta del Río. En mi contra lo tenía todo, incluso no saber su verdadero nombre, pues sospechaba que Violeta del Río debía de ser su apodo artístico, pero a mi favor tenía la pista de haberla visto tomar una ruta 68 una de las madrugadas en que hicimos el amor. Y otra vez mi plan fue sencillo: desde el Vedado emprendí la búsqueda siguiendo el recorrido del ómnibus, que tenía su terminal en el lejano barrio de Mantilla. Mostrando la foto y preguntándole a vecinos, bodegueros, panaderos, a cada uno de los chóferes de la 68, fui barriendo la ciudad de norte a sur, bajo el sol despiadado, con sed, hambre y desesperación, pero sin obtener una evidencia concreta sobre el destino de aquella mujer sin la cual sentía que ya no podría vivir.

Dieciocho días de investigación y la muerte de mis zapatos me llevó llegar hasta la terminal de la ruta 68. Mis esperanzas de encontrarla eran cada vez menores, pero una luz de aliento se

encendió cuando en la propia terminal pude dar con el chófer que habitualmente cubría el turno de la madrugada de la 68. El chófer, un mulato de unos cincuenta años, desaparecido hasta entonces por estar cumpliendo un castigo en el patio de los ómnibus, reconoció de inmediato la foto y me explicó que Violeta viajaba con él hasta la Calzada de Dolores, donde hacía transferencia con la ruta 54, hacia el barrio de Lawton. Pero el hombre tenía otra noticia para mí: todos los artistas de clubes y cabarés habían sido enviados a sembrar café en el llamado Cordón de La Habana, y varios días atrás, mientras probaba un ómnibus recién reparado, los había visto en el cercano pueblito de El Calvario.

Sin esperar alguno de los transportes que unían Mantilla con aquel lugar llamado precisamente El Calvario, salí en busca de Violeta del Río. Aquella zona de La Habana, que visitaba por primera vez, me pareció entonces brillante y hermosa, pues en medio de mi desesperación había encontrado un camino hacia la mujer que tanto necesitaba, por la que me sentía seducido y, ahora, abandonado. Antes de llegar a El Calvario pregunté a unos muchachos y me indicaron un descampado al final del cual estaban trabajando «los artistas», como los llamaban en la zona. Atravesé aquel llano agreste, en el que ahora brotaban unas pequeñas matas de café y, debajo de un árbol, disfrutando de la brisa, descubrí a aquel viejo cantante, bien conocido en el país por sus frecuentes apariciones en la televisión, donde solían calificarlo como «La Voz de Oro del Bolero». No tengo que decir cómo palpitó mi corazón, seguro de haber hallado el camino hacia Violeta del Río y, luego de darle las buenas tardes, le pregunté al cantante si la había visto.

—Sí, vino dos días la semana pasada —me dijo—. Pero si quieres verla, vas a tener que ir hasta Miami… Me dijeron que el lunes se fue en una lancha.

No me queda más remedio que admitir que esta es una historia llena de caprichos del destino y de premoniciones de futuro. Han pasado treinta años desde mi último encuentro con Violeta del Río y, como me vaticinó la Voz de Oro del Bolero —que moriría poco después, sin pisar otra vez las pistas de los cabarés que lo hicieron famoso—, tuve que ir hasta Miami para volver a encontrar a Violeta

del Río.

Fue en mayo de 1998 cuando viajé por primera vez a los Estados Unidos, invitado a participar en un encuentro académico, y antes de regresar a La Habana logré pasar varios días en Miami, donde ahora viven muchos de mis viejos amigos, mi única hermana, casi todos mis primos y los que todavía respiran de mis tíos.

Aquellos fueron días abarrotados de emociones, de felices reencuentros y definitivos desencuentros con amigos que creía perdidos o muertos, de remembranzas de tiempos compartidos, de rescate de recuerdos y complicidades con personas que mucho había querido y que no veía hacía diez, veinte, treinta años: fue una necesaria recuperación de una parte de mi vida y de mi pasado que las decisiones políticas me habían cercenado.

La noche de la despedida mi hermana decretó que era su noche conmigo y, luego de comer los platos cubanos que preparan en el restaurante La Carreta, ella y mi cuñado me propusieron llevarme a un club de Miami Beach que, según decían, solía ser tranquilo y tenía muy buen ambiente, pues sólo se escuchaban boleros. Eran las once de la noche del 16 de mayo cuando llegamos a La Cueva, uno de los muchos locales de moda en Ocean Drive. Apenas entramos en el club, algo en el aire, en la luz, en el olor me comunicó sensaciones que también creía desterradas y, sin premeditación, pedí un ron collins al mesero. Mi hermana y mi cuñado, que hablaban sin cesar de lo bien que se pasaba allí, temerosos tal vez de que el sitio me resultara aburrido, hicieron silencio cuando se apagaron las luces. Entonces, de la oscuridad y del rincón más lacerante del pasado, nació una voz, tenue y caliente, que comenzó a cantar para mí:

Después que uno vive
veinte desengaños
qué importa uno más.
Después que conozcas
la acción de la vida
no debes llorar.
Hay que darse cuenta
que todo es mentira,
que nada es verdad.

Hay que vivir el momento feliz,
hay que gozar lo que puedas gozar,
porque sacando la cuenta en total
la vida es un sueño,
y todo se va.
La realidad es nacer y morir,
por qué llenarnos de tanta ansiedad,
todo no es más que un eterno sufrir,
el mundo está hecho de infelicidad.

Una de las más brutales imposiciones que me he hecho en la vida fue la de olvidar a Violeta del Río. Aquella tarde de 1968, bajo el árbol de El Calvario, cuando oí que ella se había ido de Cuba y comprendí el abismo en que yo había caído, decidí que debía sacarla de mi mente o de lo contrario enloquecía. Por eso, sin querer saber más nada sobre ella y sus misterios —ni su verdadero nombre, ni si dejaba familia, ni de dónde había salido para meterse en mi vida—, atravesé otra vez el descampado donde morían bajo el sol implacable las posturas de un café que nunca nadie tomaría, y comencé a llorar, mientras trataba de alejarme de la agobiante necesidad que me había creado aquella mujer. En verdad, no fue fácil; durante años me negué a escuchar boleros y por años me fue imposible amar a otra mujer: ninguna me permitía alcanzar las escalas de placer que había disfrutado con ella, y el sexo me parecía repetitivo y hasta vacío. Pero el paso de esos mismos años, el empeño que puse en mis estudios, los largos meses que pasé lejos de La Habana, cortando caña para la Gran Zafra Azucarera que no resultó ser tan grande como se esperaba y no nos libró del subdesarrollo, y, sobre todo, la llegada de otra mujer —mi mujer—, me ayudaron a aliviar aquel recuerdo que nunca pude matar del todo y que guardé en el cofre cerrado de las más dolorosas nostalgias.

La señora que ahora remedaba el estilo dramático y despechado de la que alguna vez fuera La Dama Triste del Bolero y animara las noches perdidas de La Gruta, tenía sesenta años, algunas libras de más, un poco menos de su voz gruesa de entonces y el pelo de un rubio más exagerado, cayéndole ya sin furia sobre la cara. Sin embargo, dueña de sus posibilidades, el espectro de la mujer que

una vez me había enloquecido, todavía conservaba una fascinante comunicación con sus canciones, siempre susurradas, como dichas al oído, con aquel sentimiento interior que tan bien sabía expresar Violeta del Río. El hombre que ahora la escuchaba, con casi cincuenta años a cuestas, estaba muy lejos del joven católico y provinciano de otros tiempos, y aunque era un escéptico fundamentalista, al menos se creía a salvo de aquella empecinada capacidad de seducción, férreamente enclaustrada en el pasado, pero comprendió de inmediato que estaba equivocado. Con las manos sudorosas, como treinta años atrás, pedí un carta blanca a la roca y lo terminé justo con la última canción de Violeta del Río y, de inmediato, me puse de pie y salí a la calle, sintiendo que no existía en el mundo suficiente oxígeno para mis pulmones.

Sin entender qué me podía pasar, mi hermana y mi cuñado me preguntaron si quería ir a otro sitio y yo les respondí lo único que me pareció coherente:

—Quiero irme.

Esa madrugada, mientras fumaba en el patio de la casa de mi hermana, aprendí que hay recuerdos y experiencias que resultan insobornables, y que ni la distancia ni el tiempo son capaces de matar. Pero también comprendí que treinta años son muchos años y que volver atrás no sólo es imposible, sino que intentarlo puede resultar perverso: los recuerdos deben ser recuerdos y cualquier empeño para hacerlos salir de sus refugios suele ser devastador y frustrante. Pero ahora, mientras escucho un bolero cantado por Bola de Nieve y observo otra vez la foto de Violeta del Río, recibo desde mi memoria su invencible capacidad de fascinación, su inagotable poder de seducción, y me alivio pensando que el destino, tan perseverante en toda esta historia, no fue tan cruel conmigo como siempre había creído: al menos yo tuve la posibilidad de disfrutar nueve noches de placer con Violeta del Río y de sentir en mi alma y en mi piel que vivía dentro de un caliente bolero de amor. Y esa parte de mi vida nadie me la puede clausurar.

2001

Adelaida y el poeta

Entonces Adelaida sintió un tímido temblor que estremecía su piel. Liberó el rodillo de la esclerótica Underwood y extrajo, satisfecha, la última hoja de su última obra. Nunca, en sus años de escritora aficionada, se había sentido tan plena y rememoró, complacida y divagante, los quince días de trabajos y angustias que le habían costado llegar hasta aquella línea final donde la madre comienza a vestirse de negro antes de que le confirmen la muerte de su hija. Mientras escribía aquel relato, lloró incluso varias veces, convencida, además, de que sus presuntos lectores sufrirían como ella con esa historia de amor eterno.

Ordenó las hojas, revisó la numeración y las presilló, mientras respiraba el perfume de gardenias frescas que había empezado a brotar de sus reumáticos dedos. Quería meditar sobre el título del relato, pero se sentía exhausta y feliz, y sólo deseaba que llegara la tarde para mostrarles la obra concluida a sus colegas del taller literario municipal y, especialmente, al joven poeta que cada dos meses asistía a una de sus sesiones semanales. Por el momento, pensó, llamaría simplemente «Delfina» al más querido de sus cuentos.

Adelaida intentó olvidar por un rato la literatura mientras se preparaba el almuerzo, pero no consiguió sacarse el relato de la mente. La experiencia vivida mientras daba forma a aquella historia tan triste sólo era comparable a los meses genésicos en que llevó en el vientre a su hija Delfina. Puso a hervir las papas y el último trozo de carne que había en el congelador y lloró otra vez buscando el corazón de la traicionera cebolla. El joven poeta al fin pensaría distinto de ella cuando leyera «Delfina», y tal vez hasta le pediría el relato y utilizaría sus influencias para publicarlo en alguna revista de la Unión de Escritores, es que nadie quiere publicar a un viejo desconocido. Pero ella era una mujer de presentimientos fuertes y ahora presentía que, con aquella obra, todo podría suceder y le

molestaba tener que esperar seis horas, hasta el atardecer, para enfrentar su trabajo al juicio final y seguramente absolutorio. Comió despacio, masticando y masticando cada bocado, y decidió acudir al nitrazepam de los días difíciles para dormir el mediodía y burlarse de la ansiedad y el paso amodorrado de las horas.

Tomó el somnífero con un vaso grande de agua y se tiró en la cama con un libro de Hemingway. Desde que el joven poeta les habló de la técnica de Hemingway le gustaba leer aquellos cuentos donde todo resultaba creíble. Y se durmió pensando en el rostro del joven poeta cuando la escuchara leer «Delfina».

La acidez la despertó a las cinco. Sentía una araña presurosa instalada en su estómago y se recriminó por haberse acostado después de almorzar. El alusil le dejó un sabor de arena dulce prendido en los dientes y Adelaida imaginó que aquella poción blanca tejía una red sobre la araña, la envolvía, la dominaba.

Se bañó con agua fría y metió la cabeza debajo de la ducha. Quería apartar la opresiva modorra de la siesta y se enjabonó dos veces y luego permaneció diez minutos acariciándose con el agua. El agua, sin embargo, comenzó a ablandarle los sentimientos y, cuando iba a empezar a recordar, cerró la llave.

Para aquella tarde Adelaida escogió el vestido malva que estrenó el día de su retiro. En la oficina donde había trabajado desde el año 1940, sus compañeros le organizaron una fiesta de despedida y el vestido malva era testigo de los excesos que allí se cometieron. Justo en el falso del vestido, por un costado, se apreciaba la sombra tenue pero indeleble del vino tinto que María le había derramado por las piernas mientras cantaba «Mi Adelaida querida / cuando yo te vuelva a ver / no habrá más penas ni olvidoooos», con aquella voz horrible. Le gustaba aquel vestido. Sus senos vencidos se erguían gracias a las bien distribuidas pinzas, mientras que la caída suave y libre de la tela disimulaba su abdomen prominente. Se sentía mujer cuando se miró en el espejo y empezó a trabajar con su rostro. «Parece que voy a ver a un novio», se dijo y sonrió. Como perfume se decidió por el Gato Negro.

Reinaldo observó las figuras que la humedad había grabado en el techo del cuarto y sintió que se irritaba. Por más gestiones que

hiciera y con más gentes que hablara no había podido conseguir las lozas y el cemento que contuvieran las filtraciones, y pensó que, de seguir así, cualquier día el techo se le caería encima, y no quiso pensar más en eso. El ventilador, puesto en su máxima velocidad, batía el aire contra la brisa que entraba por la ventana, y si no fuera por el techo y por la ingrata labor que le esperaba esa tarde, Reinaldo se hubiera sentido feliz.

A su lado, desnuda y tibia, dormía Belkis, con la pereza rotunda que la envolvía cada vez que hacían el amor. Reinaldo estudió las nalgas de la muchacha, donde se dibujaba perfecto el triángulo breve del bikini y sintió deseos de despertarla para empezar otra vez. Pero el reloj marcaba las cinco y media y dentro de treinta minutos lo pasaría a recoger el carro del Municipio de Cultura para la actividad del taller literario a la que debía asistir en su función de asesor provincial de literatura. «Estás jodido, poeta», se dijo.

Mientras se bañaba, Reinaldo se sorprendió pensando otra vez en el techo. Tener una casa amplia, al menos con un cuarto para los libros y el buró, había sido el sueño más perentorio de su vida, y ahora, cuando doblaba ya por los treinta años, sabía que aquel cuarto de azotea sería, posiblemente, su única y última morada, pero se consoló pensando que, al menos, todavía había espacio para Belkis y para él y que las mañanas eran tranquilas en su palomar y de vez en cuando podía lograr allí un buen poema, como ese que escribió sobre los techos y las antenas. Pero Belkis ya le exigía tener un muchacho y él presentía que aquel niño —estaba convencido de su sexo— podría ser el fin de todo, pues en aquel sofá, realmente, no había espacio para tres. «Gracias, Jerry», se dijo.

Cuando salió del baño vio que Belkis se había volteado en la cama y ahora dormía boca arriba, en una pose de ingenua obscenidad. Lamentó no tener allí una cámara fotográfica para salvar del tiempo y el olvido aquel cuerpo prometedor que le alzaba los deseos, y pensó que irse al taller literario a escuchar los engendros frustrantes de aquellos ancianos aburridos y aquellos locos con manía literaria, era todo un insulto a la vida misma que lo invitaba a disfrutar de aquella fruta rosada y perfecta que una vez condenó al mismísimo Adán y a toda su maldita descendencia, pensó.

Adelaida decidió esperarlo en la puerta de la Casa de la Cultura. Lo mejor sería llamarlo aparte y decirle que había escrito algo que seguramente le gustaría, pues al hacerlo, Reinaldo, había seguido cada uno de sus consejos. Aquel relato, por supuesto, estaba dedicado a él y ella quería, de ser posible, que lo leyeran ese mismo día y luego, si no es mucho trabajo, que él lo analizara y le dijera qué pensaba del diseño de los personajes, del estilo, del ritmo, y de la autenticidad de los diálogos y la belleza del lenguaje, y no era melodramático, ¿verdad?; pero si no daba tiempo para todo eso, bueno, ella lo podría invitar a su casa, no le faltaban el café ni los dulces caseros, que siempre han sido su especialidad. Y puede llevar a su esposa, claro, me gustaría tanto conocerla, le diría.

Adelaida miró el relojito de pulsera dorada y comprobó que faltaban cinco minutos para las seis. Cada martes, a las seis de la tarde, ella acudía con una fidelidad religiosa a aquellas reuniones de escritores aprendices y leía a sus compañeros y a los visitantes ocasionales sus últimas creaciones, sin pretender jamás que su literatura escapara de aquel marco casi familiar. Siempre le bastó con su reducido auditorio, a pesar del hipercriticismo de algunos jóvenes amantes de novedosas y frías categorías. Para ella la Literatura había sido una reconfortante diversión. Pero la llegada de Reinaldo al taller había cambiado sus nociones artísticas, le había dado una fe desconocida y ahora la anciana pensaba en la necesaria trascendencia de sus escritos, en su posible publicación, incluso, y en las enseñanzas que podía aportar. En fin, había aceptado el reto que le descubrió el joven poeta aquel día en que había leído sus encantadores versos: la literatura debe ser ambiciosa. «Cómo se demora hoy», pensó.

Las guaguas pasaban abarrotadas a aquella hora de la tarde y de la calzada escapaba un vapor alucinante y sucio. Adelaida temió por la suerte de su maquillaje, secó con el pañuelito el sudor de sus manos y se mantuvo junto a la verja de la Casa de la Cultura. De lejos, aquella mujer de sesenta y dos años, pelo blanco y vestido malva, parecía una orquídea abandonada y trémula.

Entonces Adelaida sintió que la araña de la acidez se despertaba en su estómago y lamentó otra vez la irresponsable idea de dormir el mediodía. Hacía muchos años que no vivía un día tan importante, mucho más importante que el de su jubilación después de treinta y

siete años de trabajo, y la acidez pretendía estropeárselo. Tragó en seco y, para burlar la molestia que ahora le subía por el esófago, abrió el file y empezó a leer, una vez más, el primer párrafo de su historia: «Delfina llegó en octubre y yo sabía que el mundo ya sería distinto». Continuó perdida en la lectura y, cuando la pequeña Delfina empezaba a dar sus primeros pasos, un auto se detuvo casi frente a ella y recibió la sonrisa entrañable de Reinaldo.

—Reinaldo, Reinaldo, ¿cómo está usted? —La voz de Adelaida era joven y tímida, mientras cerraba el file y observaba al poeta que se le acercaba.

—Buenas tardes, Adelaida. ¿Tenemos fiesta? Está usted muy elegante hoy. —Y tomó la mano liviana y húmeda que le ofrecía la anciana, sonriente—. ¿Ya llegaron los demás?

—Bueno, creo que sí, pero yo no he entrado. Es que llegué ahora mismo, sabe, y estaba revisando la mecanografía.

—¿Qué le parece este calor, eh? Yo acabo de bañarme y estoy empapado en sudor. Suerte que me mandaron el carro —decía Reinaldo mientras avanzaba hacia la entrada de la Casa de la Cultura y Adelaida calculaba el instante de pedirle un minuto de su tiempo—. Bueno, vamos, que se nos hace tarde y Rosa Hilda debe estar esperándonos.

Él miró las escaleras y Adelaida sonrió, secándose las manos, y se recriminó por seguir siendo tan tímida a los sesenta y dos años.

Reinaldo exhaló el humo de su tabaco y observó la nuca perfecta de Rosa Hilda. El pelo, muy corto, terminaba en un triángulo muy cerrado sobre el cuello y Reinaldo se preguntó qué habría en ese instante en el cerebro de la asesora literaria del Municipio. Reinaldo temblaba sólo de pensar que tres veces a la semana aquella muchacha de sólo veinticuatro años, sensible, inteligente, debía recibir un embate de literatura aficionada y repartir consejos a escritores aprendices de las más diversas cataduras, que no querían oír precisamente consejos, sino tener simplemente a gentes que los escucharan. Por ejemplo, la poeta surrealista que ahora leía, enemiga jurada del ritmo y la rima y empeñada en conseguir la poética cotidiana del ama de casa y en relatar, verso a verso en un largo poema épico-narrativo-psicológico, según sus propias

definiciones, las sinrazones de los huéspedes del Hospital Psiquiátrico de La Habana.

«Qué faena, poeta», se dijo y pensó en los años remotos del taller literario de la universidad, cuando para él la literatura era una fiesta irresponsable y romántica y se puso en vigencia aquello de si me lees te leo, y se pasaban la vida descargándose poemas y cuentos y fragmentos de novelas, buscando una aprobación de primerizos que ahora le parecía tan lejana. En realidad añoraba aquellos tiempos en que se conformaba con publicaciones mimeografiadas y añoraba también a los muchachos con verdadero talento que, de tiempo en tiempo, caían por este taller municipal para desaparecer algunos meses después, cuando ya habían ganado todos los concursos locales y se les complicaba la existencia al hacerse ambiciosos y descubrir que la literatura es el oficio más solitario del mundo. Pero este es mi trabajo. «Algunos, por eso, prefieren quemarse», se dijo Reinaldo.

Su mente divagaba, lamentando haber abandonado a Belkis, atormentándose con las goteras del techo, y en un giro de sus pensamientos recordó que no había llamado a la editorial para averiguar cuándo llegaban las pruebas de galera de su nuevo libro. Pensó también en el argumento para una película que quería trabajar y, sin notarlo, se sorprendió escuchando al jovencito, con ojos de homosexual aturdido, que leía un cuento incomprensible, plagado de latines y anglicismos baratos, donde —así le pareció a Reinaldo— contaba las aventuras sexuales de un sobrino y una tía en cierta casa de campo estilo *Lo que el viento se llevó*. Aquello le sonaba a historia conocida. Cuando el jovencito terminó, Rosa Hilda se volvió hacia Reinaldo y él debió aconsejarle al muchacho que escogiera un lenguaje menos críptico para su obra, en aras de una comunicación más efectiva, «¿No te parece, Rosa Hilda?». «Sí, Ernesto», siguió la asesora, «me parece que a veces las palabras se tragan las ideas y la anécdota y debes cuidar eso. Y también la forma en que hablan los personajes».

Pero Ernesto insistió en que ese era su estilo y no sabía hacerlo de otro modo y miró a los demás miembros de la tribu buscando aprobación.

Rosa Hilda decidió entonces darle la palabra a Adelaida y Reinaldo sintió que el corazón, literalmente, se le detenía cuando la

anciana abrió el file. Allí había por lo menos cuarenta cuartillas mecanografiadas a dos espacios y él no se sentía con fuerzas para resistir una hora de lectura de aquellos cuentos de cacerías africanas y vuelos sobre los Andes que solía redactar la mujer, que ahora explicaba que le estaba muy agradecida al compañero Reinaldo, «o sea, que la vieja me echa la culpa a mí», se dijo, por los consejos que en otras sesiones le había dado y que le debía justamente a él la inspiración necesaria para la escritura de aquel episodio y les pedía a todos un poco de paciencia, pues su historia no era muy breve que digamos. «Sí, paciencia, mucha paciencia», se dijo el poeta.

Adelaida también sintió un vuelco en el corazón cuando Rosa Hilda le pidió que leyera su trabajo. Por primera vez sintió un repentino e infinito pudor a mostrar en público uno de sus escritos y temió que no le brotara la voz. Había perdido en un instante toda la seguridad que la acompañó desde la mañana en que empezó a escribir su relato y pensó que sus esfuerzos de tantos días no valían la pena y que hubiera sido mejor traer, esa tarde tan calurosa, cualquiera de aquellos cuentos fabulosos y divertidos con los que huía de todo en un bote arrastrado por la corriente del Amazonas, después de haber visitado una majestuosa ciudad incaica donde todavía se desconocía la lejana llegada de Pizarro y Almagro y se espera en cambio el rutilante advenimiento del Viracocha. Adelaida vivía con plenitud aquellas aventuras que su mente pródiga le regalaba y era feliz a su modesta manera.

Pero tuvo que decir «Bueno, bueno», así, dos veces, para encontrar su tono de voz, y se volvió a secar las manos, cómo le sudaban. Entonces Adelaida le agradeció a Reinaldo sus consejos y la inspiración para la escritura de aquel relato, y bajó los ojos hasta la primera línea del texto mientras suplicaba un poco de paciencia.

—Delfina llegó con octubre y yo sabía que el mundo ya sería distinto. Aquel año había sido hermoso y feliz, pero jamás pensé que el rostro arrugado y rojo de la niña que me entregaron como mi hija podría agregar tal cantidad de felicidad a mi vida. —Empezó a leer y sus temores se esfumaron. Ahora se sentía incontrolable y ligera y leía suavemente, marcando las comas y las eses, mientras

una sonrisa tenue aflojaba sus labios cuando Delfina lloró por primera vez en los brazos de su madre y luego cuando aprendió a reír ella también, y fue creciendo día a día, como una flor maravillosa de la que brotan todos los pétalos. La anciana avanzaba en su historia y Delfina comenzó a correr entre los presentes, que reconocieron su pelo y su voz, su llanto y sus pasos, pero Adelaida estaba tan perdida en la lectura que no pudo ver cómo sus compañeros se inclinaban para escucharla mejor, ni cómo Reinaldo, que había olvidado por completo su ya maltratado tabaco, seguía los movimientos de la niña que crecía y los desvelos y nostalgias de la madre que, muchos años después, relataba la crónica de aquel amor sin prisas.

La primera menstruación de Delfina arrancó una lágrima de los ojos de su madre y de los ojos de Adelaida. El algodón absorbió la sangre viscosa y la madre besó a la adolescente, mientras le recordaba la sorpresa de su propio debut. Adelaida movía ahora sus manos deformadas por los años como si no le bastaran las palabras y su voz era limpia y atrevida. El reflejo violáceo que se desprendía de su vestido la envolvía en una luz de sueños. Los persistentes ruidos de la calle habían desaparecido y Delfina al fin le confiaba a su madre que estaba enamorada, lo sabía bien porque cada vez que veía pasar a aquel muchacho se le secaba la boca y las piernas le flaqueaban, era como una fatiga prodigiosa y festiva.

Cuando Adelaida empezó a leer la última página de su relato, Rosa Hilda tosió dos veces y Reinaldo mordió el mocho amargo de su tabaco. Ernesto miró por la ventana y la poeta surrealista se apretó las manos. Adelaida lloraba porque la madre de Delfina abría su escaparate de tres cuerpos y extraía el viejo vestido negro de los lutos obligados. Delfina había salido esa noche para no volver jamás y la madre de la historia, mordida por un presentimiento cruel, asumía el fin de su felicidad, que había comenzado un mes de octubre, dieciocho años atrás.

Adelaida cerró el file y se secó los ojos. Pensó pedir disculpas por el feo espectáculo que estaba dando, pero no pudo. Se sentía exhausta y vacía, como la madre de Delfina, pero además desnuda ante unos extraños que habían examinado todas sus intimidades. Afuera había oscurecido. Adelaida, al fin, dijo «Gracias», y se dispuso a escuchar los esperados comentarios críticos.

Entonces Reinaldo miró a Adelaida y descubrió sus pómulos elevados, sus ojos de paloma cansada y las pestañas, abiertas como abanicos frívolos, y se dijo que alguna vez aquella mujer debió de ser muy hermosa. «Se merece un poema», pensó incluso, y recordó a Belkis, muy hermosa ahora y esperándolo para comer en su cuarto de azotea. Y se preguntó por qué estaba acompañando a Adelaida.

Tomó a la anciana del brazo para cruzar la calzada. Sintió en su mano el calor de la piel suave y ya esponjosa de la mujer. Avanzaron lentamente por una calle flanqueada de mansos flamboyanes. En todas las casas veían la telenovela y todavía hacía calor. Reinaldo necesitaba un tabaco.

—Es un lindo cuento, Adelaida —se atrevió, al fin, Reinaldo—. Me sorprendió usted —sonrió, pensando que cuando la mujer terminó de leer el relato y Rosa Hilda le pidió su opinión, él apenas había dicho que le gustaba el cuento. Se había olvidado de consejos y recomendaciones tontas y, sin saber muy bien por qué lo hacía, le preguntó a Adelaida si podía acompañarla hasta su casa.

—Claro, Reinaldo, claro, yo vivo aquí cerca —le había respondido la mujer.

—¿Le gustaría tomarse un helado? —le preguntó después, al pasar frente a una cafetería.

—Viene bien, hay calor y por las noches me gusta comer algo ligero. Es la vesícula, sabe —dijo Adelaida y entraron. La telenovela mantenía a las gentes en sus casas y encontraron un par de mesas vacías.

—¿Por qué escribió ese cuento, Adelaida?

—Ya se lo dije, por usted. Me gustan mucho sus poemas, Reinaldo. Dicen las cosas que uno siente y que uno piensa. Yo leo mucho sus libros, y quería hacer algo que le gustara a usted.

—¿Qué hay de real y qué hay de ficción en esa historia?

Adelaida probó el helado suavemente. Comía sólo con los labios y lo hacía con distinción. A Reinaldo le gustó ver cómo movía la boca.

—No hay nada de ficción. Todo fue así. Bueno, lo recuerdo así.

—¿Delfina murió a los dieciocho años?

La anciana asintió.

—Me hace feliz que el cuento le haya gustado, Reinaldo. Me costó mucho trabajo escribirlo.

El joven miró su helado y luego se fijó en las manos de Adelaida. Tenía las manos delgadas, con dedos largos y espatulados de mecanógrafa retirada. Las manos que habían escrito aquella historia de amores frustrados.

El joven pagó los helados y salieron a la calle. Adelaida llevaba el file contra el pecho, como una colegial olvidada por el tiempo, y Reinaldo sintió deseos de estar solo. Ojalá lleguemos pronto a su casa, se dijo, y se preguntó qué derecho tenía para incitar a las gentes a escribir sus angustias y desenterrar sus muertos y recuerdos. Tal vez Adelaida necesitaba escribir su historia, pero él hubiera preferido no ser el causante de aquella amarga catarsis. En ese momento le hacía falta encender un tabaco, volver a sus propios problemas, quitarse de encima el fantasma de Delfina.

—Es al doblar —dijo entonces Adelaida y Reinaldo estuvo a punto de soltar un menos mal—. ¿Va a tomarse un cafecito? Y tengo tabacos en la casa, los que me dan por la libreta.

Se sintió tentado, pero no podía.

—No se preocupe, Adelaida, otro día. Ya es un poco tarde y mi esposa me está esperando. Debe estar pensando ya que fui a emborracharme por ahí con algún amigo, o algo peor.

—Las mujeres somos así, Reinaldo. ¿Y usted no tiene hijos?

—No, todavía no —dijo y se sintió avergonzado de su falta de paternidad.

—Bueno, muchas gracias por acompañarme. Hoy ha sido un día muy lindo y le agradezco mucho lo que me dijo del cuento —y le extendió la mano.

Reinaldo tomó la mano húmeda y tímida de la mujer y pensó pedirle el relato para leerlo de nuevo. «Tal vez quisieran publicarlo en alguna revista, mire», pensó decirle, «con algunos adjetivos menos es perfectamente publicable», pero desistió y también se contuvo cuando creyó necesario darle algunos otros consejos.

—Hasta luego, Adelaida —dijo—. Cualquier día vengo a tomarle el café.

—Cómo no, Reinaldo, lo espero. Adiós —se despidió la mujer, sonriente, y dobló hacia su casa. Desde la esquina el joven poeta la vio alejarse, con su vestido malva de los días festivos y su file contra el pecho y creyó descubrir la silueta de una joven, de unos dieciocho años, que cruzaba la calle para salir al encuentro de la

anciana.

«Se merece un poema», se dijo Reinaldo.

1988

Sonatina para Rafaela

«Play it again», Rick said

Casablanca

Rafaela cerró los ojos. La gota de sudor le había nacido en el cuello, sintió cómo se desprendía hacia sus senos y, luego de una pausa, recobraba fuerzas y volumen para lanzarse por su vientre. Maldijo el calor y la guagua que no pasaba y también el reflejo del sol sobre el pavimento, que le hería las pupilas. Debo de parecer un guiñapo, y sacó de la cartera un pañuelito rociado con extracto de violetas y se tocó apenas los labios y la frente. Suspiró, ahí viene la dichosa guagua.

Hizo todo el viaje de pie, veintiocho minutos. No era tan joven ni tan vieja como para merecer el favor de que le cedieran un asiento, y no dejó de sudar ni un instante. El aire que penetraba por las ventanillas venía quemado y húmedo y ella casi veía el hollín que se le incrustaba en los poros. Un guiñapo. Cuando se bajó de la guagua volvió a sacar el pañuelito y miró el reloj. «Estoy en tiempo», y avanzó lentamente hacia el restaurant, tratando de no pisar las rayas de la acera. Fuera había una cola de ocho personas, cuatro parejas, y la miraron mientras ella esperaba a que le abrieran la puerta de hierro labrado. Ya no le gustaba que la miraran, y tocó otra vez. «Buenos días», la saludó Roberto. «Qué calor, por tu madre, pensé que me derretía», y Rafaela se detuvo un instante para acostumbrarse a la temperatura deseable del aire acondicionado y a la media luz eterna del restaurant: allí todo era igual desde hacía veintiocho años.

Qué hay, Manolo, dijo, mientras firmaba el libro de asistencia y añadía al margen la hora de entrada:

11:47 a. m.

Manolo abandonó las copas que frotaba con un paño marrón y le sirvió un carta blanca doble, media cucharadita de azúcar, unas gotas de limón y dos cucharaditas de hielo. Rafaela tomó un sorbo sin esperar a que la bebida se enfriara y empezó a sentirse mejor. Observó el restaurant vacío, las mesas montadas con sus manteles

marrones, las velas dispuestas y el piano opaco en un rincón y calculó que cuatro años para retirarse eran más de mil guaguas para acá y mil para allá, dos veces al día. «No lo aguanto». Manolo se acomodaba el lazo en el cuello y le contaba la odisea para llegar, ayer, al campamento de trabajo voluntario de su hija, en San Juan y Martínez; desenrolló las mangas de la camisa y recogió el saco del mismo marrón rotundo de los manteles y el paño para limpiar las copas. Rafaela bebió otra vez y sintió como una bendición el descenso del trago duro y frío que le sacó otro poco del calor que traía de la calle y le reorganizó la vida. Una ducha, mi piano y mi reino por una ducha, y sintió muchos deseos de estar en su casa.

Roberto entró a los primeros comensales. Sonreían, siempre sonreían ante la certeza de gastarse treinta pesos. «Panadero a tu piano», se dijo la mujer y avanzó hacia el baño para reconstruir su sofocado maquillaje. «Eso mismo, un guiñapo», repitió al mirarse en el espejo. Tampoco le agradaba ya la respuesta que le daban los espejos.

Ya nunca imaginaba nada. Antes sí. Vestidos, luces, aplausos y un piano Steinway de cola, negro inmaculado, y un gran escenario, tachonado de terciopelo rojo. Cuando se acomodaba frente al piano, empezaba a acariciarse los dedos con una sensualidad que traspasaba el masaje profesional, y no miraba a nadie. Su corazón latía agitado, pero ella bien sabía que el mundo se reducía a sus dedos y a las teclas, a la lucha por la mejor melodía. Entonces se acomodaba el pelo, cerraba los ojos y hacía la música. No le importaban los aplausos que vendrían después como un torrente merecido.

Se calentó las manos y levantó la tapa de aquel piano afónico con el que había luchado, día a día, durante veinticinco años, con la tarea de agilizarles la digestión a unos espectadores que sólo se interesaban por la calidad y cantidad del asado y la variedad de los postres posibles. Su imaginación se había volatilizado como un perfume expuesto al aire, y ahora Rafaela prefería que la dejaran tocar en paz, sin recibir solicitudes que debía denegar. Su repertorio invariable de doce canciones para almuerzo y comida se había convertido con el tiempo en un ejercicio fácil y agradable, pues le

permitía mantener la mente en blanco o se dedicaba a pensar en los problemas de cada día, mientras sus manos, tan lejanas, trabajaban sobre la monotonía del teclado. Antes, esas mismas canciones se le antojaron sonatas para piano y Rafaela, compuestas por algún genio enamorado de sus dedos prodigiosos y únicos. Muchas gracias.

Entonces soñaba con la fama y podía imaginarlo todo. Se veía triunfar, realizaba giras, su nombre en los periódicos. Sus conciertos llenaban teatros y el renegrido piano vertical de cada día le agradecía aquellos impulsos triunfalistas y la seguía, convertido en el Steinway de cola, por las escalas más difíciles de los más mentados talentos, juntos hacia la gloria. En aquellos tiempos Rafaela era joven y distinguida, se vestía con la elegancia evidente de una concertista —el negro le sentaba tan bien— y desgranaba las melodías con un dramatismo auténtico. Los hombres la miraban y la deseaban, muchos se le acercaban para pedirle canciones o invitarla, después que termine, señorita, a un trago. Pero al terminar la decimosegunda pieza estipulada en la norma para músicos de centros gastronómicos de categoría uno, la mujer bajaba la tapa del piano, le hacía una breve reverencia al público alucinado y se perdía en la cocina del restaurant, segura de que en el camerino de este teatro también habría muchas flores, tarjetas de felicitación y algún periodista impertinente empeñado en sacarle declaraciones exclusivas sobre la función recién terminada.

Sólo un día aceptó una copa. Muy al principio. Él, vestido de traje azul oscuro, se le acercó para escucharla mejor mientras tocaba *Según pasan los años*, y le comentó que había visto más de diez veces la película y nunca escuchó a Bogart decir el *«Play it again»*, aunque le aseguró que ella era tan hermosa como Ingrid Bergman en sus días de *Casablanca*. Entonces le pidió que empezara de nuevo aquella canción, él jamás la había oído tocar igual. *«Play it again»*, dijo él. Y entonces la invitó a una copa. Fue la única aventura extramatrimonial que tuvo Rafaela aunque casi la había olvidado.

De tanto repetir las mismas canciones, en igual orden, todos los días, almuerzo y comida, Fin de Año y Primero de Mayo y día de los Padres, Rafaela empezó a ver las teclas manchadas de su viejo piano de tercera, a olvidar los aplausos y las flores, a sentir que la gloria le era ajena y a recordar que tenía ropa atrasada por lavar. Hasta

que un día, al ejecutar la décima pieza, oyó por primera vez a un comensal. «Esa pianista debió de haber sido una mujer bonita», dijo el hombre de la mesa seis, y ella sintió cómo las articulaciones de sus dedos se endurecían. Terminó la pieza y fue hacia la cocina que siempre condujo al camerino y vio cómo Atanasio, el cocinero, se limpiaba en el delantal las manos manchadas de sangres muertas.

También ese día, también por primera vez, Rafaela se acercó a la barra y le pidió a Manolo un carta blanca doble, a la roca.

No entendía por qué estaba recordando tanto. Quería terminar la tanda del almuerzo, cerrar aquel piano de mierda —¿cuándo la empresa lo va a cambiar?— y cada nueva canción le parecía más larga, menos tolerable. Cuando al fin concluyó *Yesterday*, la última pieza de la norma, sintió un alivio insólito. Cerró el piano, recogió el vaso y regresó a la barra. «¿No vas a almorzar primero?», se extrañó Manolo y ella negó con la cabeza. El cantinero preparó el doble de carta blanca. «Hoy a la gente le ha dado por la sangría, con lo mal que me cae». «A tu trago, cantinero», dijo ella y bebió un sorbo largo.

Cuatro mil guaguas en total, más de veinte mil canciones. «De verdad no lo aguanto», y pensó en el calor que hacía afuera, en el agua que llevaba dos días sin venir a la casa, en la carne que tenía que coger. De un segundo golpe liquidó el trago. «Otro, Manolo». «¿Otro más?» «Dale, que hoy tengo el día cabrón». El cantinero sonrió ante aquella expresión inusual en boca de Rafaela. «Yo también tengo ganas de darme unos palos». «Pues arriba, para luego es tarde», dijo la mujer y observó los ojos lánguidos y azules de Manolo. «Hoy tienes los ojos preciosos», le salió sin pensarlo. Ajenos a toda discreción, chocaron los vasos sobre la barra inmaculada y sonrieron. «A tu salud». «A la tuya». «A la de los dos». Y bebieron. Se miraron un instante.

Rafaela volvió a sonreír y, sorprendida, estudió sus dedos envejecidos. Tenía deseos de tocar *Según pasan los años*. «Hace como un siglo que no la toco».

1988

Según pasan los años

1

—¿Cuántos años, Lucrecia?

—Más de seis, como ocho, no sé, una barbaridad —dice y sonríe. Pero ella deja de sonreír porque piensa: «No está bien que lo haga delante de José Manuel». Aunque encontrar otra vez a Elías la hace feliz.

—A veces me acordaba mucho de ti y de Juan Carlos —dice él mientras avanzan hacia el exterior de la funeraria.

Hace frío y el cielo es una capota gris y cercana. Fuera hay varias personas, casi todas jóvenes, fumando y hablando y él vuelve a pensar: ¿cuántos años? No encuentra allí a ninguno de los muchos amigos que él y Juan Carlos habían tenido en la secundaria y en el pre. Ahora todos son amigos nuevos del amigo muerto y sólo Lucrecia y él volvían de aquellos tiempos. Fieles como siempre.

—No conozco a nadie. —Siente que debe comentar y le ofrece un cigarro a la muchacha.

—Ya no fumo. Yo tampoco conozco a nadie. Cada cual anda por su lado. Menos mal que tú viniste, Elías. Te juro que tenía ganas de verte. Lástima que haya sido aquí.

Cuando Hortensia lo despertó, Elías, vamos, muchacho, aquella mañana que siguió a su regreso, y le dijo, él medio dormido todavía: Mi hijo, vamos, tengo que decirte una cosa, él jamás pudo imaginar que su madre fuera a darle esa noticia. Él había pensado: Alguna visita, seguramente mi padre, o mi abuela, pero Hortensia dijo:

—Es que se murió Juan Carlos.

Elías despertó, como aquellas mañanas en las estepas de Huambo, inauguradas con una alarma de combate que estremecía la casamata, Arriba, soldado, arriba, coño, y de pronto todo el sueño

desaparecía y lo atrapaba la sensación de no haber dormido en dos días, y sin embargo sabía que estaba perfectamente despierto, aunque era incapaz de coordinar dos ideas propias, sólo tenía cerebro para recibir órdenes. A filas. Así fue: una voz, el fusil, las balas, listo para el combate, a filas.

—Que Juan Carlos se murió —repitió ella.

—¿Qué pasó? —Miró a su madre después de abrocharse el pantalón.

—Un accidente. En la autopista. Anoche como a las dos vino Efraín a avisarte. Se enteró cuando salió de aquí, pero yo te dejé que durmieras un poco.

—¿Cuándo es el entierro? —se le ocurrió preguntar mientras escupía en el inodoro una saliva cobriza y dulzona, mezcla de café, cigarros y ron añejo, mientras su madre le informaba:

—A las diez. Apúrate, que ya son las siete. Y abrígate bien, no te vayas a enfermar ahora.

Lucrecia lleva el pelo muy corto y su rostro parece más afilado. De los labios le nacen dos líneas que alguna vez serán arrugas. Mientras ella lo mira fumar, sus ojos se debaten entre la alegría y la pena.

—Ya empezamos a morirnos —dice la muchacha y él fuma, asiente, pero continúa en silencio, estudiándola—. Ya tengo veintisiete años —suspira y sonríe.

—¿Terminaste bien la carrera? Cuando me fui para Angola alguien me dijo que estabas en la tesis.

—Sí, todo bien. Cuando terminé conseguí trabajo en un Municipio de Cultura. Ahora estoy en una editorial.

—¿Y hubo algo de matrimonio?

—Por poco, pero logré conservar mi declaración de independencia.

—¿Y veías a Juan Carlos?

—En los últimos meses sí. Después que se divorció de Belkis se apareció un día por mi casa. Me invitó a comer varias veces…, hasta que me enamoró. Parece que se acordó de…

—Yo creo que siempre le gustaste —la corta Elías.

—Mejor no hablamos de eso. De aquello no queda nada, Elías.

Acuérdate que tengo veintisiete años… y tú también.

—Cómo pasa el tiempo, mi madre —dice sin entusiasmo y enseguida comprende que ha dicho una tontería: sólo tiene veintisiete años, aunque a veces se sienta muy cansado.

—Lo mejor es que pasan muchas cosas, Elías Roberto González Cárdenas. ¿Te acuerdas?

—Elías Roberto González Cárdenas.

—Aquí, profe.

—Lucrecia González Carmenate.

—Presente.

—Por poco somos hermanitos —dijo una voz y Lucrecia se volvió. Encontró su cara delgada y sonriente, salpicada de acné, dominada por unos dientes blancos, como intranquilos detrás de los labios.

—¿No te gustaría ser mi hermana? —preguntó.

—Mi mamá no tiene hijos anormales —afirmó Lucrecia y volvió la cabeza con un movimiento que puso a danzar su pelo negro.

—Eso te pasa por fresco —dijo otra voz, muy próxima a la primera.

—¿Qué pasa allá atrás? —rugió Vicente, el físico, y el silencio regresó.

Te me acercaste en la cola de la merienda y me ofreciste tu refresco. Si yo seguía con mi turno no llegaba al mostrador ni a las doce del día, porque todos los zánganos del último año se colaban. Me caíste bien, la verdad.

—Te lo regalo para hacer las paces. Vamos a ser compañeros como tres años, ¿no?

—No, gracias, yo compro el mío —dijo Lucrecia y observó el rostro que la miraba sobre el hombro de Elías Roberto González Cárdenas: ese era Juan Carlos, el pelo castaño sobre las orejas, los ojos pequeños y rápidos, una sonrisa leve, casi inexistente.

—Cógelo, chica, no seas boba. Dale, anda. Fíjate, si no lo coges me lo echo por arriba…

—Me gustaría verlo —dijo, pero le dio gracia y por fin aceptó el refresco calentón que él le ofrecía moviendo siempre la cabeza con gestos de anda, anda.

¿De verdad no tomaste refresco ese día?

Justamente cuando comienza a llover, del interior de la funeraria brotan unos sollozos. Se voltean y ven a Luisa, la madre de Juan Carlos, que se acerca a la puerta. A su lado, sosteniéndola, va Juan Manuel, y detrás, rodeada de tías y parientes, Niurka, la hermana de Juan Carlos.

Elías mira el reloj: diez para las diez. Parece que están apurados por terminar este turno, piensa, y toma a Lucrecia del brazo para despejar la salida. Cuatro automóviles están alineados bajo la marquesina de la funeraria y los familiares de Juan Carlos se acomodan en ellos. Detrás otros carros se suman a la caravana. Alguien anuncia: los demás pueden ir en la guagua del Ministerio.

—Vamos ahí —propone Elías y, sosteniendo a Lucrecia del brazo, corren hasta el ómnibus, detenido bajo la lluvia. Con ellos suman seis los pasajeros.

Dos minutos después el carro fúnebre, coronado de flores, se lanza a las calles mojadas. Tras él se organiza una serpiente de vehículos y en la cola marcha la guagua semivacía del Ministerio de Comercio Exterior.

—Increíble. Se jodió Juan Carlos —dice Elías, sin pensar lo que dice.

La madre de Juan Carlos lo abrazó, llorando: Mi hijo, mi hijo, decía, pobrecito, y Elías sólo repetía: Vamos, Luisa, vamos. Juan Manuel también lloraba, pero en silencio. Le dio un fuerte apretón de manos y mantuvo baja la mirada. Niurka ni siquiera se fijó en él: lloraba para adentro y también miraba para adentro.

Elías se acercó a la caja gris y blanca, y a través del pequeño cristal vio el rostro de Juan Carlos. Parecía dormido, pero en su cara había una inconformidad de pesadillas, como si fuera a despertar en ese instante, arrebatado por un dolor de cabeza. El labio superior estaba cubierto por un bigote negro, de pelos duros y arqueados, que le ocultaba los labios. Y cómo sufrías cuando no te salía el bigote, pensó. Los pómulos se habían rellenado de carne y la frente había avanzado y ahora el pelo castaño de Juan Carlos estaba

muy lejos de amenazar con tragarse las tupidas cejas. Había cambiado en dos años, pero ¿sería el mismo?, se preguntó y recordó la única carta del amigo que había recibido en Angola: «Me divorcio, mi socio. Esto es del carajo. Estuve tres mesesitos trabajando en México y Belkis me pegó los tarros. Se enteró media Habana. ¿Y sabes que la muy cabrona dice que fue un mal momento, que sigue enamorada de mí? Qué enamorada, ¿verdad? Y yo comemierda como siempre: ojalá pudieras ver la cantidad de cosas que le había comprado allá. Pero, mi socio, felicítate por no haberte casado, porque después de dos años fuera de aquí hubieras vuelto con más tarros que un venado viejo…».

Elías trató de comparar la cara de Juan Carlos con la de los compañeros que vio morir en Angola, y no pudo. Faltaba algo. ¿O sobraba?

Seguía cayendo una llovizna fina, helada y persistente. Todos los vehículos se habían quedado en la avenida del cementerio y los asistentes al entierro caminaban detrás del carro fúnebre.

—Nunca había venido a un entierro —comenta entonces Lucrecia.

—Yo tampoco —dice Elías—, pero ya he visto a unos cuantos muertos.

—¿Cómo te fue en Angola?

—Imagínate, aquello es una guerra. Pero lo peor son los recuerdos. La gente se pasa la vida acordándose de Cuba y planeando lo que va a hacer cuando vuelva.

—¿Qué vas a hacer tú ahora?

—No sé. Lo pensé tanto que se me olvidó —dice y se detiene a unos metros de la tumba abierta.

La ceremonia final se desarrolla rápidamente y nadie despide el duelo. Sobre los sollozos de Luisa y el llanto de Niurka, que se ha soltado agudo e indetenible, se oyen las pocas palabras de un tío de Juan Carlos que agradece a todos la gentileza de haberlos acompañado en un momento tan duro. Muchas gracias a todos, y la gente se dispersa.

Entonces la lluvia decide arreciar de nuevo, y Elías y Lucrecia aprietan el paso hacia la salida del cementerio.

—Por dios, qué clase de día.

—Cualquiera es malo para morirse —filosofa Elías.

—Esto parece una película inglesa. No sé.

Elías la mira y no puede evitar una sonrisa. A Lucrecia siempre se le ocurren cosas así, y es cuando se le ocurre a él, viendo el desfile de autos que se retiran, que tal vez Juan Carlos estuviera vivo y todo fuera la sabida historia de hacerse el muerto para ver el mal entierro que le hicieron. Ojalá. Pero le molesta pensar así, sentirse cínico ante la muerte.

—Bueno, vamos a coger la guagua, quiero irme de aquí.

—Oye, Lucrecia, ¿qué vas a hacer esta noche?

Me sorprendiste. Yo sabía que eso estaba al llegar, pero ese día no lo esperaba. Así, de pronto.

—¿Por qué? —preguntó, casi inocente.

—Nada, como a ti te gusta tanto el teatro y eso, y dicen que hay una obra que está buena. ¿Quieres ir? —preguntó al fin y no la miró: observó el patio de educación física, como si no le importara la respuesta.

¿Qué hubiera pasado si digo que no, ese día y siempre que no?

—¿Tú y yo solos?

—Claro, vieja, no tengo que ir con mi mamá.

—No, es que como tú y Juan Carlos parecen una yunta de bueyes.

Seguro ni te acuerdas cómo se llamaba la obra. Qué te vas a acordar, si por tu culpa casi no pude ver nada. Se te ocurrió enamorarme allí mismo. ¿No podías esperar a salir del teatro?

—Pero ¿qué es lo que tienes que pensar, muchacha?

—Eso mismo, Elías, si te acepto o no.

—Pero ¿yo te gusto? ¿Sí o no o sí?

—Eso no te lo puedo decir.

—Pero ¿sabes si te gusto o no?

—Claro que lo sé.

—¿Entonces?

—Tengo que pensarlo. Déjame ver esto.

Te tuve así como un mes, ¿no? Hasta el día que me invitaste a la fiesta con los Kent que no existía y me propusiste ir a La Red. Esa

noche te pusiste una camisa a cuadros de tu papá y llevabas los mocasines de Juan Carlos. De eso hace doce años, Elías.

—¿Cuándo regresaste, Elías? Ven, vamos a tomar café —propuso Juan Manuel y salieron de la capilla—. Imagínate lo que ha sido esto para nosotros, así de pronto, un muchacho tan joven, que estaba viviendo lo mejor de su vida. Tú te enteraste de lo del viaje a México, ¿verdad? Y también fue a Canadá, y el mes que viene debía salir para Venezuela. Era todo futuro.

—Dos cafés —pidió Elías y dejó la moneda sobre el mostrador.

—No, ahora no quiero cigarro. Me he fumado como tres cajas en menos de un día. Ya no puedo más… Carajo, cómo le hubiera gustado verte. Él siempre estaba hablando de ti y te escribió muchas cartas, ¿verdad? Me dijo que cuando fuera a Venezuela te iba a traer un montón de cosas. Y me habló de llevarte para el Ministerio, para ver si tú también viajabas. Por fin tú no terminaste la universidad, ¿eh?

—No, me movilizaron para el ejército.

Elías aplastó el cigarro en el suelo. Miró a Juan Manuel y sintió lástima. Pensó en Juan Carlos y también sintió lástima, y se preguntó qué iba a hacer con la botella de coñac que le había traído de Angola. ¡El sueldo de tres meses!

—Uno nunca se conforma cuando se muere un muchacho joven, imagínate cuando es un hijo. Yo creí que a Luisa le daba algo. La pobre, ella veía por los ojos de ese muchacho.

—La pobre —repitió Elías y recordó a su madre, la tarde anterior, cuando lo vio llegar: Mi hijo, por Dios, a veces pensé que no te iba a ver más.

—La que salió mala fue Belkis, y mira que él le dio gustos… Carajo, cómo le hubiera gustado verte otra vez —insistió Juan Manuel—, tú eras su mejor amigo, desde la secundaria.

—Sí —dijo y pensó en los tres años que Juan Carlos y él no se dirigieron la palabra. Entonces vio a Lucrecia: Lucrecia.

—¿Qué tú quieres decir, Elías?

—Nada, que hace mucho rato estoy pensando en las cosas que

pasaron, y me gustaría montarme contigo en la máquina del tiempo.

—¿Para ir adónde? No te das cuenta de que no tiene sentido.

—La primera vez que fuimos a La Red, ¿te acuerdas?, hacía frío y estaba lloviendo, igual que hoy.

Ella mira la lluvia, y el cementerio desierto, terriblemente plácido.

—No tiene sentido volver a empezar.

—¿Y volver a vivir?

—Creo que tampoco… Ya se acabó la película inglesa, porque esto parece un bolero: «Vida mía, contigo yo quiero volver a vivir» —casi canta y sus labios forman una sonrisa tenue—. ¿Qué te pasa? ¿Es que no tienes con quien salir?

—Tú sabes que no es por eso. Vamos a hacer la prueba. Hacemos lo mismo que el primer día que fuimos a La Red. ¿Te espero donde aquella vez, a la hora de aquella vez?

—¿Un viaje a la melancolía? —pregunta y sonríe. Elías observa entonces que alrededor de los ojos de Lucrecia la piel se ha dilatado y forma unos pliegues leves, que antes no existían. Y piensa: «¿De verdad tiene sentido?».

2

Elías observa la ropa colgada en el clóset. Piensa: «¿Cuál?», y no se decide. Todas las camisas le quedan ajustadas, todas tienen dos pinzas en las espaldas, como se usaban antes de él irse. Ahora se llevaban holgadas, igual que cuando estaban en el pre y él se ponía las de su padre. Observa los pantalones: campanas. Ahora se han vuelto a estrechar abajo, bueno, igual que cuando ellos estaban… Sonríe. Han pasado doce años o han retrocedido doce años, y se siente envuelto en el vaivén de una ola que no lo lleva a la orilla ni lo saca mar afuera.

Por fin se decide: el único blue-jean y aquella camisa de cuadros. Como está más delgado la camisa no se le ajusta tanto, y de cualquier forma el jacket oculta la estrechez. Los jackets siempre son iguales. Menos mal.

Desde la ventanilla del ómnibus mira la ciudad, que no ha visto en dos años, y que esa noche le parece tan extraña, recogida por el frío. Recuerda las gélidas noches de Huambo, cuando pensó, más de una vez, que no volvería a caminar por La Habana. En un portal hay un perro mojado, aterido, y a Elías lo embarga la sensación de lástima que siempre le provocan los perros callejeros, que no conocen del cariño.

Se da cuenta de que apenas ha pensado en Lucrecia y menos aún en la noche aquella, cuando por primera vez se besaron en la oscuridad del *night-club*. Las manos se le humedecían y todo el viaje que ahora replica lo había hecho limpiándose el sudor de las manos, convencido de que ella lo iba a rechazar cuando descubriera que la fiesta con los Kent no existía. Ahora no está nervioso. Sólo siente una tranquila curiosidad y piensa: «O estoy más viejo o falta un poco de emoción.

Las dos cosas», concluye.

—Yo no sé qué lío tú tienes con Lucrecia —dijo Juan Carlos mientras él se probaba los mocasines—. Ella se está haciendo la difícil contigo, pero seguro que no es tan santa como se hace.

—Está bueno ya, viejo, eso es asunto mío.

—Allá tú.

En el Yara ponen *Atrapado sin salida*, Elías mira un momento las fotos de la película y decide venir a verla. En dos años se ha perdido tantas películas. ¿Veinte buenas?, calcula. En El Vedado la gente se olvida un poco del frío y suben y bajan la Rampa, entran en el cine, corren tras una guagua. Un grupo de muchachos, sospechosamente lánguidos y gritones a un tiempo, conversa en la acera de Coppelia. Pasan algunas mujeres despampanantes, nalgas altas y redondas, él tiene predilección por las nalgas con mucha carne. Algunas lo miran, pero Elías sabe que lo estudian: con ese pelado que trae. ¿Parezco un bicho raro? Debo de parecerlo.

A las nueve en punto mira hacia el Habana Libre: ella se acordó, allí está, mirando la luz roja de esta noche y de una noche como esta hace doce años, y Elías no puede evitar que al fin lo atrapen los recuerdos de aquel encuentro escondido en su memoria.

—Elías, tengo que hablar contigo. Tú eres mi socio y andamos juntos hace una pila de años y por eso tengo que decirte esto, porque yo sé que a los hombres hay cosas que no se les pueden decir, pero tú eres mi socio y después haz lo que te dé la gana: Lucrecia te está pegando los tarros. Ernestico la vio el otro día en un pase raro, con un tipo más viejo que nosotros que anda en una moto. Estaban hablando pegaditos y eso es del carajo. Tú haces lo que tú quieras, mi socio, pero ahorita la gente empieza a hablar y vas a coger fama de tarrú, que eso es lo peor que hay. Yo sé que tú estás metido con ella, pero mi socio, tienes que determinar.

Yo no pude ni hablar, Lucrecia, y me dieron ganas hasta de matarme, o de matarte a ti primero y matarme yo después. Se me acabó el mundo. Yo me pasaba la vida imaginando que nos casábamos, que íbamos a vivir para mi casa, que estudiábamos en la universidad y que teníamos un niño, todas esas cosas, y de pronto aquella bomba.

—Vaya, para convencerte: yo también la vi.

Eso fue suficiente. No sé cómo tuve valor para llamarte y decirte que no quería más nada contigo. Todavía ahora, cuando me acuerdo que me dijiste estúpido, comemierda, y te fuiste llorando, todavía siento como si alguien me diera una bofetada.

Cuando te vi paradito, esperándome y fumando, me di cuenta de que sí estaba enamorada de ti. Aunque hacía mucho frío, había mucha cola, porque ese día ponían *El Padrino* en el Radiocentro. ¿Te acuerdas, en Radiocentro? Yo te vi enseguida, entre el montón de gente, parecías un hombre ya mayor.

—Menos mal que sigues siendo puntual —dice y le da un beso en la mejilla.

—Ahora me acordé de aquella vez —dice Lucrecia y salen caminando abajo.

—¿Te puedo pasar el brazo por los hombros? —preguntó y Lucrecia lo miró muy seria, con esa seriedad que sabía poner, y entonces ella se enlazó de su brazo.

—¿Y eso? —pregunta Elías.

—Nada, ¿no te puedo coger el brazo?

—Y lo que tú quieras. —Sonríen.

Me miraste con una cara que de verdad yo pensé que había pasado algo malo.

—Oye, Lucrecia, tengo que darte una mala noticia —dijo—. Me dijeron ahorita que Ringo, el baterista de los Kent, está enfermo y suspendieron la fiesta.

—¿Y adónde vamos por aquí? —preguntó y observó el movimiento difícil de la nuez de Elías. Tragaba en seco y disimulaba encendiendo un cigarro.

—Más nunca he entrado aquí, Elías —dice ella—. ¿Cuántas veces vinimos juntos?

—¿Te acuerdas del día que no nos alcanzó el dinero?

—Fue la última vez que vinimos. Ya llevábamos como quince meses de novios. Quince meses, mi madre.

Cuando me empaté con Belkis empecé a sentirme un poco mejor.

Aunque antes me pasé como seis meses que no sabía dónde iba a poner el huevo, ¿o los huevos? Pero lo de Belkis fue un fracaso: yo seguía enamorado de ti y ella no estaba enamorada de mí ni podía enamorarse de nadie. Se quería mucho a sí misma. Pero tenía una ventaja: creo que nació sin virginidad y le encantaba la templeta. Menos mal que por fin terminamos el pre y dejé de verte todos los días. Esa fue la mejor cura.

Y todo hubiera seguido bien si Cataclismo no me dice un día, así de casualidad, que Juan Carlos andaba contigo.

—Ven acá, mi socio, ¿es verdad lo que me dijeron, que tú estabas yendo a casa de Lucrecia y que estás saliendo con ella?

—Oye, Elías, no es lo que tú te crees. Nosotros somos amigos y eso, y como mi facultad queda cerca de la de ella, a veces almorzamos juntos en el comedor de la universidad y…

—¿Y cómo es que tú te exhibes por ahí con putas? ¿No te da pena?

—Oye, Elías, déjate de boberías que ya de lo tuyo con Lucrecia hace mucho rato.

—Está bien, está bien, no quiero saber más nada de eso. Pero me parece que esto es una mariconada tuya…

—Coño, Elías…

—Elías pinga, chico.

Todavía estaba enamorado de ti, ¿verdad?

El olor del ron, el aire acondicionado preñado de nicotina, el *ginger ale* y las pinturas de labios borradas con saliva forman una atmósfera inconfundible que se introduce, directamente, en la memoria olfativa de Elías. Cierra los ojos un instante y, cuando los abre, puede ver mejor en la penumbra del club: a su izquierda, la barra, parapetada tras una red que nunca supo del sabor del mar; al fondo, el salón, rodeado de pullmans aburridos de tanto amor inconcluso y derramado sobre su superficie. La música está dos grados más alta de lo que hubiera resultado agradable y la voz pastosa y gastada de Roberto Carlos grita sus penas de amor perdido.

El camarero les indica un pullman con la linterna y pregunta qué van a tomar.

—¿Carta blanca, no? —le pregunta a Lucrecia.

—Añejo, no seas tacaño.

—Añejo —dice Elías y el hombre se aleja hacia el bar.

—Esto está casi vacío, parece que a los muchachos ya no les gusta tanto.

—Ahora van directo a la posada, ¿no?

—Bueno, con esta música… —protesta ella cuando Nelson Ned sucede a Roberto Carlos—. Es la decadencia absoluta.

—¿Te acuerdas de *Get Ready*?

—Rare Earth. Versión larga: diecisiete minutos —evoca ella—. Diecisiete minutos bailando sin parar. ¡Que me coja yo ahora haciendo eso!

Elías bebe un trago largo del ron. Lucrecia saborea el suyo lentamente.

—Sin contar el ron… ¿Todo igual que antes?

Lucrecia sonríe.

—Antes tenías más paciencia y además no preguntabas tanto. ¿Me vas a enamorar otra vez? Dime, para empezar a emocionarme.

Él la tomó por los hombros, la acercó a su pecho temiendo que ella sintiera el ritmo frenético de su corazón y la besó en el cuello. Esperó un instante y luego siguió besando, suavemente, acercándose a la boca de Lucrecia, donde encontró, después de diez, quince besos preparatorios y aproximantes, un tenue sabor de albahaca que ya nunca en su vida podría olvidar.

—Hacía más de dos años que no besaba a una mujer…, ni a nadie —dijo, luego de lanzarse directamente sobre la boca de Lucrecia—. Y hacía como diez que no te besaba a ti.

—Oye, Barry White. Dale, vamos a bailar un poco.

Yo también me sentí muy mal. No entendía nada y varias veces pensé en hablar contigo, pero creía que eso iba contra mi dignidad. Oye eso, mi dignidad. Además, estaba segura de que vendrías a pedirme disculpas, porque sabía bien que estabas enamorado de mí y no había pasado nada entre nosotros. Pero ni tú viniste ni yo fui y se jodió todo.

Tuve dos novios, ninguno del pre, ninguno pasó de los dos meses. Otros dos en la universidad, y más o menos por el estilo,

hasta que conocí a William y empezamos muy bien y seguimos mejor todavía. Duramos dos años y ya pensábamos hasta en casarnos, pero un buen día se me apareció con la noticia de que tenía otra: claro, una niña de diecisiete años y él que ya tenía treinta… Y la verdad, Elías, cuando estuve con William ya no pensaba en ti. Casi ni me acordaba de ti, o si me acordaba era sin dolor, hasta que hace un año apareció otra vez Juan Carlos. Se había separado de Belkis y tenía ganas de morirse. Se repitió la historia de la universidad: salimos, después me enamoró, después le dije que no, y él siguió insistiendo.

—Dame un cigarro, anda.

La vieja me dijo:

—Elías, ahí está Juan Carlos.

Ella no hacía más que reprocharle el tiempo que llevaba perdido de la casa y él: Figúrese, Hortensia, la universidad me lleva a prisa. Y yo, ¿quieres que te diga la verdad?, yo me alegré de verlo otra vez, pero me quedé callado.

Al principio hablamos como si no hubiera pasado nada, de las clases, del divorcio de los viejos míos, qué disparate, de la boda de Niurka, con dieciséis años, tu hermana está loca, hasta que me dijo que él también iba a casarse y venía para invitarme a su boda.

—Tú eres mi amigo, Elías, mi socio más viejo, y quiero que estés allí. Total, entre nosotros no ha pasado nada grave.

—Claro que no —le dije entonces, porque entonces pensé: «Claro que no, era que estaba celoso». Y le pregunté—: ¿Con quién es el negocio?

—Con Belkis —dijo.

¿Qué tú quieres que te diga, Lucrecia, si a pesar de todo me alegré de verlo otra vez?

—Bueno, Lucrecia, cuéntame de tu vida.

—¿Mi vida? ¡Bah!, ¿qué quieres que te cuente?

—Todo —pide Elías y la toma de la barbilla—. ¿Quieres que te diga una cosa?

—Arriba.

—Todavía me gustas más que el carajo. —Y la besa, como la besó hace doce años, mordiéndola, recorriendo cada diente con su lengua, mezclando sus salivas etílicas y sintiendo que en casos así el pantalón es el peor invento del mundo. Y la grabadora de club: ¡Coño!, dicen a dúo, ahora pasa lenta y distraídamente una canción de Los Beatles, qué es esto, *The Fool on the Hill*, y ¿en qué año estamos? ¿Será verdad que me soplé dos años en la guerra de Angola o esta misma tarde andaba jugando pelota en el patio del pre?

—Elías, ¿y quién te dijo que yo te estaba pegando los tarros? Dime otra vez la verdad, porque esa es la única verdad que me falta en todo esto. Por favor.

3

El mejor compañero que tuve en Angola lo vi morir a veinte metros de mí. Estábamos tirando un cerco y él pisó una mina. Lo que recogimos fueron pedacitos de su cuerpo. Era un negrito pelón, con los ojos botados, de Sancti Spíritus, y le tocó el número veintidós de la compañía. Sapo, dijo alguien mientras cantaban los números y desde ese día fue «El Sapo». Se pasaba el día jodiendo, haciendo cuentos de relajo para que los demás nos riéramos y siempre hablaba de una mulatica que vivía a dos cuadras de su casa: Dalia. Él aseguraba que Dalia tenía las tetas más lindas del mundo, porque un día se las había visto de refilón. El Sapo la enamoraba por cartas y ella a veces le contestaba y la gente le decía que Dalia le iba a dar el sí cuando el sapo criara pelos.

Casi siempre hacíamos la guardia juntos y varias veces le hablé de ti, y de Juan Carlos, del negro Efraín, y de la gente del pre, y de todas esas cosas, de los recuerdos, y él me contaba de sus amigos.

Cuando lo mataron, le faltaba una semana para cumplir los veinte años y el día de su cumpleaños llegó al campamento una carta de Dalia, felicitándolo. Le mandaba un beso, un beso grande.

Por eso, cuando vi a Juan Carlos en la caja me pareció tan extraño. Aquí es como si no se muriera nadie, como si todos fuéramos a durar cien años. Allá era distinto y uno pensaba: ¿Hoy me tocará a mí? Aquí no se piensa nunca en eso y, sin embargo, la verdad es que la gente también se muere. Ahora le tocó a él, que nunca supo luchar por nada.

—¿Entonces la cosa fue así?

—¿Él nunca te lo dijo?

—Claro que no, Elías. ¿Tú eres bobo? Acuérdate de que en el pre apenas hablaba conmigo. Cuando los tres estábamos juntos siempre

hablaba contigo. A veces lo hacía como si yo no existiera. Por eso me extrañó que se me acercara en la universidad. Pero no pensé mucho en eso, me dije, es que ahora somos mayores, ¿no? Lo que me molestó es que me enamorara, siendo tu amigo. No sé, eso no me gustó. Deben de ser resabios medievales.

Elías la mira y bebe su último trago de añejo y siente que los efectos del alcohol empiezan a acariciarle la cabeza.

—Lucrecia, ¿de verdad tú estuviste con otro?

Ella mira hacia la pista de baile, desierta ya a esa hora de la madrugada.

—¿Por qué no me preguntaste eso hace diez años?

—Porque era un comemierda. Y porque entonces estaba seguro…

—¿Y ahora no?

—No sé. Ahora hemos hablado de muchas cosas y ha pasado mucho tiempo.

—Creo que demasiado.

—La verdad, no me importa si lo hiciste o no.

—Ahora no te importa. Ahora no te importa que haya sido una puta, ¿verdad que ahora no importa?

—Por favor, Lucrecia, yo creí…

—Claro que creíste.

—Pero Juan Carlos no inventó eso.

—¿Qué tú crees? Dime la verdad, ¿qué tú crees? —pregunta Lucrecia y se pone de pie—. Voy al baño —agrega, sin esperar respuesta.

Elías la ve alejarse y siente que Lucrecia se le escapa, como hace diez años. Y ahora piensa: «¿Por qué me creí todo aquello?, ¿qué coño hice con mi vida?», mientras la grabadora del club empieza a pasar un instrumental cálido y remoto, que Elías recuerda no haber oído en mucho tiempo.

—Oye qué lindo —comenta cuando Lucrecia regresa.

—*Según pasan los años* —dice ella—. El pobre Bogart, soñando con el pasado.

El piano se desgaja perezoso, armando la melodía melancólica de los tiempos felices.

—Vamos —casi ordena Lucrecia, y Elías se acerca a la caja contadora para cerrar el cheque.

Cuando salen a la noche fría la música del club los sigue un momento y luego se diluye, tras la puerta que se cierra y con el sonido del aire que se encrespa entre los árboles.

¿Qué más quieres saber de mi vida? No hay nada más en mi vida. La vida de una a veces puede ser así de simple: nunca he visto a nadie morir, nunca he tenido que realizar grandes sacrificios, nunca me ha tocado hacer nada extraordinario. Pero eso no quiere decir que desprecie mi propia vida. Ha sido una tranquilidad fácil, es verdad, mientras tú estabas en Angola y El Sapo se moría sin llegar a los veinte años.

Después de que William me dejó he conocido a otros hombres, iba a decir muchachos, ya ni yo misma soy una muchacha, aunque me cuesta trabajo admitirlo. Nada que me haya importado demasiado: creo que ha sido para matar la soledad. Hay días que siento envidia de las compañeras mías que se han casado y tienen hijos, pero hay días que siento lástima por ellas: han perdido la libertad por el resto de sus días. Ya no son ellas, sino la mamá del niño y la mujer del marido.

Pero los años siguen pasando, y siguen pasando cosas con los años, y me preocupa qué va a pasar al final. Necesito a alguien al lado mío, por qué voy a negarlo, aunque cada vez me vuelva más selectiva. Cada vez soporto a menos gente, pues voy teniendo esa carga que se llama experiencia. ¿Oíste eso? Una mujer experimentada. Únicamente porque van pasando los años y me voy llenando de cicatrices. Y hay cicatrices que ya no se borran, Elías. Los recuerdos pueden ser una desgracia… Me cago en…, si esto otra vez parece un cabrón bolero.

—¿Te sentiste bien?

—Sí, me parece que sí —contesta la muchacha—. Elías, ¿por qué no fuiste a buscarme?, ¿por qué no hablaste conmigo?

—Ya te lo dije, Lucrecia. Pero eso ya pasó. Por favor, olvídate de eso.

—No puedo. ¿Tú no quisiste probar la máquina del tiempo? Pues yo no puedo bajarme ahora: ¿para qué sino estamos aquí?

—No trates de enredarme, que tomé más de la cuenta.

—Una tiene derecho a saber por qué cambió su vida, ¿no te parece?

—Sí, creo que sí.

—Qué creyente eres. Sí, eres un creyente. Yo me estoy volviendo atea.

—Deja eso, ¿quieres? —le suplica Elías, mientras su brazo cubre los hombros de la muchacha.

—No te preocupes, ya voy a dejarlo. Es más, no debimos empezarlo.

Avanzan en silencio por la avenida desierta, oyendo el murmullo del aire y el mar, respirando la atmósfera gélida que puede despejar los efectos de añejo bebido.

—¿Adónde vamos? —pregunta Elías cuando comprende que es Lucrecia quien conduce la marcha.

—Yo voy para mi casa y tú para la tuya. Como aquella noche. Todo como aquella noche.

—Mira que soy comemierda. Yo creía…

—En un momento yo también creía. Pero desde el principio te dije que no tenía sentido. Y ahora menos. Ahora sí que no tiene sentido y además, ya soy atea —dice y achica los ojos, tratando de descifrar el número del ómnibus que rompe la noche—. Es una lástima, ¿no?

1985

Los límites del amor

Para el Maluco Villafaña

Miércoles

Suena el despertador, justo a las dos y veinte de la madrugada. Es un alivio. Descubres que has dormido mal porque sentías frío. Las cuatro horas dedicadas al sueño las pasaste con unos intangibles deseos de levantarte y hacer algo, tal vez sólo orinar, pero nunca te atreviste a dejar la cama. Eso siempre pasa.

Ahora adviertes la presencia absoluta del frío, penetra por el balcón abierto. Magaly, tapada hasta la barbilla, se adueñó de la sábana y la frazada comunes. Mientras te vistes, observas a la muchacha. Dormida, con la boca un poco abierta y el pelo sobre la frente, sabe conservar una elegancia reposada y fresca. Quisieras besarla, pero el despertador marca las dos y media.

Dejas la cafetera sobre la hornilla. Sales al balcón. Te arden los ojos y tienes la boca recia. El aire te golpea la cara y te ayuda a espantar el sueño que ya ha dejado de ser viejo para hacerse infinito. A esta hora de la madrugada corre una brisa marinera y suave, la única en todo el día que arrastra un leve olor de la bahía tan cercana. «Voy a cerrar el balcón», piensas que el frío puede despertar a Magaly, pero lo dejas para el final. Escupes hacia la calle. «Ahora mismo», calculas, «en La Habana son las nueve de la noche, y hace calor».

De pie, bebes una taza de este café angolano, fuerte y amargo, al que sólo te acostumbraste al cabo de varios meses. Faltan quince minutos para cubrir la guardia y, contra tu costumbre de relevar temprano, prefieres acodarte en el balcón y fumar sin prisa el cigarro que exalta el sabor del café prendido en la lengua. Mi última guardia, esto se está acabando, señores, y observas la ciudad dormida, los edificios salpicados por unas pocas luces, las calles vacías, la noche casi perfecta que sólo es alterada por las alucinantes trazadoras que dispara, peine a peine, algún FAPLA aburrido allá por la zona de la Mutamba. Luanda es triste y más

inhóspita por las noches. Tratas de aprehenderlo todo, como si temieras olvidar los sitios donde has vivido durante dos años, pues el miércoles próximo, cuando deberías agarrar otra vez el AK para hacer tu guardia nocturna, ya estarás en La Habana y estos meses interminables de misión van a ser una medalla, la noticia recortada del semanario de los colaboradores y una larga historia, con varias versiones y verdades, para contarles a tu mujer y a tus amigos, a los hijos que alguna vez vendrán, ¿no?

Miércoles

—Falta el agua —dice y Magaly se vuelve para mirar la mesa, como si no concibiera que, en realidad, allí pudiera faltar algo. Coloca la jarra entre la fuente del arroz y los pozuelos para el dulce y se sienta con un leve quejido de alivio. Comen en silencio, mientras en la grabadora suena una balada de los Beatles. Magaly trata de no oír la música que él insiste en poner una y otra vez. Ella prefiere a los Bee Gees y a Donna Summer, los animadores de las últimas fiestas en que bailó hasta el agotamiento. Ella no entiende esos excesos, él se emociona y todo cada vez que oye la historia de aquel *fool on the hill*, que siempre canta a dúo con los Beatles, en voz baja y con el ceño fruncido.

Durante veinte meses, cada mediodía y cada noche han comido juntos en este apartamento que se convirtió en la casa de los dos. Al principio él fue ubicado en el quinto piso, junto con otros tres hombres, mientras esperaba la inminente partida del funcionario al que debía relevar. Cuando al fin tomó posesión de su apartamento de funcionario, en la décima planta del edificio, se enfrentó de golpe a la obligación diaria de alimentarse. Toda la vida, primero su madre y luego Tania, le habían garantizado la satisfacción de aquella necesidad elemental, y entonces la tarea de cocinarse le pesó con tanta fuerza como la soledad.

Pero Magaly había caído como un ángel. Por los cuentos de sus

compañeros que habían estado en Angola, él sabía lo importante que era aquí la compañía de una mujer, pero no se atrevió a pedirle al Ministerio que aplazaran su misión un par de años para que Tania, graduada al fin de la universidad, también pudiera acompañarlo.

En aquellos primeros tiempos de laterío, arroz compacto y soledad, dividió sus días entre el trabajo, las cartas enormes y lastimeras que le escribía a su mujer y las sesiones de video-casete, cada noche, en el sótano del edificio. El tiempo le resultaba pegajoso y cada semana que conseguía arrancarle al almanaque le parecía todo un año de vida. Pero, cuando anunciaron la llegada de una nueva secretaria, soltera, camagüeyana, joven y bonita, enumeró su compañero de oficina, presintió que había sonado su momento. Se dijo que estaba en el Africón brutal y había empezado la cacería. Cuando la conociera la invitaría, así al descuido, a que pasara alguna vez por su apartamento, pues tenía un magnífico casete con las mejores baladas de los Beatles.

Miércoles

La besa en los hombros y en el cuello y con la lengua la recorre hasta lo senos. Aquellos senos tienen la solidez de sus veintidós años y saben erguirse con un leve contacto de incitación. Atraído por el calor de su vientre, le alza una pierna, que hace descansar sobre su cadera, para sentirla más próxima. Y deja que ella lo frote con el pubis abundante. Forcejean en silencio, se empapan de besos y saliva, y entonces hacen el amor, con la furia de lo irrepetible.

Mientras la penetra y la siente moverse con ondulaciones espasmódicas, la imagen de Tania, también desnuda y abierta, se instala en su mente. Entonces tiene que abrir los ojos, escuchar muy bien el ronquido satisfecho de Magaly, besar otra vez sus senos y sus labios, para alejar el fantasma impertinente de su mujer.

Cuando terminan, él trae un vaso de café. Enciende un cigarro y

se recuesta en la cama, muy cerca de Magaly.

—No fumes tanto, chico, después te pasas la noche tosiendo.

—Después de las mujeres lo que más me gusta es el café y el cigarro. Creo que es verdad eso de que uno se acuesta con una mujer para tener otro motivo para encender un cigarro. Así que me atengo a las consecuencias.

—¿A todas?

—A casi todas.

Ella lo mira, le aprieta una mano y dice:

—Creo que voy a llorar.

—Todavía no sé lo que voy a hacer, te lo juro.

—No quiero que te vayas.

Él abandona el cigarro y la besa en la frente. Le acomoda el pelo.

—Es que Tania es mi mujer, hace diez años.

—Hace ocho. Los otros dos son míos. ¿Por qué no puedes dejarla?

—Todavía no sé lo que voy a hacer, ya te lo dije. No es mentira: ponte en mi lugar, yo te quiero pero ella es mi mujer y lleva dos años esperándome. Ponte en mi lugar.

—¿Y por qué tú no te pones en el mío?

Jueves

«Bueno, esta es la última carta. Menos mal. Me parece mentira que ya falte tan poco y que haya pasado tanto tiempo, veintitrés meses.

»Estoy, la verdad, que ya no sé qué voy a escribirte. Por la casa todos siguen bien, incluidos Terry (con su mal carácter de siempre) y el Negro (con su picazón de siempre). Lo tengo todo preparado para tu llegada y la fiesta va a ser en grande, para celebrar tu regreso y mi graduación. ¡Qué par de añitos estos!

»Ya conseguí la cerveza. Por cierto, fui a buscarla sola en el carro y estoy desesperada porque me veas manejando. Seguro que

me vas a criticar cómo hago los cambios, pero te lo advierto desde ahora: el carro es mío. Aunque, bueno, te lo presto (para que me lleves a pasear).

»Oye, acuérdate de conseguirme el champú, que me asentó cantidad el que me mandaste. Y no gastes dinero comprándole cosas a nadie, cómprate para ti nada más, que eres el que se jodió allá…

»Tengo ganas de verte, cabroncito.

»Te espera y te quiere como siempre.

»Tania

»Coge, de adelanto, un beso bien, bien grande (que lo que te espera es mucho). Aliméntate bien que ya tú sabes: la Bestia del Reino te va a caer arriba. Otro beso, un poco más chiquito, claro.

»Ah, se me olvidaba lo más importante: resolví con el amigo de Felito una reservación en Mar Azul. De sábado a sábado. Misión cumplida. ¿Otro beso? Bueno, sí».

Jueves

—¿Recibiste carta? —pregunta Magaly y él asiente—. Estarás contento, ¿eh?

—No seas así, Magaly. Sabes que es difícil. Todo el mundo se siente contento cuando va a regresar a Cuba y yo no soy distinto. Y también sabes que tú me preocupas.

—Tienes que decidirte, Ernesto. Demuéstrame que es verdad que yo te preocupo y no me lo digas más. Para ti es muy fácil hacer el borrón y volver a la cuenta vieja.

—Coño, por Dios, Magaly, deja esa cantaleta.

La tarde cae sobre la ciudad y desde el balcón observas el tráfico incesante de los modernos autos europeos que completan la geografía de Luanda. Ella se ha refugiado en la cocina y tú piensas que has sido demasiado brusco, y lamentas, coño, por primera vez, haber abonado las esperanzas de la muchacha con sueños para el futuro que nunca debiste alentar. «¿Soy un mierda?», pero también

te preguntas si tu indiscutible decisión de seguir con Tania es, de verdad, lo que más deseas. Oyes a Magaly trastear en el fogón y te sientes incapaz de marcar hasta qué punto estás enamorado de ella y hasta qué otro punto necesitas a Tania. Hace muchos meses que eres incapaz de recordar el rostro de Tania. Lo descubriste un día, durante los primeros meses de misión, mientras escribías una carta en la que le jurabas amor eterno. Y trataste de reconstruir su cara y sólo pudiste imaginarla en una postura, en una actitud: la veías salir del baño, con la bata de casa azul y la toalla blanca con que se frotaba el pelo revuelto y recién lavado. Después intentaste imaginarla desnuda, y el cuerpo familiar de tu mujer se te hizo impreciso, con trozos de otras mujeres que habías conocido, algo rarísimo. Y la cara, lo que más quieres de ella, esa cara, se convirtió en un borrón indefinible que sólo volvió a hacerse humano cuando miraste por fin la foto de la billetera. Desde entonces, cada vez que necesitaste de las fotografías te sentías absurdo, culpable sin culpa de un olvido involuntario de aquella cara que habías visto todos los días durante ocho años, aquella cara, la única que habías querido con amor adulto y sin prisas, hasta que apareció Magaly.

¿Te acuerdas? Cuando apareció Magaly andabas obsesionado con la idea de que podías morirte aquí, tan lejos, y querías engañarte pensando que sólo buscabas a Magaly porque era preferible una mujer de verdad, hermosa y sin complicaciones, que otra hecha de imaginación y nostalgia. No habías conseguido embotarte con el trabajo y los viajes a provincia en aviones de muy dudosa seguridad, enseguida te aburriste del dominó que se armaba en el tercer piso y conocías ya todas las películas terribles que pasaban en el video del edificio. Y la idea de meterte en la cocina a preparar una comida insípida te hacía perder el apetito. Magaly fue una necesidad que se instaló en ti, sin afectar el lugar de la distante Tania.

De la cocina brota ahora el olor envolvente de los frijoles y la noche se aplasta sobre Luanda, quitándole la vida a una ciudad que se muere con el sol. Él observa la puerta del baño cerrada y la raya de luz que se escapa por el borde inferior. Entra en el baño y corre la cortina de hule que protege la poceta. Magaly se enjabona el vientre y él le quita el estropajo y empieza a frotarle la espalda, los muslos, las nalgas.

Y hacen el amor, sentados en la taza azul del inodoro.

Viernes

Aunque las mañanas ya no son tan frías como las de junio y julio, él prefiere no bajar las ventanillas del Lada. El cazimbo angolano se retira, pero el cielo permanece gris hasta el mediodía, y la atmósfera es deprimente.

Durante su mes de vacaciones en Cuba, el año anterior, se felicitaba al encontrar, cada amanecer, un cielo limpio y distante, que lo hacía olvidarse de todo, hasta de Magaly, para vivir a plenitud los treinta días del descanso reglamentario. Entonces no pensaba en la muerte.

A lo largo de su estancia en Cuba sus relaciones con Tania marcharon por caminos seguros y conocidos, desbrozados hacía muchos años, pero con el impulso adicional, esta vez, de once meses de separación inevitable. Entonces no solía preguntarse si Magaly era algo más que su matrimonio angolano. Estaba convencido de que la muchacha era un paliativo inmejorable para su soledad, que todo terminaría tan fácilmente como empezó y no le concedió, ni quiso concederle, el peso necesario para convertirla en una verdadera opción.

Siempre disfrutó la estabilidad que le garantizaba Tania. Tal vez los años de amor intenso habían pasado ya, pero vivía ahora el reposo de una casa levantada a su gusto y antojo. Y los unían tantas cosas: los tiempos de estudio en común, el sacrificio de Tania para que él terminara la carrera, la fidelidad que siempre le había demostrado, las mañas de su mujer para hacerle la vida agradable.

Pero otro año de matrimonio angolano, doce meses de compañía absoluta y salvadora, habían convertido a Magaly en una presencia indispensable. Él aprendió entonces a encontrar otras bellezas detrás de la cara y el cuerpo hermoso de la muchacha. Magaly le sabía llegar al fondo, dejarlo limpio de temores y ansiedades, lleno

de una agradable tranquilidad y una sensación de deseos bien satisfechos que, sin embargo, se podían renovar con un solo beso. Era una relación simple y desprejuiciada que, quizás por haber nacido con un futuro precario, disfrutaba de una sensualidad plena y sin dobleces.

Y ahora, cuando debía decidirse, le molestaba sentirse mezquino al poner en una balanza, para que lucharan contra Magaly, la casa de Tania, el auto que le habían asignado, la seguridad y la confianza, y hasta el compromiso tajante que hicieron dos días antes de su partida: «Yo te espero», dijo ella, «como siempre. Y te perdono cualquier cosa menos que regreses con otra. Yo te espero y me sacrifico, pero esa es mi condición».

—¿Qué te pasa? —le pregunta Magaly cuando él da un frenazo.

—Nada, estaba distraído.

—¿Sigues pensando en Cuba?

—¿Tú no piensas en Cuba?

—Discúlpame, pero estoy muy tensa. A veces me digo que hubiera sido mejor no conocerte.

—Repugnancia…

—Vete al carajo, Ernesto. Estoy hablando en serio. A veces lo pienso y me digo que he perdido contigo dos años de mi vida.

—No saques las cuenta así. Has vivido dos años conmigo y ya. ¿Te ha ido tan mal?

—Ese es el problema, Ernesto, nunca había tenido una relación así. Ahora no puedo entender que tengamos que separarnos.

—Yo no he dicho eso, Magaly. Te he dicho que me dejes pensar, que tú me gustas mucho, te he pedido que te esperes…

—¿Esperar qué y hasta cuándo, Ernesto?

Viernes

La luz de los bombillos se torna rojiza, luego de un amarillo muy tenue y definitivamente se instala la oscuridad. Se asoma al balcón

y piensa que aquello va a durar hasta su último día en Angola. Observa un instante la ciudad en tinieblas y los faroles de los carros que marcan las calles.

—Parece que el apagón es grande —le dice a Magaly y se va hasta el cuarto. Busca la linterna y recoge el fusil. Se pone en el hombro el bolso con los tres cargadores y regresa a la sala.

—Espérate, déjame encender el quinqué —le pide Magaly y él le alcanza la linterna. Ella regresa con la lámpara y la acomoda en la mesa de centro.

—Ten cuidado en la escalera —le advierte, y él abandona el apartamento.

Mientras baja los diez largos tramos de escalera, nota cómo la ansiedad se va apoderando de su cuerpo. Es una sensación de pesadez que comienza por el estómago. Durante los veinticuatro meses esta situación se ha presentado con frecuencia y, como segundo jefe de la guarnición, había descendido desde su apartamento para reforzar la guardia del edificio. Y siempre que sucedía recordaba aquellas noches de apagón, cuando salía con Tania a recorrer, tranquilo y despreocupado, las calles del barrio. Entonces comentaban, invariablemente, que les gustaría conocer al tipo que bajaba el interruptor y los dejaba a oscuras. Lo imaginaban como un ser monstruoso, lleno de pelos y con unos colmillos muy largos. A veces aprovechaban los apagones para besarse en las esquinas más céntricas, para acariciarse en medio de la calle y una vez, amparados en la oscuridad, hicieron el amor en el portal de la escuela vieja. Siempre que se iba la electricidad sentía deseos de que Tania estuviera con él y lo acompañara también en estos apagones llenos de tensiones y peligros.

Sábado

—¿Por fin vas al trabajo voluntario?

Él la mira desde la cama. Magaly se ha puesto el pantalón de

camuflaje de los entrenamientos militares y lleva el pelo negrísimo oculto bajo el pañuelo de flores rojas. Sigue siendo hermosa, incluso con aquella indumentaria. Siente deseos de besarla.

—No —le dice—, está bueno ya de trabajo voluntario. Yo tengo sobrecumplimiento. Ve tú, yo voy a leer un rato.

—Bueno —acepta la muchacha.

Ella se va. Enciendes un cigarro y lanzas el fósforo por la ventana. Das media vuelta y estudias la pared donde la humedad ha dibujado peces y pájaros desconocidos. No tienes deseos de leer, ni de hacer nada, sólo de ver la navegación de aquellos animales creados por el agua y tu imaginación. Los mediodías de sábado y los interminables domingos de inactividad te provocan una irremediable apatía. Lo peor de aquellos días de reposo era pensar en la muerte. Desde que llegaste a Angola la muerte se te convirtió en un fantasma tangible, capaz de asaltarte en cualquier momento con una impunidad que jamás habías sentido en Cuba. Con el tiempo, hasta te acostumbraste a la idea de que podías morir aquí y ese temor desconocido dejó paso a sobresaltos aislados. Lo que más te jodía era pensar en los afectos que ibas a herir haciendo la mierda de morirte. Y las cosas inconclusas. Y lo definitivo de la muerte…

Nunca has podido olvidar aquel viaje desde Menongue, durante el mes diez, en un carguero militar elevado sabe Dios cuántos pies, respirabas con dificultad el vaho de harina, aceite quemado y gasolina que flotaba en la barriga del avión, y te sorprendió el salto súbito del corazón, el vacío de desamparo en el estómago y una chicharra alocada que se te instalaba en los oídos con intenciones de reventarlos. Vaya, pensaste que aquella picada sería tu último vuelo. Tu último todo. Por eso, cuando viste salir de la cabina al copiloto sudoroso que se perdió en la cola de la nave desbocada, cerraste los ojos y te dispusiste a esperar. ¿Era miedo?

Cuando al fin pisaste el asfalto del aeropuerto de Luanda, mareado y con un oído fundido para siempre, comprendiste mejor cuánto amabas la vida y hasta qué punto querías a tu mujer, la casi invisible Tania de cuyo rostro no podías acordarte. Sólo habías pensado en ella durante ese tiempo en que te sentiste al final del camino. Sí, era miedo.

Pero hace muchos meses de eso. Te enderezas en la cama y

lanzas la colilla por la ventana. Sin Magaly, te dices, no habrías podido aguantar todo esto. Te levantas y oprimes el *play* de la grabadora. Paul McCartney canta *Till There Was You* y recuerdas la primera vez que bailaste aquella canción con Tania. Hacía ya más de diez años y cada vez que oían esa canción dulce y rosada —como decía ella— tenían que bailarla. ¿Qué coño voy a hacer? Cierras los ojos y empiezas a moverte al ritmo de la música.

Domingo

La sala del apartamento parece más amplia, pues los muebles están en el balcón. La música de la grabadora suena por encima de lo que hubiera resultado agradable y tal vez la luz sea demasiado intensa.

Él observa a Magaly en su papel de anfitriona y trata de imaginarla al frente de su casa, para siempre, rodeada de los muchachos que quiere tener, y le viene a la mente un viejo papel de Anna Magnani, hermosa en la miseria.

Magaly es lo único que lo une a esta fiesta de despedida. Lo demás le produce una indiferencia absoluta, pues los deseos de estar nuevamente en Cuba se tragan toda su voluntad y absorben sus sentidos. Los otros disfrutan la fiesta a su manera. José Antonio, su relevo, está sentado junto a su mujer y, como todos los recién llegados, estudia la actitud de los veteranos y aprovecha cualquier ocasión para preguntar cómo es algo y dónde se resuelve lo otro. Hermes ha bebido fuerte y dormita en el sofá. Manuel hace chistes, como siempre, y Arias y Chana, los del periódico, lo oyen y se ríen tranquilamente. Siempre se ríen. El Joe, junto a la grabadora, compite con Roberto Carlos y canta su versión propia de *Volver*, en la que habla de su inminente regreso. Ernesto mira la medalla que le entregaron ese mediodía y piensa que se la ha ganado y que ahora él va a volver, y que sí, las nieves del tiempo y la cloroquina han blanqueado su sien…

Magaly se acerca con un vaso en la mano y se lo ofrece. Es un

whisky barato y fuerte, pero agradable al paladar, se traga fácil y emborracha con rapidez.

—¿Te sientes bien? —ella le pregunta y le pasa el brazo por la cintura.

—Sí, un poco cansado. ¿Y tú?

—Estoy, no sé, así, un poco mareadita.

—Entonces no tomes más.

—Tú no me mandas —dice y sonríe—, así que déjame emborracharme —y lo besa en el borde del bigote.

—Quedó buena la ensalada.

—¿Te gustó? Era especial para ti.

—Mira al Joe cómo canta.

—Dentro de cuatro meses me toca cantar a mí. Ah, y voy a ver cómo tú cantas cuando llegue a tu casa y te diga, Papichuli, estoy aquí. A ver qué cara pones, cosipreciosa…

—¿Tienes ganas de joder?

—Una pila. Algo tengo que hacer, ¿no? Tú estás aquí como un pasmado y ni siquiera me sacas a bailar.

Él le quita el vaso y lo deja sobre una silla. La toma de la mano y la lleva hasta el centro de la sala. Con el brazo derecho le rodea la cintura y empiezan a bailar. Ella se mueve con torpeza y lo mira, sonriendo.

—Hace falta que el Joe ponga algo fuerte, abuelito, a ver si me puedes seguir.

—Deja que se vaya la gente, que yo te voy a dar algo fuerte. No me mires así, es la última noche y voy a estar cuatro meses sin verte.

—¿Te vas a acordar de mí, Ernesto? —le pregunta Magaly y lo abraza, como si pudiera retenerlo así para siempre.

Domingo

—Deja, deja, no recojas nada, mañana temprano yo limpio todo.

¿Te das cuenta? Esto es como una casa en la playa, hay que entregarla limpia, porque mañana tú te vas para Cuba y yo para otro apartamento. Hasta eso me va a pasar. Ay, déjame sentarme que estoy medio borracha, tengo una cosita así en la cabeza, no sé por qué tomé tanto. ¿Qué me miras? No, hoy sí que no, olvídate de eso. Ven, siéntate aquí conmigo un ratico. Ahorita nos acostamos. Aquí, así, más para acá. Estoy un poco atrasada, ¿no? Me acuerdo de que las muchachitas del pre me decían que yo era boba porque en las fiestas no dejaba que nadie se me pegara bailando, porque decía que quería casarme y tener tres hijos machos. A lo mejor soy de otro tiempo, ¿qué tú crees? Bueno, tú todavía no quieres tener muchachos, así que te pregunto por gusto. ¿Oye, Ernesto, estaré medio borrachita? Nunca había tomado tanto *whisky*, tres vasos así, y ahora tengo la lengua suelta. Me gusta apretarte, coño. Yo no sé. Es difícil y jodido enamorarse así. Qué mala puntería. Pero siempre quise tener un tipo como tú, medio inútil y complicado. Lo que pasa es que tú eres demasiado complicado, y te pasas la vida pensando. Déjame, no me toques ahí. Hacía tantos años que no me enamoraba así, y ahora vengo a enamorarme de ti. Debe de ser Angola, que la pone a una más sentimental o qué sé yo. Te voy a escribir todos los días. ¿Tú me dejas que yo te escriba todos los días? Bueno, a mí me da la gana de hacerlo, y te voy a contar todo y a decirte cómo me siento y que te sigo queriendo igual. Te voy a extrañar tanto, viejo. Son una pila de meses juntos, y bueno, si no es a ti, a quién le digo la verdad, la verdad es que pensé que te ibas a quedar conmigo, hasta soñé que nos casábamos y todo y me gustaba oírte decir lo que haríamos juntos en Cuba. Te agradezco que me hayas hecho mucho más fácil esta misión, pero va a ser difícil volver a Cuba y empezar de nuevo, sola otra vez. Ya me había acostumbrado a ti y ahora siento como si hubiera perdido mi tiempo. Espérate, para decirte otra cosa. ¿Tú sabes que esta es la tercera vez que me enamoro y siempre me pasa lo mismo? Los tres me han dicho que me quieren, que no pueden vivir sin mí, y todas esas cosas, y nada, han seguido vivos. Para mí era muy importante seguir contigo, más de lo que tú piensas. Ernesto: por primera vez he tenido algo mío con este apartamento, esta cocina, contigo. Por primera vez me he sentido dueña de algo y ahora me doy cuenta de que todo era como jugando, y que cuando regrese estaré donde mismo, pero dos años

más vieja y con otra muesca en el cabo del revólver, como dicen ustedes. Ya, ya, yo sé que puedo empezar de nuevo, pero ¿hasta cuándo voy a estar empezando de nuevo? Yo soy una mujer igual que otra cualquiera, ¿no? Claro, tu Tania es ingeniera y yo soy mecanógrafa y lo que más quiero en el mundo es tener un hijo. Ya, déjame hablar, coño, déjame hablar para por lo menos tener la oportunidad de arrepentirme de algo. Quiero tener por lo menos esa culpa. El problema es que para ti todo es más fácil: tú eres el que escoge. La verdad es que no sé, no sé por qué pueden pasarle estas cosas a una después de vieja. Ay, me duele la cabeza: ya, déjame, saca la mano, chico, estate tranquilo que esto es en serio. ¿No te puedes estar tranquilo un rato? Hoy no hay nada para ti, tú no te lo mereces, me dejas aquí botada, cabrón, y yo te quiero tanto. Te juro que ya tengo ganas de que pase mañana, que te vayas, a ver si empiezo a olvidarme de ti y de todo esto. Oye, Ernesto, dime una cosa, ¿es posible que el amor de dos gentes dure el tiempo de una misión en Angola?

Lunes

Entra en el apartamento y llama, Magaly, y la muchacha sale del cuarto.

—¿Cómo fue? —le pregunta ella y se sienta en el sofá.

—Todo bien, estaba pasado en tres kilos, pero no hubo líos.

—¿A qué hora tienes que estar en el aeropuerto?

—A las tres —dice él y también se sienta, pero en el otro extremo del mueble—. Mañana estoy en Cuba, parece mentira. Coño, dos años completicos —dice y vuelve a mirarla.

Magaly se frota las manos como si quisiera limpiarlas de algo. El pelo, suelto, casi le oculta la cara, y la bata de casa, mal abotonada, deja ver desde el ángulo que él tiene un seno casi completo.

—Ernesto —comienza ella, pero se detiene. Él la vuelve a mirar y extiende el brazo para que ella le entregue la mano.

—Magaly, bueno, no sé cómo empezar. No tengo que decirte lo que te quiero ni lo que te debo, ni recordarte lo bien que me he sentido contigo y lo difícil que es ahora separarme de ti. No sé, la verdad, si estoy enamorado de ti, ni siquiera sé si estoy enamorado de alguien. No lo sé. Es algo extraño, porque tengo ganas de ver a Tania y tengo deseos de seguir contigo. A lo mejor lo que pasa es que identifico a Tania con Cuba y con mi vida de siempre, y por eso me hace falta. A lo mejor.

—Yo te entiendo, Ernesto.

—Tú no entiendes ni carajo, porque yo tampoco entiendo. A uno le gusta una mujer o le gusta otra, ¿no?

—No seas bruto, no es tan fácil. A uno le caben muchas cosas dentro y ahora a ti te caben dos mujeres, pero a mí no me cabe el papel de querida. Además, ¿tú vas a cambiar tu vida por mí? Deja, deja, no me respondas ahora, piénsalo nada más. Haz lo que te dé la gana, pero ten en cuenta una sola cosa: me va a costar mucho trabajo olvidarme de ti.

Lunes

El avión ha llegado al final de la pista y se detiene, como si necesitara respirar profundo para realizar un esfuerzo extraordinario. De pronto se sacude y los motores vibran desenfrenados y la nave se lanza a la carrera. Desde tu ventanilla miras el aeropuerto, tratas de localizar el pullover rojo de Magaly, pero sólo ves figuras distantes, con contornos que se deshacen bajo el sol que reverbera.

Las ruedas se desprenden del asfalto y se inicia el ascenso. Dentro de catorce horas estaré de nuevo en La Habana. Imaginas a Tania recibiéndote en la puerta de la casa, tus perros que saltan, te huelen, corren, alegres. Piensas también en el último beso que le diste a Magaly y sientes que te faltaron otros muchos besos más. Te consuela saber que en Cuba el tiempo pasa rápido y que cuatro

meses para verla de nuevo es, en realidad, un siglo.

Entonces sacas del maletín tu manoseada agenda y en una hoja que la abulia de algún domingo dejó vacía comienzas a escribirle a Magaly su primera carta de amor. La encabezas: «En el aire, diez minutos después de haber salido», y meditas un instante cómo seguir la carta. Y te preguntas si en realidad aquella carta tiene algún sentido. Si algo todavía tiene sentido.

1987

La muerte feliz de Alborada Almanza

Alborada Almanza despertó suave pero rotundamente, con la sensación precisa de que algo extraordinario iba a ocurrirle ese día. Apenas abrió los ojos, recibió la punzada nítida de la premonición y trató de encontrar la causa de aquel alborozo que la embargaba después de otra mala noche, plagada como siempre de pesadillas calientes y de colores que ya ni se preocupaba por recordar. Desde la cama observó el almanaque que ella misma había fabricado y, aunque el santo del día era su amado san Rafael Arcángel, la fecha no le resultó reveladora, pues no era su cumpleaños ni el de nadie conocido y mucho menos el día ansiado en que despachaban los mandados en la bodega.

Con lentitud, para no incomodar la rigidez de la artritis, la anciana se incorporó en la cama y se calzó las raídas pantuflas extraídas de dos zapatillas viejas. Reunió fuerzas y tomó impulso para levantarse: de un solo golpe quedó en pie, perfectamente erecta, y fue entonces cuando empezó a temer que su hermoso despertar no fuera más que otra jugada sucia de las pesadillas provocadas por el hambre, el calor y la vejez. Sin embargo, ahora todo era agradable y leve, muy parecido a la vigilia. Un sueño así tengo que disfrutarlo, pensó, y como ya estaba segura de que podían ocurrirle cosas inusuales, aun cuando no fuera su cumpleaños ni el día de la compra de los mandados, caminó con determinación hacia la cocina y buscó una revelación incontestable de que estaba viviendo un sueño en el pomo donde guardaba el café. Con alegría observó cómo el recipiente estaba repleto del polvo negro y oloroso cuya ausencia tanto la hacía sufrir: su cuota de dos onzas quincenales apenas le alcanzaba para tres desayunos y los doce días restantes debía calmar el crujido matinal de sus tripas con los cocimientos de anís, de hojas de naranja o de cogollitos de anón que solía preparar con mucha azúcar para sentir en su sangre un poco de energía que le ayudara a vivir otro día.

Mientras el agua para el café se calentaba, Alborada buscó en la despensa el cartucho del polvo de cereal con sabor a tierra y efectos astringentes que tragaba algunas mañanas y recibió una sorpresa mayor: allí estaba, intacta e invicta, una lata de leche condensada, con dos vaquitas en la etiqueta y los caracteres cirílicos que tan bien conocía: hacía muchos años que aquella leche cremosa y pesada había desaparecido de los mercados de la isla y encontrarla allí, dispuesta para ella, podía ser el mejor de los regalos posibles si no hubiera sido porque en el fogón, junto al agua que ya hervía con el polvo del café, Alborada descubrió dos brillantes pastelitos de guayaba, de aquellos que cada mañana de su vida, entre 1933 y 1967, le obsequiara su difunto esposo Tobías, hasta que la panadería del barrio fue clausurada por la Ofensiva Revolucionaria y desaparecieron para siempre los crujientes pastelitos de guayaba junto con los montecristos de chocolate, los masarreales de coco y las torticas de Morón.

Vale la pena soñar así, se dijo Alborada mientras colaba el café y recibía el regalo de su aroma vivificante, capaz de despertar a un muerto. ¿Y si me despierta a mí?, se alarmó la anciana, que optó por invertir sus hábitos perdidos y comenzó el desayuno devorando los dos pasteles, para luego beber la leche condensada y dejar para el final la lenta degustación de aquel café preciso, que le resultó más amargo por la ingestión previa de los pasteles y la leche dulce. Con mucho miedo, Alborada paladeó el café y esperó el despertar fatídico, con el eterno dolor en los huesos y los crujidos en las tripas: incluso cerró los ojos, para hacerlo todo del modo más natural, pero cuando descubrió que en su boca persistía el sabor del café, comprendió maravillada que no iba a ser fácil salir de aquel sueño exótico, absurdo, tan amable.

Cumpliendo un mandato de su piel, Alborada se desnudó en la cocina: dejó caer en una silla la vieja bata de dormir que ya había perdido todos sus encajes y colores. Luego desató el cordón que sostenía el blúmer sobre los huesos de sus caderas y dejó que este corriera hacia el suelo. Aunque se trataba del mejor sueño de su vida, todo seguía pareciendo tan real que Alborada prefirió no correr el riesgo de mirar su cuerpo devastado por la vida y el hambre de los últimos años, y caminó hacia la ducha con la cabeza en alto, dispuesta a bañarse con un jabón Palmolive, a cepillarse los

dientes postizos con pasta Gravy y a perfumarse con la loción de Avon que había visto por última vez como regalo de su cuadragésimo octavo cumpleaños, allá por 1962.

Mientras el agua la purificaba y el pastoso jabón Palmolive acariciaba su cuerpo, Alborada se sintió acompañada. Era una sensación remota, como todas las que estaba recuperando esa mañana, pues desde la muerte de Tobías, veintidós años atrás, nadie había compartido el baño con ella.

—Qué bueno es no sentirse sola —dijo en voz alta, pues la sensación de compañía era tan palpable como cada uno de los pequeños placeres rescatados del olvido, como la agilidad que volvía a sus músculos flácidos, como los deseos de no despertar jamás y vivir eternamente en aquel mundo donde los pasteles de guayaba, la leche condensada, el jabón Palmolive y sobre todo el café —café puro, sin mezclas horripilantes— resultaban tan posibles como lo era su ausencia en el otro mundo donde había vivido en los últimos años. Allá, en la amarga realidad de su vida real, más de una noche se acostó con hambre y, mientras miraba el cielo estrellado por las rendijas del techo, tímidamente le había pedido a Dios y a san Rafael Arcángel que le concedieran una muerte rápida e indolora que la librara de las pesadillas, del calor y de los cocimientos matinales cargados de azúcar.

—Por eso estoy aquí —dijo la presencia, y Alborada tuvo la intención de cubrirse, pero algo la detuvo—. Me alegra que huelas bien…

—¿Eres tú? —preguntó la anciana.

—Quién si no: yo soy Rafael, uno de los siete arcángeles que están al servicio del Señor y que pueden llegar a su presencia gloriosa. Tú querías que viniera y el Señor me permitió complacerte…

—¿Entonces…?

—Sí, Alborada, estás muerta como querías, y yo vengo a buscarte. Perfúmate bien, si quieres, píntate los labios, que nos vamos al cielo.

—Ay, Dios mío —susurró la anciana ante la idea de perder lo que hacía tan poco había recuperado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué dudas?

Alborada corrió la cortina del baño y vio ante sí a un mulato

alto, fuerte, luminoso, completamente desnudo, al que le faltaban las alas que debía tener, pero que, entre las piernas, lucía un brillante músculo surcado de venas moradas, coronado por un glande rojo y pulido, como las manzanas que en otros tiempos Alborada ofrendaba a su querida santa Bárbara.

—No te pareces a él… —dijo, sin poder apartar la vista del magnífico atributo del recién llegado e indicando hacia la esfinge angélica y rosada que tenía en el cuarto.

—Mejor di *que él* no se parece a mí. ¿Es que no te gusta como soy?

—No, no eso… Es que eres tan… humano. Y, bueno, tener que irme así, ahora…

—Tú lo pediste. Como hoy es mi día, el Señor me concede escoger a quién puedo llevarme y del modo en que puedo llevármelo. Y como tú eres casi una santa, yo quise complacerte.

—Pero cuando quería morirme no tenía café, ni pasteles, ni leche…, y ahora que los probé otra vez…

—¿Prefieres quedarte por esas tonterías? ¿No ir al cielo y condenarte al infierno?

Alborada sintió temblores. Ya sabía que estaba muerta y no le importaba, porque los dolores y carencias de su vida jamás regresarían. Lo terrible era que tampoco regresarían el sabor triste pero real del café mezclado que bebía seis mañanas al mes, el olor de la albahaca con que sazonaba todas sus comidas, y la expectación por saber con quién se casaría la muchacha buena de la telenovela. La vida podía ser terrible, pero era la vida.

—Sí, Alborada, estás muerta y vas al cielo.

—¿Y si no quiero? —se atrevió a preguntar. Ya nada peor podía ocurrirle y de pronto descubrió que aquel extraño diálogo, en la más absoluta desnudez, la hacía sentirse desinhibida, libre del miedo con el que siempre había vivido. Miedo a todo: incluso a morir. «Lo terrible es que esto me pase cuando estoy muerta», pensó.

—Lo siento —se disculpó el arcángel y por primera vez sonrió—. Así es la vida: unos van al cielo por valientes, otros por cobardes. Ya no hay remedio: yo soy el premio a tu miedo…

—Gracias por tu sinceridad… —susurró la anciana recién muerta y, al fin, se atrevió a mirar su cuerpo: seguía siendo viejo,

arrugado, con los huesos a flor de piel: un mal recuerdo de su otra existencia, una maligna evidencia de que hay milagros que nunca ocurren. Entonces comprendió que lo mejor era obedecer, como siempre hizo: total, el infierno ya lo conocía y quizás en el cielo hasta hubiera los pasteles de guayaba y el café que tanto extrañaba cuando estaba viva y miraba con tristeza la despensa mustia de su cocina. Para no sentirse completamente desnuda, decidió calzarse las maltratadas pantuflas.

—¿En el cielo hay pasteles?

—Siempre recién horneados. Por eso es La Gloria, ¿no?

—Menos mal… ¿Puedo hacer algo más antes de irnos?

—Depende, Alborada —musitó el arcángel.

—Son tres cosas. Y es muy fácil: quiero ver el mar, quiero acariciar un perro y quiero oír un danzón.

El mulato celestial volvió a sonreír y Alborada advirtió un rubor en sus mejillas.

—Concedido —dijo—. Con la condición de que me dejes bailar el danzón contigo. Hace siglos que no bailo.

—Será un honor —dijo Alborada y miró el atributo espectacular del mulato venido del cielo. Pensó que su cobardía había valido la pena: al fin y al cabo iba a un lugar donde había pasteles de guayaba calientes y Dios le había otorgado la mejor de las salidas del mundo. Su mano sintió entonces la caricia del pelo suave y denso del perro que había tenido cuando era niña y pudo ver, más allá del salón de lozas de mármol ajedrezadas, la plenitud azul del mar mientras comenzaban a sonar los primeros acordes de *Almendra*, su danzón favorito.

2009

El destino: Milano-Venezia (vía Verona)

Para Arpaia y Lorenzi, entre Milán y Padua

1

Fue en el instante en que levantó la vista para observar la imagen de María, postrada para recibir la advertencia de que será la madre virgen de un ser trágico y divino, cuando Miguel Fonseca tuvo la reveladora certeza de que su vida —como la de María, con aquella anunciación— podía estar cambiando para siempre. Miguel era un hombre sin inclinaciones místicas y nunca había creído en karmas, ni en augurios de santeros, ni siquiera en simples casualidades capaces de hacer un nuevo destino, pero la victoria sobre el tiempo de aquel fresco de la capilla Scrovegni, pintado por Ambrogio di Bondone casi siete siglos antes de ese día singular en que Miguel cumplía los treinta y ocho años, le provocó la tangible sensación física de estar asistiendo al nacimiento de algo más cercano y activo que un Dios de los cielos. Sin dejar de observar la pintura, se preguntó entonces cuántos caminos debían de haberse cruzado para que él estuviera allí, bajo aquella revolución del arte, frente a una oportunidad capaz de sobrepasar sus expectativas y junto a aquel milagro vivo de la creación que le tomaba la mano, transmitiéndole un calor tierno y profundo. Y la ruleta del destino, girando enloquecida, cayó sobre la misma respuesta que la noche anterior le diera a su amigo Bruno.

—Como querer: quiero un pasaje de ida y vuelta a Venecia. Porque alguna vez tengo que ir a Venecia… A lo mejor encuentro al fin un gran amor, ¿no?

Si no hubiera pedido aquel pasaje, así, ridícula y desvergonzadamente, no hubiera llegado a donde ahora estaba ni Bruno habría sonreído, condescendiente, pues su desbordada imaginación napolitana ya había concebido varias botellas de vino —e incluso de *whisky*—, grandes platos de pasta y mozzarella bien fresca, además de un poco de baile en una discoteca latina y algunas otras diversiones necesarias para un día de cumpleaños, y

por eso le dijo:

—Está bien. Te regalo el billete de ida y vuelta, pero regresas temprano y nos vamos a tomar vino, comer pasta, mozzarella fresca, y luego seguimos a bailar y a ver qué más se nos pega por ahí,
d'accordo?

Y él había sonreído también, agradecido, mientras comenzaba a imaginar la entrada del tren en Venecia, cruzando los primeros bajíos de la laguna enferma de muerte, con la ciudad de las góndolas, los palacios y los grandes amores de la literatura allá en el fondo, al fin a la distancia de su mirada caribeña, siempre lista a deslumbrarse con cualquier piedra tallada que rebasara los dos siglos de historia.

Aunque nunca había visitado Venecia, sí había estado otras veces en la estación de Milán y, como siempre, le pareció que penetraba en uno de los sitios más horribles del planeta. La vida hostil del norte italiano se había concentrado entre las paredes rígidas de un edificio que con su fealdad exterior pretendía anunciar la miseria humana reunida en sus entrañas: negros africanos que venden las más baratas gafas de sol y, según le había dicho Bruno, la más dañina droga de la ciudad; vagabundos que registran cien veces al día cada uno de los teléfonos públicos con la esperanza de hallar una olvidada moneda de cien liras; gentes que se atropellan sin proferir jamás ni una apresurada disculpa; policías que les advierten a los viajeros que nunca suelten las asas de sus equipajes, mientras evidentes maleantes de baja categoría esperan una oportunidad —cualquier oportunidad— para hacer su faena del día. Por eso siempre le parecía una verdadera agresión estética que para llegar a algunos de los lugares más hermosos del mundo —ya fuera Roma o Siena, Florencia o Venecia— tuviera que atravesar aquella ruidosa antesala del infierno.

Cuando al fin apareció en la pizarra eléctrica el número del andén asignado al intercity Milano-Venezia (vía Verona) —como advertía su billete de ida y vuelta de cuarenta y dos mil liras—, Miguel se apresuró a abandonar el salón de espera y abordó el primero de los vagones posibles: segunda clase, fumadores,

dispuesto a encontrar allí lo que habitualmente encontraba en los trenes italianos —siempre segunda clase, fumadores—: unos compartimentos estrechos donde no es posible extender las piernas sin chocar con el pasajero de enfrente, asientos rígidos que muchas veces cargan más cicatrices de las que resultan saludables, y ceniceros que sólo son vaciados una vez al día (seguramente después de que él los utilizaba). Pero la ilusión de saberse a cuatro horas de Venecia lo mejoraba todo y sólo deseó hallar una ventanilla libre, desde la cual tener la primera imagen de la ciudad traída desde la bruma de sus sueños. Y allí estaba la ventanilla, con el cristal prodigiosamente limpio y, en el asiento de enfrente, la muchacha que unos minutos después le diría llamarse Valeria.

Siempre que viajaba en tren tenía la sospecha de haber confundido la línea y el consiguiente temor de ir a parar a un destino inesperado. Por eso utilizó su más nítido español para hacerse entender con la muchacha que no había levantado la vista de su lectura cuando él le dio el *buon giorno*, y le preguntó entonces si aquel era el tren de Venecia. Ella apenas lo miró esta vez, pero Miguel sorprendió tras los espejuelos de la joven unos ojos intensamente verdes, que hirieron sus centros sensitivos de la belleza.

—Sí, señor —apenas respondió, y él se sintió doblemente satisfecho, mientras se quitaba la chaqueta y acomodaba la cámara fotográfica, después de soltar sobre el asiento la guía turística de Venecia que le prestara Bruno.

Encendió un cigarrillo, observó la línea contigua donde otro tren esperaba el momento de la partida, vio cómo el resto de los asientos del cubículo eran ocupados sin que nadie diera los buenos días, y al fin abrió el folleto sobre Venecia. Desde hacía mucho tiempo aquella ciudad de historias y colores esplendorosos se había convertido para él en un mito de lo deseado, y cuando alguien le preguntaba qué te gustaría hacer alguna vez, adoptó la costumbre de responder: ir a Venecia a enamorarme de una mujer. Por eso lamentó tanto que durante una anterior estancia en Italia su mísera economía de periodista cubano le impidiera acceder a la ridícula cifra —en liras o cualquier otra moneda con valor real— que hacía

insalvables los kilómetros entre Milán y Venecia, y más de una vez deseó cambiar el rumbo de los billetes pagados por las instituciones italianas que financiaban su viaje y decidían sus destinos: Roma, Siena, Parma, sitios con los cuales, al final, se reconciliaba por la vía de la belleza y el asombro, pero que nunca lo acercaban a su capricho veneciano. Esta vez, sin embargo, la idea de ir a Venecia se había hecho una obsesión, pues algo en su más pragmático subconsciente se unió al sueño iniciado con la remota lectura de Marco Polo, desde que Bruno le explicara cuál era el mejor modo para obtener una residencia italiana sin temores a una segura deportación:

—Te buscas a una mujer italiana, te casas y ya. Entonces te portas bien, encuentras un trabajo, pagas tus impuestos y casi que eres ciudadano de la república y hasta de la Comunidad Europea… Después de todo no debe de ser muy difícil conseguir una mujer vieja y gorda, dueña de un departamento, que quiera casarse con un disidente cubano quince años más joven que ella. Lo jodido es conseguir un trabajo decente, no sólo para ti, sino para cualquiera. Pero dime una cosa, Miguel, ¿por qué coño ahora quieres quedarte en Italia?

Ya él había tratado de explicárselo, pero su amigo no entendía o no quería entender. Como casi toda la vieja izquierda europea, hija romántica del 68, guevarista y procomunista, Bruno escamoteaba su propia derrota histórica exigiéndoles a los demás —en especial si los demás eran cubanos— que resistieran estoica y dignamente, que no renunciaran a sus principios y mantuvieran en alto todas aquellas consignas que se habían ido vaciando de sentido con otras derrotas históricas. Aunque los uniera una buena amistad, Bruno no estaba dispuesto a aceptar que para tipos como su amigo ya no hubiera nada por lo que resistir. Pero Miguel se sentía demasiado cansado y absolutamente vencido después de ver morir tantas promesas y esperanzas, y ahora ni siquiera quería luchar: sólo deseaba un lugar en el mundo sin grandes responsabilidades históricas, donde un hombre común pudiera vivir de su trabajo y tener dinero suficiente para pagarse lujos tan baratos como aquel: un billete en tren de ida y vuelta a Venecia (segunda clase, fumadores), una comida en un restaurant, o la solvencia necesaria para comprarse un libro cada semana o decidir si en lugar del libro

se compraba una corbata. No pedía demasiado o tal vez lo pedía todo, porque aquella utopía no parecía existir para alguien como él, venido del Tercer Mundo, sin el estómago necesario para hacerse pasar por un perseguido político y ofrecer escandalosas declaraciones que le allanaran el camino, ni deseos de prostituirse —si es que alguien aún deseaba alquilar su devaluada anatomía— al lado de una mujer vieja y gorda que le abriera las puertas de su apartamento y, a la vez, de las hostiles oficinas de inmigración de aquellos desbordados países de la Comunidad Europea.

La lectura de la guía turística, con el puente de los suspiros, la plaza de San Marcos y los palacios de grandes apellidos, se había perdido de su cerebro cuando el tren, tras una discreta sacudida, comenzó a escaparse del encierro triste de Milano Centrale y puso su proa a Venecia, donde él sabía que ya no había más amores de novelas: sólo unos canales oscuros en los que no era posible la existencia de ningún ser viviente.

Cuando el tren se detuvo en Brescia, la muchacha cerró su libro y él sintió una emoción que ahora atacaba los centros de su intelecto: la portada de tapa dura advertía en letras pequeñas: *Inca Garcilaso de la Vega. Comentarios Reales de los Incas. Historia General del Perú. Tomo II*
.

—¿Ya mataron a Gonzalo Pizarro? —preguntó, casi sin pensarlo, y ella levantó la vista para mirarlo.

—¿Conoce el libro? —lo interrogó la muchacha, en perfecto español, mientras buscaba un cigarrillo en el bolso que descansaba en sus piernas.

—Un poco… Bastante. Fue mi tesis de graduado.

Los dos sonrieron, con una recién descubierta complicidad y él siguió:

—Lo leí tanto que por las noches soñaba con Gonzalo Pizarro. Lo veía montado en su caballo blanco, mientras entraba victorioso en el Cuzco. Me hice fanático de él y siempre lamenté que le faltara la decisión para romper con todo y declararse rey del Perú.

—Todavía a mí no me lo han matado —dijo ella—. Pero es un gran personaje, ¿no? Eso de andar en un caballo con herraduras de

oro…

—El último caballero andante —dijo él, citando el título del epígrafe que le dedicara a la sublevación del menor y más osado de los Pizarros y a la visión tan amable que tuvo el Inca Garcilaso de aquel sanguinario conquistador a quien calificó como «la mejor lanza que pasó al Nuevo Mundo».

Mientras le hablaba del Inca, de los Pizarro y del País de la Canela y la búsqueda de El Dorado, con una facilidad para los detalles que lo hacía sorprenderse de la capacidad recuperativa de su memoria, supo al fin que ella se llamaba Valeria, y además que vivía en Padua y hacía estudios de posgrado en Madrid sobre la literatura española de los Siglos de Oro —y prefería a Calderón sobre cualquier otro autor—; que venía a casa por una temporada, que estudiaba gracias a una beca de la Comunidad Europea y que una vez había conocido a otro cubano, también en un tren, pero viajando de Madrid a Sevilla, con la única intención de asistir a una corrida de toros.

—¿Y era un cubano de Cuba? —se interesó Miguel en el origen de aquel compatriota que podía pagarse lujos de esa clase.

Valeria lo miró, con una transparencia infinita en sus ojos: obviamente no entendía lo que él le preguntaba.

—Bueno, era un cubano, ¿no?…

—Claro —aceptó Miguel, sin intrincarse en arduas diferencias político-económicas.

—¿Y a qué va usted a Venecia?

—A mirar. Hace años que sueño con ir a Venecia.

—¿Quiere que le diga algo? Yo detesto Venecia.

Él sonrió, por el énfasis que ella ponía al afirmar su abominación veneciana, pues no entendía que alguien detestara, así en abstracto, una ciudad como aquella.

—¿Algún mal recuerdo? —preguntó, mientras encendía otro cigarro y observaba desde la ventanilla del vagón la civilizada campiña lombarda.

—Nada personal, si es eso lo que piensa. Simplemente que no me gustaría vivir en una ciudad que parece un decorado de carnaval para turistas… japoneses —añadió al final, con evidente delicadeza hacia él.

—Creo que la entiendo. Pero alguna vez todos somos turistas…,

aunque no seamos japoneses.

—¿Y nunca ha estado en Padua?

Él negó, mientras buscaba el mejor modo de aplastar la colilla entre los desperdicios del cenicero.

—Pues debería ir —afirmó y, como si recordara algo importante, buscó un paquete que llevaba en el bolso—. ¿Me acompaña? —preguntó entonces, mostrando un gigantesco *panini* desbordado de jamón y queso. Él le dio las gracias, explicándole que había desayunado antes de subir al tren.

La decisión alimentaria de Valeria pareció convertirse en una orden inaplazable para los otros cuatro ocupantes del cubículo. Uno a uno fueron extrayendo termos, botellas, frutas y panes cargados de diversos atributos y, luego de desearse buen apetito, comenzaron a masticar con una fuerza que sólo podía prodigar un pueblo como el italiano. Valeria masticaba igual que los otros, con una vehemencia y un deleite elemental, y ayudaba a los bocados de pan con largos sorbos de Pepsi dietética.

—No me ha dicho cómo se llama usted —dijo al tragar un bocado y se detuvo para esperar la respuesta.

—Miguel Fonseca —respondió, mientras pensaba que una mujer joven, hermosa y hasta inteligente como Valeria podía ser un agradable pasaporte hacia el exilio blando al que aspiraba. Demasiado agradable para ser real, se dijo y el tren lanzó un pitazo largo y colérico.

Cuando el tren abandonó Verona, ya la muchacha había terminado su merienda y Miguel le había contado casi toda su vida: incluso que estaba pensando seriamente en quedarse a vivir en Italia, que en La Habana sólo tenía un minúsculo apartamento donde nunca llegaba el agua corriente, que su sueldo de periodista ya no le permitía ni alimentarse bien y que su exmujer era estéril y por eso no tenía hijos, aunque le hubiera gustado tenerlos. Es más: siempre soñó con dos hijos… Fue como una descarga fisiológica, necesaria para ubicarlo en su justo lugar: un tipo jodido, sin pasado ni futuro, sin nostalgias ni expectativas, indeciso ante la aventura de un exilio que podría lanzarlo al fondo de una sociedad perfectamente estratificada, xenófoba y agresiva.

—¿No te da miedo dejarlo todo?

—Es que ya no tengo nada —admitió él.

—Siempre queda algo.

—Tal vez, sí… Pero lo hago ahora o no lo haré nunca.

—Eres un hombre distinto, ¿sabes?

Él sonrió y preguntó:

—¿Distinto a qué?

—Distinto a mí. Yo necesito volver siempre… Pero, bueno, si tú has decidido quedarte ya no tienes apuro por llegar a Venecia —dijo ella y él no pudo saber adónde se dirigía hasta que terminó su idea—. Te invito a visitar Padua. ¿Sabes que allí tenemos los mejores frescos de Giotto?

Miguel sonrió. Valeria tampoco entendía nada. Tiempo era lo que menos tenía, pues su visa expiraba en doce días, al cabo de los cuales debía haber definido su situación legal en Italia o montar en el avión de regreso a La Habana.

—Yo trabajé dos años en la capilla Scrovegni, como restauradora. Me conozco cada fresco de Giotto milímetro a milímetro, y sin embargo, cada vez que los vuelvo a ver descubro algo nuevo.

Y le habló del genio de aquel joven pastor que dibujando ovejas sobre las piedras, aprendió del movimiento y de la olvidada relación original entre el hombre y la naturaleza. Le contó —con la seguridad de una sabiduría asentada— cómo Enrico Scrovegni lo contrató para decorar la capilla familiar y que Giotto, acompañado por sus discípulos, grabó sobre las paredes de aquel recinto la historia de Joaquín, de María y de Jesús de un modo dramático, como ningún hombre la había imaginado hasta ese momento: si aceptaba su invitación y veía los frescos, asistiría a la primera proyección fílmica de la historia, cuadro a cuadro, escena a escena, con una modernidad que se burlaba de los siglos —y sonrió, con los labios y con los ojos.

Un gesto instintivo hizo que Miguel mirara su reloj, sin ver la hora, antes de decir:

—Está bien. Si ha esperado treinta y ocho años, creo que Venecia puede esperar un poco más.

Fueron caminando desde la estación de Padua hasta la Arena Romana, y a Miguel le pareció excesivo el entusiasmo de Valeria por aquella ciudad que hasta entonces no le ofrecía nada especial de qué admirarse: más bien le resultaba opaca y cansada, como recién salida de la tristeza del Medioevo.

Al entrar en el recinto de los museos, Valeria saludó y recibió besos de los curadores, y a todos les presentó a su amigo cubano como un importante especialista en la historia de la conquista de América.

—Así no nos cobran —dijo, entusiasmada, mostrándole los distintivos de invitados mientras salían al sendero de grava que conducía a la capilla de la Virgen María que Enrico Scrovegni había mandado construir con las riquezas acumuladas por su padre, el usurero Reginaldo, el mismo a quien Dante colocara en el séptimo círculo, con el rostro comido por las llamas eternas y rodeado por varios florentinos famosos por su violencia contra los artistas.

Apenas traspuso el umbral de la vetusta capilla, Miguel se sintió envuelto por el azul celestial de los frescos que tanto contrastaba con la dantesca historia de condenaciones infernales referida por Valeria. La sucesión de estampas cubriendo tres niveles de las paredes, los personajes integrados en los paisajes, la humanidad de las figuraciones, resultaban de una sensibilidad demasiado cercana para haber sido pintadas setecientos años antes por un hombre nacido entre ovejas toscanas. El rostro de la virgen era definitivamente hermoso y algo en él la emparentaba con Valeria, que ahora se había despojado de sus espejuelos para contemplar aquellas obras de Giotto que aseguraba conocer milímetro a milímetro, y el calor de la mano breve de la muchacha, envolviendo la mano de Miguel, fue una sorpresa que se transformó en reveladora certidumbre de que todo podía ser distinto, a partir de ese instante, como distinta fue la vida de María desde que aquel ángel venido del cielo le hiciera el anuncio de su ingente responsabilidad en el reino de este mundo.

2

Cuando Miguel estuvo en condiciones de comparar, calculó que el apartamento de Valeria era tan pequeño como el suyo, pero este resultaba preciso y acogedor: allí todo parecía bien proporcionado, armónico, escogido con un gusto muy personal y, además, por sus cañerías sí corría agua y Miguel sintió que la ducha tibia y punzante funcionaba como una inyección de nuevas energías, y que le embargaba la lucidez necesaria para hacer comparaciones y ver algo más que la nube erótica donde lo había atrapado Valeria.

Aunque su experiencia sexual no era precisamente extensa, Miguel supo muy pronto que nunca había disfrutado de una entrega como la de esa tarde. Apenas traspusieron el umbral del apartamento, Valeria apretó más su mano, le transmitió más calor y lanzó los espejuelos sobre una butaca mientras decía:

—Me gustas, hombre. —Y le regalaba parte de su fiebre interior, con un beso profundo, como la mirada que lanzara sobre los frescos de Giotto.

Miguel tuvo la intención de preguntar —¿por qué yo?—, pero decidió imponerse el silencio: no importaba qué tren había abordado ahora, sólo que la línea conducía al mejor de los sitios posibles.

Hicieron el amor debajo de una ventana que Valeria insistió en dejar abierta, y desde la cual se veían fragmentos de la muralla romana. Ella parecía hervir, pero se mostraba dúctil, dispuesta a los caprichos del amante recién inaugurado y Miguel se había sentido potente y eficaz en el manejo del cuerpo breve y bien estructurado de la muchacha, mientras disfrutaba por todos sus poros el contacto con una piel joven y cálida, que se le entregaba sin reparos, hasta agotarle todos sus jugos.

Desnudos, en la pequeña cocina, comieron los espaguetis a la carbonara preparados por Valeria y tomaron toda una botella de un

vino tinto demasiado áspero, que obligó a Miguel a limpiarse el paladar con un vaso de agua.

—¿Desde cuándo vives aquí? —preguntó él, mientras encendía un cigarro.

Valeria recuperó sus espejuelos y la imagen de la joven, vestida sólo con las gafas, fue excesivamente erótica para él, que advirtió la llegada de una nueva erección.

—Hace diez años. Lo alquilé cuando estaba en la universidad y lo mantengo desde entonces.

—¿Te gusta mucho?

—Me gusta porque me recuerda mi libertad.

—¿Y por qué no eres libre?

—Porque nadie es libre. Ahora mismo somos esclavos del sexo, ¿no? Vamos, ven a la cama, después hablamos —dijo ella, al descubrir por qué Miguel no podía concentrarse en la conversación: la urgencia de su erección era demasiado evidente y la joven, tomando por primera vez la iniciativa, empezó a disfrutarla con una felación lenta y acuciosa, que supo detener cuando presintió la cercanía del derrame y optó por recibirlo en una cavidad más propicia. Miguel se lo agradeció y aflojó sus amarras, para navegar a la deriva hacia cualquier destino.

Comenzaba a anochecer cuando salieron a la calle. Valeria insistía en mostrarle algo de Padua y, al pasar frente a una tienda, Miguel la tomó de la mano y la hizo detenerse.

—Valeria, necesito saber cuánto tiempo va a durar esto.

Ella no sonrió esta vez, y preguntó:

—¿Qué cosa es lo que te preocupa?

—De momento una cosa muy simple: a esta hora de la noche debería estar regresando a Milán, ¿verdad? Pues cuando se viaja por un día no se sale con cepillo de dientes ni con calzoncillos para cambiarse… Me hacen falta esas dos cosas, por lo menos… Y no tengo dinero.

Entonces ella sonrió y dijo:

—Mejor en aquella tienda. Y no te preocupes por el dinero: ese va a ser mi regalo por tu cumpleaños.

Se sentaron bajo la sombrilla innecesaria a esa hora de la noche, frente a la plaza rodeada de edificios pesados y silenciosos en los que no parecía vivir ningún ser humano.

—Ves, todo aquí es tranquilo —dijo Valeria, después de pedir los cafés—. Por eso prefiero Padua. Es como un refugio. Si no fuera por san Antonio, los turistas ni sabrían que existe.

Él la miró y estuvo absolutamente convencido de que debía saber qué sucedería con aquella relación inesperada: en los próximos minutos corría el riesgo de empezar a enamorarse de Valeria y quería disfrutar a plenitud de aquel sentimiento o levantar las defensas necesarias para evitar sufrimientos posteriores. Todo el vacío de su existencia, la aspiración de cambiar su vida y quizás empezarla en otra parte donde pudiera forjar nuevas esperanzas, todo podía pasar por las manos tibias de aquella mujer inexplicable que había encontrado apenas doce horas antes, en un vagón de ferrocarril que supuestamente sólo debía llevarlo a cumplir un deseo que ahora le parecía obsoleto y hasta ridículo: visitar Venecia.

—¿Por qué has hecho esto conmigo? —se atrevió a preguntar, mirando a la joven.

Ella esperó a que el camarero se retirara y le puso azúcar a su café.

—¿Por qué necesitas saber todas las cosas? Yo todavía no sé por qué lo hice —admitió.

—Pero yo necesito saberlo. Si es una aventura, está bien, y ha sido fabulosa. Si puede ser algo más, también necesito saberlo. De eso pueden depender muchas cosas. ¿Me entiendes?

—Quiero entenderte… Pareces triste.

—Todavía no lo estoy. Depende de lo que me digas… Aunque haya hecho el amor contigo siento que no te conozco.

Ella se tomó su café y encendió un cigarro, con la vista fija en la plaza, por donde cruzaba un negro africano, cargando con sus espejuelos y baratijas que nadie compraba.

—¿Serías capaz de vivir como él? —preguntó Valeria, observando al africano.

—Creo que no. Pero no lo sé.

—Debe de ser muy triste, más triste que tú.

—Valeria, ese hombre sabe a qué le está huyendo, y yo también

lo sé… ¿A qué le huyes tú?

La muchacha se acomodó los espejuelos mientras las campanas de la iglesia más cercana anunciaban las nueve de la noche.

—Yo estoy casada. Mi marido está ahora en París y llega en dos días —dijo y tampoco lo miró—. Vivimos en Chioggia, a treinta kilómetros de aquí, en la casa de su familia, que por cierto tiene mucho dinero… Son marqueses… Yo creo que lo quiero a él, aunque sea capaz de hacer lo que he hecho contigo. De verdad, no sé bien por qué lo hice. Tal vez por lo mismo que viajo en segunda, que vivo de una beca en una pensión de Madrid, que estudio cosas que no le parecen útiles a nadie, que entro sin pagar en los museos… Por lo mismo que detesto Venecia, ¿no? ¿Puedes entender algo?

Miguel observó la figura caprichosa dejada por el café en las paredes de la taza —una mariposa negra, tal vez— y susurró:

—Un poco, no sé… No, no entiendo.

Y sintió cómo el peso oscuro de los edificios bajaba sobre sus hombros, y comprendió que él también podía ser incapaz de entender a mucha gente. La lógica de su vida debía ser más simple y ubicarlo, a esa misma hora, en Milán, junto a Bruno, bebiendo vino —o *whisky*— y oponiéndose a salir de putas —nunca había estado con una puta—, con su izquierdista y democrático amigo. Pero estaba en una plaza paduana, bebiendo café con una mujer demasiado hermosa y que ahora decía ser marquesa y a quien acababa de hacerle el amor, aunque ella estaba casada y creía amar a su marido. Todo parecía fácil de entender, ¿no?, incluso que cargara con una bolsa con dos calzoncillos, una camisa y un cepillo de dientes, y lo embargara la sensación de estar en un sitio que no era el suyo, ni lo sería jamás. Pero no se lamentó: conocer a Valeria había sido mucho mejor que visitar una almidonada ciudad para soñadores trasnochados y turistas japoneses, y por eso le preguntó:

—¿Entonces entiendo que tenemos dos días más?

—Un día con dos noches —concluyó la joven—. Pero todavía te falta ver la iglesia de San Antonio y comer pulpo con vino blanco en la Plaza Mayor.

—No me importa san Antonio ni la plaza ni los pulpos. Después de los frescos de Giotto, lo mejor de Padua está en un apartamentico que queda por aquí cerca. Paga el café y vamos —

exigió.

La estación de trenes de Padua tampoco era un sitio acogedor, pero no tenía la sordidez de Milano Centrale. El marqués marido de Valeria debía llegar en el rápido de las
10:22
, y el tren de Miguel hacia Venecia pasaba quince minutos antes.

Valeria había decidido acompañarlo y quedarse en la estación para esperar a su esposo. Pero Miguel insistió en evitar cualquier cosa que pareciera una despedida y prefirió conversar con ella fuera de la terminal.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó la muchacha, mirándolo a través de sus espejuelos. Sus ojos eran más verdes y transparentes que nunca.

—Ahora voy a Venecia, la camino como un turista cualquiera y esta noche duermo en Milán. Después no sé lo que haga. Me espanta la imagen del negro africano y le tengo mucho miedo a la soledad… Creo que regreso a La Habana. ¿Y qué vas a hacer tú?

—Yo no importo ahora… Me hubiera gustado ayudarte. Pero no sé qué podría hacer.

—Me has ayudado mucho. Hacía tiempo que no me sentía tan bien con una mujer y sentirse así ayuda mucho a un hombre de casi cuarenta años. Además, ahora puedo hablar con la gente sobre los frescos de la capilla Scrovegni y del color de la muralla romana de Padua cuando le da el sol del amanecer. ¿Te dije que te parecías a la virgen que pintó Giotto?

—Vete ya —dijo ella, mirando hacia la calle—. No me gusta provocarle dolor a la gente… Si te quedas en Italia, llámame algún día.

—Te lo prometo —dijo, le dio la mano, que volvió a sentir tan cálida, y entró en el edificio, apenas con dos minutos para abordar su tren. Corrió hacia las escaleras que llevaban al andén cuatro y entonces pensó que aún le faltaba algo por hacer. Regresó a la sala de espera y buscó un sitio desde el que pudiera observar sin ser visto: un quiosco de *souvenirs*.

El altavoz anunció el arribo del tren procedente de Milano, y Miguel vio a Valeria caminar hacia el andén número uno. Entonces

buscó otra salida hacia la plataforma y esperó la llegada del tren. Ella parecía tranquila, fumando, con la vista fija en las líneas del ferrocarril, y Miguel deseó con toda su alma poder entrar en el cerebro de la joven y conocer sus pensamientos de ese instante. Se veía tan hermosa… aunque ahora no llevara sus espejuelos.

El tren se detuvo y Valeria buscó con la vista hasta que vio al joven que se acercaba a ella. Ambos sonrieron y se besaron, como se besan dos bocas que ya se conocen y tienen pocas sorpresas para ofrecer. Entonces salieron de la plataforma, hablando con gesticulaciones muy medidas y abandonaron la estación, quizás para irse directamente a Chioggia: por supuesto que el marido de Valeria conocía ya los frescos de Giotto. Nada debía detenerlos en Padua. Miguel los vio alejarse y, observándola de espaldas, le pareció, por primera vez, una mujer definitivamente real: no tenía nada del aura azul de la virgen, y su marido llamaba un taxi, como puede hacerlo cualquier marqués italiano recién llegado a Padua.

El próximo tren a Venecia pasaba en media hora y, tres minutos antes, se anunciaba un intercity (andén seis) con destino a Milano (vía Verona). Miguel observó la estación, momentáneamente tranquila, y aceptó la certidumbre de que no tenía deseos de ir a Venecia. Estaba a sólo treinta minutos de aquel viejo sueño, nacido de la lectura de Marco Polo y alimentado con novelas, películas e historias de carnavales, pero el calor de la piel de Valeria todavía palpitaba en su mano. Tal vez había vivido los tres mejores días de su existencia, pero ahora se sabía, más que nunca, un hombre perdido en su tiempo y su espacio. Así no valía la pena ir a Venecia.

Bajó otra vez las escaleras, en busca del andén seis, y vio aparecer al fin el tren que lo devolvería al infierno de Milano Centrale. Esperó a que se detuviera y buscó su lugar: segunda clase, fumadores, y tuvo la suerte de hallar una ventanilla, tan limpia como el cenicero en el que dejó caer la colilla de su cigarro. Abrió la bolsa en la que guardaba una camisa y dos calzoncillos sucios y extrajo el paquete envuelto en papel de aluminio donde Valeria le había colocado un enorme *panini* con jamón, queso, tomate y mostaza. Había desayunado hacía sólo dos horas, pero sentía hambre y atacó el bocadillo, cuando escuchó el *«buon giorno»* que le

lanzaban desde la puerta del compartimento. Allí estaba ella. Miguel no se sorprendió al verla: era gorda, no demasiado vieja, y exhibía una hermosa sonrisa, saludable y satisfecha. Él le indicó el asiento libre frente al suyo y, con la experiencia adquirida, le preguntó si aquel era el tren hacia Milano.

La mujer mantuvo su sonrisa y le aseguró que sí.

—Muchas gracias, *signora*… —dijo él, y ella, como si no pudiera abandonar aquella sonrisa fresca y saludable, agregó:

—Valeria, *io mi chiamo* Valeria. —Y Miguel supo que al fin había tomado un tren que podía llevarlo a alguna parte.

1996

La pared

Tendría siete, tal vez ocho años y era zurdo, como él. Cuando recogía la pelota, regresaba trotando hacia su derecha, la volvía a lanzar contra la pared, con el ángulo necesario para verse obligado a correr y tratar de atraparla con el brazo estirado, casi en el último momento, como el *short stop* que le llega al roletazo imposible, destinado a pasar sobre la segunda base. Lo hacía una y otra vez, con mucha seriedad, y en ocasiones intentaba que fuera más difícil alcanzar el último *bound*. Él lo seguía con los ojos, olvidado ya del efímero destino de los tenis del niño, y apostaba a veces «No le llega a esta», o reconociendo «Buena cogida, es un cabrón». Estaba bañado en sudor, el ejercicio duraba ya más de media hora, pero lucía fuerte y ágil todavía, dispuesto a tumbar la pared de ladrillos con la insistencia de su pelota de goma, que ahora volvía a lanzar, con fuerza y efecto, y debía correr más, ladear bien el cuerpo, para atraparla con la punta del guante, cuando parecía un hit que rodaba hasta los límites de su imaginación.

A la sombra del laurel de la acera había dejado la gorra y, junto a la gorra, se había echado su perro, un sato blanco y negro de rabo enroscado y orejas duras, que sólo miraba a su dueño, sin levantar la cabeza, cuando este intentaba una cogida especialmente difícil o cuando la pelota seguía su camino y le pasaba cerca. El perro y el niño tenían todo el tiempo del mundo y esa despreocupación olvidada lo mantenía junto a la ventana, sintiendo que el monótono juego contra la pared engendraba una emoción que sólo ellos tres, el niño, el perro y él, podían comprender. No eran necesarios más jugadores ni otros espectadores: la pared, la pelota, el guante y ellos tres, sabían que era importante cada jugada, que el esfuerzo por atrapar el roletazo más oblicuo era tan decisivo como el juego final de un campeonato, y pensó entonces que mientras el niño se debía de sentir un Germán Mesa de ahora, él había encarnado, veinte años antes, la figura de Tony González, el *short stop* de los

Industriales de sus sueños y pesadillas, mientras lanzaba una pelota como aquella contra una pared igual que aquella, para atraparla así, con la punta del guante, y soñar que sus fildeos ganaban campeonatos y que su futuro transcurría sobre un terreno de beisbol donde empezaban y terminaban todas las aspiraciones de la vida. «Es del carajo», se dijo, «hace dos temporadas que ni voy al estadio».

Cuando recordó el tiempo que llevaba sin ir al estadio, miró su reloj y, sin proponérselo, recitó la hora: las tres y diez. Aún le faltaba una hora y cincuenta minutos de trabajo y vio su mesa llena de papeles. De nuevo observó al niño, el recorrido de la pelota, no se cansa ese muchacho, los ojos del perro atentos al peligro, y la cogida, muy buena también, y dejó la ventana. Rápidamente recogió las tablas de precios, las planillas, los saldos de cuentas, estados financieros y las circulares del departamento, la dirección, el municipio, la Empresa, el Comité Estatal y el consejo de ministros y, contra su meticulosa organización, las amontonó en la gaveta del buró, donde cayeron también la calculadora, los pisapapeles, los lápices, los bolígrafos y las gomas de borrar, su libreta de teléfonos y el último libro sobre la Planificación de la Economía y la Organización del Trabajo que había comprado. Cerró con llave y miró la mesa vacía de Jiménez, su auxiliar de contabilidad, que había ido al banco. Levemente sintió unos remotos deseos de escribirle una nota y decirle de una vez: «Jiménez, eres el tipo más abyecto» —¿escribiría abyecto?— «e intrigante que he conocido en mi vida, el contador más incapaz de este país y el más lameculos del mundo y te prohíbo para siempre que vuelvas a hablarme de cerca, con esos susurros de vieja chismosa, porque tienes tan mal olor en la boca que me provocas náuseas, y no me interesa saber de los romances de la jefa de personal, lo de la cuota de café que recibe el director o las aficiones encubiertas del siempre recién nombrado director económico de la Empresa». Sería una nota horriblemente escrita, pensó. Mejor: «Jiménez, peste a boca, arrastrao, chismoso, bruto, hijoeputa, me cago en tu madre y no me hables más: El Zorro».

En el vestíbulo, junto a la mesa de la recepcionista, buscó su tarjeta de entradas y salidas. La miró un momento y no se sintió orgulloso: las entradas oscilaban entre las

7:40
y las
7:56
, y las salidas siempre marcaban más allá de las cinco y media. Un gran trabajador, pensó, mientras doblaba la tarjeta y la guardaba en el bolsillo del pantalón.

—¿Vas a la empresa, muchachón? —y le sonrió Martha, la recepcionista, después de bajar el volumen del radio que tenía sobre el buró, para observar mejor la rara operación que él hacía con la tarjeta.

—No —le respondió, caminando hacia la calle.

—¿Y si te llaman, mi chino? —gritó ella y él se detuvo en la puerta.

—Le dices que fui a jugar pelota —y siguió.

Cuando pisó la acera se sintió distinto y con deseos de correr, pero hacía mucho tiempo que había aprendido a dominar sus mejores impulsos y fue caminando hacia la esquina. Cuando dobló, respiró mejor. Allí estaba el niño, compitiendo todavía con su pared. Para no espantarlo se acercó lentamente, como si justo en ese momento se interesara por el juego. El niño comprendió que tenía un espectador y, primero, lanzó dos o tres veces la pelota de un modo que pudiera atraparla sin dificultad, pero ante la insistencia del intruso, que incluso se había detenido para verlo, comenzó a realizar jugadas cada vez más difíciles. Él se había colocado bajo el laurel, junto al perro, y desde allí lo observaba.

Una pelota resultó incapturable, pasó al niño y él, moviéndose un poco, logró atraparla. Se la devolvió con una sonrisa y el «gracias» del niño fue apenas audible.

—Oye —le dijo entonces—, ¿este perro es tuyo?

El niño lo miró de frente por primera vez y, confundido, afirmó con la cabeza.

—¿Cómo se llama? —insistió.

—*Nerón Fernández* —dijo el niño y él contuvo la sonrisa.

—*Nerón Fernández*, me gusta ese nombre. ¿Y muerde? —Y se arrodilló junto al animal, que seguía echado y jadeando con tranquila regularidad.

—Bueno, sí, cuando está comiendo y también… —trató de explicar el niño, pero ya él se había inclinado sobre *Fernández* y,

conjurándolo con su nombre completo, le acariciaba la cabeza al animal, que después de mirarlo un instante, se tiró hacia un lado y ofreció su barriga.

El niño había detenido su juego y observaba la escena dejando rebotar la pelota contra el suelo: un hombre de treinta años, vestido con una guayabera blanca de mangas cortas, con un bolsillo del que asomaban tres bolígrafos y la pata de unos espejuelos, un pantalón azul bien planchado y unos mocasines negros y brillantes, arrodillado en la acera y acariciando la panza sucia de *Nerón Fernández*.

—Hace un rato que te estoy viendo jugar —le dijo entonces—. Mira, yo trabajo en esa oficina, la de la ventana cerrada, y creo que vas a ser buenísimo como pelotero. El problema es que eres zurdo y no puedes jugar en el cuadro, porque serías tremendo siort.

—Yo no quiero ser siort —dijo el niño con seguridad y casi con prisa. Él detuvo sus caricias a *Fernández* y lo miró a los ojos—. Yo voy a ser center, como Javier Méndez.

—Entonces tienes que practicar los flys. A ver, ¿ya tú sabes coger los flys con una sola mano, como Javier?

El niño rio, y dejó caer la pelota un par de veces.

—Hace rato, compañero. Mira, yo voy corriendo y me paro debajo de la pelota y la espero, la espero allí, tranquilito, y cuando llega la agarro primero y luego le hago así con el guante, como si fuera a cazar una mosca, pero con la pelota bien agarrada —y bajó el guante con un aire de matador.

—Oye, oye —le dijo sonriendo—, ¿quién te enseñó eso?

El niño suspiró ante lo inevitable.

—Eso es lo que dice mi primo Gabriel, que juega en los juveniles. Y me va a conseguir un casco para jugar al duro.

—Tú sabes que me gustaría ver cómo tú coges los flys, a ver si eres tan bueno como con los roletazos.

El niño miró a ambos lados de la calle y empezó otra vez a rebotar la pelota contra el suelo.

—Es que no ha venido más nadie, y los flys tienen que ser entre dos.

—Bueno, de verdad que eso es un problema. A mí tampoco me gustaba tirarme los flys yo mismo.

—¿Y tú jugabas pelota? —se asombró el niño, deteniendo los

rebotes. Estudiaba al hombre y concluía que no tenía estampa de pelotero, con aquella ropa, el bigote y la piel blancuzca y suave adquirida luego de tantas horas de oficina. Él sonrió ante la justificada incredulidad del niño.

—Muchacho —le dijo—, yo fui tremendo pelotero cuando tenía así, como tú, como ocho o diez años. Y para que veas, tenía un perro igualito que este. Bueno, no tan igualito, porque no era blanco y negro, sino blanco y carmelita, y era mocho, y se llamaba *Curripio, Curripio Rodríguez*, pero era igual que este porque iba a jugar pelota conmigo.

El niño sonrió. Le gustaba saber lo del perro.

—¿Y dónde está *Curripio*? —preguntó, acercándose a donde él seguía acariciando a *Nerón Fernández*.

—Se murió de viejo. Hace como diez años. Pero yo lo cuidaba mucho y lo bañaba. Tú no bañas a *Nerón*, ¿verdad? Mira cómo me ha puesto la mano.

Le mostró la yema de los dedos ennegrecida por el churre del perro. El niño hizo como si hubiera visto a alguien en la esquina.

—A él no le gusta bañarse —dijo categórico—. Ni a mí tampoco.

—Bueno, eso es así. Yo creo que a *Curripio* tampoco le gustaba mucho.

—¿Y por qué lo bañabas?

Él sonrió, pensando que debía dar una buena respuesta. Pero sólo se le ocurrían dos: porque a él le daba la gana de bañarlo, o porque a los perros hay que bañarlos.

—Bueno, esa es una historia larga —comenzó, para ganar tiempo—. El caso es que *Curripio* era muy enamorado y yo le decía que para tener novias hay que andar limpio, y así dejaba que yo lo bañara. ¿Y acá el compañero no tiene novia? —Y volvió a tocar la barriga del animal.

—Sí —dijo el niño, sonriendo quizás por el valor de la palabra que iba a pronunciar—. Él es novio de la púder de Margarita. Y yo lo vi hacer eso. Mira, tiene un bicho así larguísimo y rojo.

—Vaya con *Fernández* —dijo él, pensando que a todo el mundo le habría gustado ese noviazgo menos a Margarita, pues las dueñas de perras poodles no son muy aficionadas a los satos callejeros y sucios como *Nerón Fernández*.

Entonces dejó al perro y se puso de pie. Le dolían las piernas y la

cintura por el tiempo que había estado en cuclillas.

—Oye, ¿y tú no fuiste a la escuela hoy?

El niño empezó a tirar la pelota contra el suelo, aburrido tal vez con el nuevo rumbo de la conversación.

—Por la mañana. Por la tarde no había clases porque van a fumigar la escuela porque casi todo el mundo tiene piojos. Yo no.

—Menos mal. ¿Y en qué grado tú estás?

—Tercero y voy para cuarto —y parecía convencido de su ascenso.

—¿Y qué te gustaría estudiar?

—Yo voy a ser pelotero y ingeniero de televisores en colores —dijo, con toda su confianza—. Como pelotero voy a ir afuera y como ingeniero voy a ganar muchos pesos.

Cuando el niño comenzó, él estuvo a punto de acotarle que se decía pelotero e ingeniero, y luego, de comentarle que él había tenido a esa edad sueños similares, pero la conclusión final del muchacho le resultó demasiado genial para andar enmendándolo.

—¿Y por qué tú no estás en el trabajo, allá arriba? —lo sorprendió la contraofensiva del niño.

—Nada, salí a coger un poco de fresco y a conversar contigo.

—Mi abuela me dice que no hable con extraños. Y tú eres muy extraño.

—¿Por qué te parezco muy extraño?

El niño se metió un dedo en la nariz y dijo:

—No sé. Si yo tuviera tu tamaño andaría por ahí buscándome una mujer.

Él sonrió.

—Oye, ¿quién te enseñó eso?

—Nadie, nadie —respondió el muchacho y observó en la punta del dedo el resultado de su búsqueda nasal—. Es que yo te vi en la ventana hace un rato y me parece que estás muy aburrido. ¿No es verdad?

—Creo que sí, que es verdad. Mira, si me pongo a jugar contigo a lo mejor no voy a estar tan aburrido. ¿Quieres practicar los flys? Yo te los puedo tirar bien altos, a ver si los coges como Javier Méndez.

El niño sostuvo la pelota en el guante y empezó a tomar distancia cuando lo vio quitarse la guayabera. Lo miraba otra vez

con cierta desconfianza, pues en su código no funcionaba aquello de que un hombre como él, muy extraño, aburrido y de guayabera, se pusiera a jugar pelota en la calle. Mientras, él había colgado la camisa en el tronco del laurel y trataba de mejorar la situación.

—Cuando yo estaba en los juveniles era centerfield de mi equipo y me enseñaron a coger los flys que quieren montarlo a uno. ¿Ya tu primo te enseñó eso?

—Gabriel es *pitcher*, compañero —dijo el niño, blandiendo su lógica estricta.

—Oye —dijo él, mientras se frotaba las manos—, me gustaría ponerme tu gorra. Total, tú no las estás usando.

El niño lo miró. En sus ojos flotaba todo el recelo que le provocaba aquella petición. Él lo comprendió y trató de verse a sí mismo, decidiendo si prestarle o no la gorra a un desconocido. Le hubiera dicho que no si se hubiera atrevido, pensó, aunque finalmente le hubiera dicho que sí, como en tantas otras ocasiones de su vida, cuando había dicho que sí.

—¿Y para qué quiere la gorra?

Él bajó la vista hasta la gorra que ya tenía en sus manos. Era de mezclilla gris y tenía la visera roja. Acumulaba la suciedad y la marca de los sudores de muchísimos juegos de pelota. Él había tenido una gorra casi igual a aquella y nunca se la quitaba cuando jugar pelota era lo más importante de la vida. Realmente, no hubiera querido prestarle su gorra a nadie y el niño tampoco debía hacerlo, pensó.

—No importa, póntela tú —y le lanzó la gorra. El muchacho la atrapó en el aire, la miró un instante, pero no se la puso.

—Oye, mira —y el niño avanzó hacia él—, a mí no me importa. Póntela tú si quieres —y le ofreció la gorra. Él sonrió, pero decidió que no debía cogerla.

—Por cierto —dijo entonces—, no me has dicho cómo te llamas.

—Ni tú me lo preguntaste… Élmer —dijo el niño y lanzó dos veces la pelota contra el piso.

—Es un buen nombre, ¿no? Mira, Élmer, creo que si tú quieres yo te puedo cuidar la gorra mientras tú juegas contra la pared. Yo me quedo aquí con *Nerón*, sigue tú.

—¿Se puso bravo?

—No, no te preocupes, es que hay mucho calor —dijo y se sentó

en la hierba, junto al perro. El niño lo miraba, como si hubiera cometido una falta, y él pensó que no era justo. Con la cabeza le indicó que se sentara junto a él. Élmer sonrió un momento y lo obedeció. *Nerón*, apenas sin levantarse, se arrastró entonces hasta colocarse junto a su dueño.

—¿Tú sabes una cosa, Élmer? Bueno, no la sabes, pero deberías aprenderla. Yo también quería ser pelotero e ingeniero. Pero no soy ninguna de esas dos cosas. Cuando terminé el preuniversitario no había la ingeniería que yo quería y ya había dejado la pelota para sacar mejores notas y poder estudiar esa ingeniería. Me imagino que no entiendes un carajo, pero te juro que yo tampoco. Ahora soy economista, no soy famoso y vivo en una casa que cualquier día se me cae arriba y de contra tampoco he podido ir a Australia, que después de la pelota y la ingeniería era lo que más quería en el mundo. Total, que se metan a Australia por el culo —dijo y se puso de pie. Descolgó la guayabera y observó al niño, que no podía dejar de mirarlo. Sintió miedo y confusión en los ojos de Élmer. Él debía de ser un muy extraño muy superlativo.

—Yo tengo más miedo que tú, no te preocupes —le dijo mientras se abrochaba la guayabera—. Si no tuviera miedo lo mandaba todo al carajo y me iba para no sé dónde a hacer no sé qué. Pero ese es el lío: tengo miedo y no sé adónde irme ni a qué. Pero sigue practicando, que a lo mejor tú eres pelotero e ingeniero.

Élmer también se levantó y se acercó a él.

—Oiga —le dijo—, ¿por qué se puso tan bravo, nada más por lo de la gorra?

—No, no te preocupes —dijo y tomó la gorra que el niño todavía llevaba en sus manos—. No tenías por qué prestarme la gorra. Pero te quiero preguntar una cosa: ¿tú no has leído un libro de Emilio Salgari que se llama *El continente misterioso*?

El niño sonrió y movió la cabeza, negando.

—Es un libro precioso. Es sobre Australia, y cuando uno lo lee, le dan tremendas ganas de ir a Australia. Así que oye esto: si ves ese libro por ahí no lo leas ni aunque te maten, ¿está bien?

Élmer bajó la vista y entonces dijo.

—Oiga, de verdad usted es muy extraño.

—Bueno, me voy. Toma tu gorra —le dijo él—. Fue un placer hablar contigo, Élmer.

Caminó lentamente hacia la esquina mientras se limpiaba el sudor de la frente. Al entrar en el edificio de la Empresa la recepcionista le hizo una mueca con la boca y subió el volumen del radio. Devolvió la tarjeta de entradas y salidas a la casilla metálica colgada junto al reloj de las sentencias. Subió las escaleras y pensó que nunca se había sentido tan derrotado. Abrió su oficina y se sentó tras el buró. Observó, bajo el cristal que protegía la mesa, la foto en la que sonreía entre su esposa y su hijo Élmer. Miró también el bono de las ciento veinte horas de trabajo voluntario realizado por el compañero Élmer Santana, pero cubrió la foto con los papeles, las planillas y las circulares que fue sacando de su gaveta. Entonces lamentó haberle mentido al otro Élmer. Debió haberle dicho que estudió Economía porque bajó una orden de que era necesario para el país y no tuvo valor para decir que no, tan buen estudiante como era, es un deber de los militantes, y decirle que dejó de jugar pelota porque en el pre fue dirigente y asistió a todas las actividades, las reuniones, los círculos de estudio y no pudo clasificarse entre los veinticinco peloteros de la provincia para la Nacional Juvenil y se mintió a sí mismo diciéndose que, total, la pelota no era tan importante. Pero, eso sí, como le decía su padre, siempre fue un joven consciente y podía estar orgulloso de eso… ¿Orgulloso de qué?

Dejó los papeles sobre el buró y se puso de pie. Aquellos papeles eran el resultado de su buena conciencia. El aire acondicionado le había secado el sudor y de la última gaveta de Jiménez cogió uno de los cigarros que su subordinado escondía allí para evitar las peticiones de otros compañeros. Lo encendió y se acercó a la ventana. Élmer y *Nerón Fernández* se habían ido y la calle estaba tranquila bajo el calor de la tarde. En la pared seguían marcadas las huellas de los pelotazos y junto al laurel vio un pedazo de tela gris y roja, y se preguntó por qué el niño habría dejado allí su gorra. Él no lo hubiera hecho jamás; sin gorra no podía sentirse pelotero. Pensó que debería bajar y recogerla, esperar a que Élmer regresara un día y devolvérsela y decirle entonces la verdad. Apagó el cigarro aplastándolo contra el piso y volvió a bajar las escaleras, a toda carrera. Debía recuperar la gorra. Quizás aquel Élmer pudiera algún día ir a Australia.

1989

Mirando al sol

Hace dos horas que estoy mirando al sol. Me gusta mirar al sol. Yo puedo mirar al sol, hasta una hora seguida, sin cerrar los párpados, con la pupila intacta, sin lágrimas.

Todavía estoy mirando al sol cuando llega Alexis.

—Dime, socio, ¿en qué andas? —pregunta.

—En nada, ¿y tú?

—En el floting, suave.

—*I like it* —digo y miro a Alexis. Supongo que Alexis es mi mejor amigo. Nos conocemos desde antes de empezar en la escuela, cuando su padre y el mío trabajaron juntos en el Ministerio. Después al padre de Alexis lo tronaron, pero no mucho, porque él tiene buenos amigos. Ni siquiera le quitaron el carro, aunque sí le quitaron la pistola. Eso sí.

—Vamos a tomarnos un litro —dice.

—¿Quién tiene?

—Richard el Cao.

—Vamos —digo yo y me olvido del sol.

El Cao siempre tiene alcohol. A veces está bueno. A veces también tiene pastillas. Él las consigue fácil: le roba una receta especial a la madre, porque ella dirige un hospital, y firma como ella y en la farmacia le dan las mejores pastillas. Fácil, ¿no? Pero hoy no tiene pastillas. Ayer nos tomamos las últimas, con cuatro litros de alcohol. Lo de ayer fue terrible.

Ahora estamos tomando, sin hablar. Siempre es así: al principio uno casi no habla. Es como si el cerebro se muriera un rato. Después se habla más, sobre todo si tomamos alguna pastilla. Alexis y el Cao son los que más hablan entonces.

Cuando ya hemos tomado bastante, Alexis dice:

—Hoy hay pelea.

—¿En el hueco? —pregunta el Cao.

Alexis dice que sí con la cabeza.

—No tengo dinero —dice el Cao.

—Yo tampoco —digo yo.

—Yo tengo —dice Alexis, y como ya ha tomado bastante, hace completo el cuento de cómo consiguió la plata: en el maletero del carro del padre había como veinte litros de aceite, del bueno para cocinar, y se robó tres. Los vendió y por eso tiene dinero. Trescientos pesos.

—Vamos —dice el Cao.

—Déjame terminar —dice Alexis.

Tomamos un poco más. Está bueno este alcohol. Después que terminamos de tomar, entonces sí nos vamos.

Cuando llegamos todavía no ha empezado la pelea. Nos dicen que hoy van el stanford de Yoyo y el bóxer de Carlitín. A mí me gusta el stanford. Se llama *Verdugo* y ha ganado como veinte peleas. Casi siempre mata al otro perro. El bóxer también tiene su famita: se llama *Sombra* y dicen que cuando agarra no suelta. Ya hay como doce gentes, esperando. También hay dos negros, con dientes de oro y cadenas de oro en el cuello. Deben de ser amigos de Carlitín. Él siempre anda con negros así. Hace bisnes con ellos y a veces hasta dan un palo juntos.

Empiezan a apostar. Alexis le juega los trescientos baros a *Verdugo*. Yo le digo que deje cincuenta, para comprar otro litro si pierde. Pero él dice que no, que en el carro de su papá todavía queda cantidad de aceite y que el *Verdugo* va a ganar.

Azuzan a los perros. Ahora todo el mundo está gritando. Yo también grito. Los sueltan. El *Verdugo* atrabanca a *Sombra*, por el lomo, y de la primera mordida le saca sangre. Es una sangre casi negra. Las gotas de esa sangre casi negra ruedan por la boca del *Verdugo* y caen en el suelo. Entonces la gente grita más. *Sombra* empieza a voltearse y agarra al *Verdugo* por una pata. Se la va a arrancar. El *Verdugo* tiene que soltar el lomo y *Sombra* no se da cuenta. Entonces el *Verdugo* le llega al cuello. Carlitín y Yoyo se

meten a desapartar, pero el *Verdugo* no suelta, ni *Sombra* tampoco. Le meten palos en la boca y hacen palanca. *Sombra* suelta primero, pero se va de lado: el *Verdugo* no suelta todavía. Por fin el Yoyo le abre la boca y *Sombra* se cae completo: del cuello le salen dos chorros de sangre, más negra todavía y así de gordos: está muerto ese bóxer. La gente sigue gritando y los que perdieron empiezan a pagar. Carlitín le está dando patadas a su perro muerto. Alexis cobra doscientos pesos y le dice a uno de los negros que le pague sus cien. El negro dice que esa pelea fue una mierda. Alexis dice que eso no le importa, que le importan sus cien cañas. El negro dice que no va a pagar ni pinga. Alexis le dice que la pinga se la meta. El negro saca una fuca y se la pega en la cara a Alexis. ¿Qué tú dijiste, blanquito de mierda?, le pregunta el negro y le da con el cañón de la fuca en la quijada. Alexis no habla. El otro negro tiene un cuchillo en la mano y mira a los demás. Los dos negros se ríen. Nadie se mete. ¿Yo debería meterme si Alexis es mi amigo? Me meto:

—Deja eso, compadre —le grito al negro—. Alexis, olvídate de las cien cañas.

—Está bien, bárbaro, ganaste —dice Alexis y el negro lo empuja. El negro se ríe. El otro negro también. Sin dar la espalda se van. Cada vez me gustan menos los negros. Por mi madre que sí.

Alexis habla menos que otras veces. Y toma más. Entre él, yo, el Cao y Yovanoti —como le decimos ahora a Ihosvani— hemos bajado dos litros y el tercero está temblando. Queda otro más. Aquí, en la azotea de la casa del Cao, no hay tema: está cerrada con cerca Peerles, y aunque uno se emborrache, nadie se cae. Entonces llaman al Cao desde la calle:

—Richard, Richard —grita una mujer. O dos.

Son dos: Niurka y Betty. El Cao les dice que suban. Ellas llegan: ya saben que los negros le dieron a Alexis, porque todo el barrio lo sabe. Ellas llegan con sed y empezamos el cuarto litro.

—¿Alguna de ustedes tiene algo? —les pregunto y se hacen las suecas. A estas dos les encanta hacerse las suecas—. No se me hagan las suecas —les digo.

—Me quedan dos parkisonil —dice Betty y se las pido. Son dos

pastillas blancas, chiquiticas. Me dan ganas de tomarme una. Pero se las doy a Alexis, que se las baja con un buche de alcohol.

—A ver si no piensas más en los negros —digo yo.

—Yo les voy a pasar la cuenta —dice todavía Alexis y se acuesta en el piso, cierra los ojos, tiembla un poquito y empieza a viajar. El parkisonil es un cohete cuando cae arriba del alcohol.

Es de noche y, como no hay sol, miro a la luna. No me gusta tanto, pero es mejor que no mirar nada. Betty sigue chupándomela y aunque la tengo tiesa y con la cabeza

roja-roja

no siento ganas de venirme. A veces me pasa: es como si la tuviera inflada. Alexis sigue durmiendo en el suelo y el Cao se la está metiendo por el culo a Niurka mientras Yovanoti descansa. Me parece que está cantando bajito. Yo tengo en la mano la séptima botella de la jornada y me doy otro buche. De pronto se me quitan las ganas de que me la mamen y se la saco de la boca a Betty.

—Ponte en cuatro —le digo y empiezo a metérsela en el culo, y pienso en películas que he visto donde un hombre se la mete por el culo a una mujer. Pero tampoco pasa nada: no me voy a venir esta noche—. Agarra tú, mi socio —le digo a Yovanoti y él viene y Betty se la mama.

Yo me pongo otra vez a mirar la luna, me doy otro buche más y me quedo dormido.

Cuando abro los ojos, veo el sol. Estoy solo en la azotea.

No sé por qué hay días que me gusta venir a la iglesia. No a rezar ni a pensar en Dios, porque no sé rezar ni aprendí nunca esa descarga de Dios y los santos y los ángeles. Es que me gusta venir. A mis padres ya no les importa que yo venga a la iglesia, porque eso ahora no es tan malo. Hasta hace dos o tres años sí era malo y entonces a ellos no les gustaba que yo me metiera aquí. Si tú no crees ni en tu madre, me decían. ¿Tú no sabes que eso nos perjudica? ¿Qué carajos vas a buscar a la iglesia entonces?, me preguntaban. Y yo

alzaba los hombros: no sabía y todavía no lo sé. Bueno, sé algo: me gusta porque me siento tranquilo. Pero ni rezo ni pienso en Dios: nada más lo miro, clavado ahí.

Este carro sí que camina bien. El Kakín se pasa el día limpiándolo, afinándolo, poniéndole adornitos. Cuando el padre del Kakín está para el extranjero, él tiene el carro todo el día. Y a veces nos dice: *Everybody, go to the beach*, y todos nos vamos para la playa. Como hoy. Alexis sigue cabrón con la línea que le dieron los negros. No quiere ni meterse en el agua. Nada más toma ron y dice a cada rato: «Me cago en la madre de esos negros». Yo, el Kakín, Yovanoti y el Cao sí nos metemos en el agua. Hoy el agua está riquísima. Salimos y tomamos un poco de ron. Volvemos a entrar. Volvemos a salir, tomamos más ron y entonces aparecen Vivi y Annia. Como ya hemos tomado bastante hablamos un rato. Annia nos dice que se va para la Yuma: ella y toda su familia. Una gente de una iglesia de Testigos de Jehová les consiguió la visa. Una vez a la semana ellos van a esa iglesia, cantan, rezan cantidad y la gente piensa que ellos creen muchísimo en todo eso y ya no fuman, ni toman, ni dicen malas palabras ni albergan ira en su corazón, como dice Annia. Con los encabronamientos que coge mi hermano, dice después. Bueno, no importa que ellos no crean en Jehová, si lo que ellos quieren es irse para la Yuma, igual que una pila de gentes que yo conozco. Yo creo que yo no. Dicen que allá hay de todo, pero que hay que trabajar con cojones. El Cao dice que él tampoco: con alcolifán y pastillas él vive bien en donde quiera. El Kakín sí: él quiere tener un carro suyo, de cinco velocidades, tracción doble, ocho cilindros, motor de petróleo, suspensión hidráulica: conoce ese carro como si ya fuera suyo. Alexis dice que él también: allá uno mata un negro y le regalan mil dólares. Está obsesionado con los negros.

Pero al que más le gusta la Yuma es a Yovanoti: siempre está hablando de eso, de lo bien que se vive allá, de su primo que es dueño de las carreras de carros de Miami y del otro primo suyo que se fue y a los dos meses empezó a mandarle cien dólares todos los meses a la madre, y del que fue cuñado suyo que tiene un restaurant creo que en Nueva Jersey. Él dice que si llega allá deja el alcohol y las pastillas y los pitos de mariguana y hasta el cigarro,

para ganar mucho dinero. Y se toma otro buche de ron. Y habla otro poquito más.

Como hace dos días que no tomo pastillas hoy sí gozo. Vivi tiene un culito estrechito. Al principio uno cree que no le va a entrar, pero ella se abre bien, se hace cosquillas con el dedo y después respira profundo por la boca, y dice: «Métemela». Y entonces uno empuja un poco y después se le va hasta el final. Lo malo es que quiero estar más rato sin venirme, pero me vengo rápido, y no se me vuelve a parar. Al Cao siempre se le para: le echó dos a Vivi y uno a Annia. No sé de dónde el Cao saca tanta leche. Si él casi nunca come. Alexis no quiso hacer nada. Él quiere una pastilla. Parece que para no aburrirse se hizo una paja y tomó más ron.

Alexis me dice:

—Mira. —Y enseña una tira de pastillas.

—¿De dónde coño tú sacaste eso, cabilla? —El Cao mira las pastillas, embobado.

—Se las robé a mi abuela.

El Cao se muere de la risa.

—¿Y si a la vieja le da una cosa, tú?

—Que se muera. Total —dice Alexis y se traga dos, con un buche de alcohol.

Me da dos a mí y dos a Richard el Cao y dos a Yovanoti y guarda dos más para él.

Lo bueno de las pastillas es que uno casi no tiene que tomar más alcohol. Ellas te multiplican el que tienes en la barriga. Creo que por diez. Además son buenas porque si no estás borracho te dan ganas de hablar, de templar, de oír música. Bueno, un rato. Alexis empieza a hablar y me dice:

—Me hace falta que me prestes el hierro del viejo tuyo.

El Cao se vuelve a morir de la risa:

—¿Por cien cañas de mierda te vas a echar a los negros?

—Por cien cañas y por hijoeputas que son esos negros maricones de mierda del recoño de su madre. Me hace falta la pistola —me dice.

—Tú estás loco, Alexis —le digo.

—Loco pinga. ¿Me la vas a prestar o no?

—Eso es un lío.

—Ningún lío. La coges por la noche y en tres horas se la devolvemos.

—Pero tú ni sabes dónde viven los negros.

—Ya lo averigüé. Dónde viven, dónde toman cerveza, dónde juegan gallos, dónde apuntan a la bolita, dónde fuman mariguana, dónde roban gallinas. Son dos negros muertos. Préstame la singá pistola. Mira. —Y se mete una mano en el bolsillo y enseña seis balas.

Alexis se toma otro trago de ron con las dos pastillas que le quedaban.

—Tú estás loco, Alexis —le digo, pero creo que no me oye.

Yovanoti consiguió una película y vamos a verla al video de su cuarto. Primero salen dos rubias. Parece que llegan del trabajo, porque traen carteras y eso. Pero enseguida empiezan a encuerarse una a la otra y revientan después tremenda tortilla. Pero cuando más embulladas están, llega una mulata, las desaparta con un empujón y se suma a la actividad. La mulata tiene un bollo rojo y casi sin pelos que debe de pesar como diez libras. Las dos rubias maman toda a la mulata, hasta que una de ellas saca un consolador y se lo amarra a la cintura. Entonces se lo mete a la mulata, hasta que se viene. Mientras todo eso pasaba, el Cao fue el primero que se sacó el rabo y empezó a hacerse la paja. Después yo. Después Alexis. Después Yovanoti. Y también la otra rubia, para no quedarse sin hacer nada, empezó a hacerse su paja. Lo malo de todo esto es la peste a leche que hay ahora en el cuarto. Yo me quedo pensando en el bollo de la mulata. Un rato nada más. Porque empezó otra película y el Cao sacó una botella de alcohol.

Me despierto de noche. Creo que todavía estoy en el cuarto de Yovanoti. Alexis sigue durmiendo, en la cama. El Cao y Yovanoti se fueron. La que está entre Alexis y yo es la rubia Vanessa. Vanessa está encuera y también está durmiendo. Me extraña, porque

Vanessa nunca se pone a templar con nosotros. Dice que nosotros somos unos salvajes y que dejamos marcas y que ella lo que quiere es un yuma que le dé dólares y la ponga a vivir en París. No sé por qué la tiene cogida con París. Pero es Vanessa, y la verdad es que está riquísima. Tiene un mechoncito de pelo rubio sobre el bollo gordo, y dos tetas más ricas todavía. De pronto se me para. Toco a Vanessa, pero ni se mueve. Le meto un dedo y siento que tiene mojada toda la raja. Parece que es leche. Me paso el dedo por el rabo, para mojarlo. Entonces se la meto. Ella sigue igual. ¿Con qué cogió esa nota? Yo sigo metiéndosela hasta que me aburro y se la saco. Entonces le chupo un poco las tetas. Ella se ríe, dormida, y yo se la vuelvo a meter y entonces sí me vengo. Pero no mucho.

Miro por la ventana y veo que está lloviendo. No me había dado cuenta. No sé qué hora es. Debe de ser muy tarde porque tengo un poco de hambre. En el piso descubro unos papelitos quemados. Claro, seguro que fumamos mariguana. Pero no me acuerdo. En un litro quedan tres dedos de ron. Me lo tomo para calmar el hambre y me vuelvo a acostar. Pero antes le chupo otro ratico las tetas a Vanessa, pensando en el bollo de la mulata.

Como el Kakín no aparece nos vamos para la costa y el agua está riquísima. Aquí lo malo son las piedras en el fondo. Una vez por poco me quedo sin cabeza. Claro, me tiré borracho. Todavía se me ve la cicatriz: dieciséis puntos me dieron, y como estaba tan borracho no me cogió la anestesia. Mejor ni acordarse de aquello. Por eso me tomo otro buche de ron y me pongo a oír al Cao que habla como una cabrona cotorra:

—Entonces me le acerqué al yuma y le dije: «¿Mister, guat yu guan? ¿Girls, rum, tobaco, marijuana?». Y el tipo medio que se asustó. Como era rubiecito y rosadito se puso colorao. «Nosing, nosing», me dijo y yo le dije: «No problem, mister, yo tengo lo que yu guan». Y el tipo «Nosing, nosing», pero ya el Yovanoti estaba detrás de él y ahí mismo le arrié el avión y el Yova le sopló otro por el tronco de la oreja y yo agarré la mochila y le di una patada en los cojones que creo que le saqué uno por una oreja. Por mi madre que sí. Entonces echamos tremendo patín, y cuando me viré, como a la cuadra, vi al tipo todavía revolcándose en el suelo, y entonces

seguimos despacito. Registramos la mochila y empezamos a botar mierdas, hasta que encontré la cartera y descubrimos que el gallo era alemán. ¿Y ustedes saben cuánto dinero tenía? Diez miserables fulas. El Yovanoti me tuvo que aguantar, porque lo que me dieron ganas fue de ir a darle dos patadas más. ¿Tú sabes lo que es venir de Alemania y andar con diez dólares arriba? Pero, bueno, con eso compramos estos litros…

Nos reímos cantidad. Y tomamos más ron. Yovanoti dijo:

—Brindemos por la solidaridad del pueblo alemán con el pueblo cubano —y tomamos más.

Alexis no tomó esta vez, y me dijo:

—¿Por fin vas a conseguirme el hierro de tu padre?

—¿Sigues con esa descarga?

—¿Me lo vas a conseguir o no?

—Coño, Alexis, tú sabes que el tipo no suelta la fuca ni cuando va a cagar.

—¿Y duerme con ella?

—Claro que no.

—Entonces.

Alexis se ríe cuando ve la pistola. Es una Makarov y está tan limpiecita que parece nueva. Se la doy y él la mira y la mira. A él sí le gustan esos hierros. A mí no. El Cao y Yovanoti también la miran y dicen:

—Qué linda está.

Alexis saca el cargador y quita las balas. Pone las suyas, una a una y dice:

—Mañana el mundo debería hacerme un homenaje. Va a haber dos negros menos. Vamos —dice y salimos. Pero antes nos damos dos buches de ron. O tres.

Alexis dice:

—Seguro están ahí. —Y nos enseña la casa—. Ahí es donde toman cerveza.

Y nos ponemos a esperar. Nadie habla. Mientras esperamos, yo me pongo a mirar a la luna. Hoy está redonda, y alumbra cantidad.

Yovanoti se está fumando un cigarro atrás del otro. Richard el Cao se sentó en el suelo y está cantando bajito. Alexis nada más que hace mirar la casa, hasta que dice:

—Ahí están los singaos esos.

Los dos negros salen y cogen para la otra esquina. Nosotros salimos detrás de ellos, sin apurarnos. Doblamos en la esquina y los vemos frente a una casa, mirando con disimulo para adentro. Seguro que van a dar un palo ahí. Todos los negros son iguales. Bueno, casi todos. Mi papá dice que no todos los negros son ladrones, pero que todos los ladrones son negros. Y también dice que los negros tienen cinco sentidos, igual que los blancos. Pero tienen dos para la música y tres para el robo. Él se ríe muchísimo cuando hace esos chistes y cuando habla de los negros que han cogido presos. Cuando están presos, dice él, esos negros ya no son tan duros.

Nosotros seguimos por la otra acera y, cuando nos acercamos a los negros, ellos embarajan y encienden un cigarro. Aunque hay mucha luna parece que los negros no nos reconocen. Cuando estamos frente a ellos les vamos para arriba y Alexis saca el hierro. El negro del cuchillo se da cuenta primero. Qué negro más ratón. Se manda a correr y eso le cuesta la vida: Alexis le suelta un plomazo y se cae en el piso. El tipo empieza a revolcarse, como un perro con rabia, y Yovanoti y yo empezamos a darle patadas en el suelo y a gritar: «Negro maricón, cogiste miedo, eh, negro maricón». Hasta que el negro se pone a temblar rarísimo y por fin se queda tieso, con un pedazo de lengua para afuera. El otro negro se había quedado congelado, viendo cómo su socio se moría completo. Alexis sigue delante de él y le dice:

—Ahora sí me vas a pagar mis cien pesos, ¿verdad? —Y le da con la fuca a la nariz.

—Coño, blanco, no hay que ponerse así —le dice y se mete la mano en el bolsillo.

—Cuidado —le grita entonces el Cao y Alexis no lo piensa más: le mete un balazo en la cabeza. La cabeza del negro se fue para atrás y explotó. Hasta a mí me salpica con la sangre. Es casi negra, como la del perro, aunque tiene puntos blancos. Entonces el negro se cae y Alexis se agacha y le dice, aunque creo que el tipo ya no oye—: Tú ves lo que les pasa a los negros guapitos como tú y tu

socio. —Y le saca la mano del bolsillo. El negro no tenía pistola ese día, sino un fajo de pesos: más de quinientos.

Como la gente de la cuadra ya había empezado a gritar y a asomarse, nos mandamos a correr. Entonces fue que se jodió la cosa: por la esquina aparecieron dos policías y Alexis ni lo pensó. Nunca lo piensa. Y con la puntería que tiene. Les tiró y tumbó a uno, y el otro se mandó a correr. Nosotros nos fuimos por la otra esquina y no salió más nadie a caernos atrás.

Si uno mata a dos negros delincuentes se busca un lío. Pero si se echa a un policía, la cosa sí que se pone mala mala. Nosotros lo sabíamos bien, y por eso todo el mundo dijo que sí cuando el Cao habló:

—Vamos a llevarnos una lancha en el río e ir echando para la Yuma porque esto está malo malo. Esto me pasa por andar con comemierdas como este. —Y le quitó la pistola a Alexis. Alexis fue a protestar y el Cao le dijo—: Cállate o te callo.

Ahora hace dos horas que estoy mirando al sol. Me gusta mirar al sol. Yo puedo mirar al sol, sin cerrar los párpados, con la pupila intacta, sin lágrimas. Hace dos horas que se le acabó el petróleo a la lancha y más de cuatro que no tenemos agua. Hace por lo menos una hora que Alexis se cayó por la borda, cuando fue a tomar agua de mar, y no volvió a salir. Dice Yovanoti que seguro lo agarró un tiburón, y entonces se puso a llorar y a decir: «Me alegro, me alegro», y a escupir hacia el mar. A mí no me gustó eso. Creo que Alexis era mi mejor amigo.

Nunca me había preocupado tanto por las horas. Dice Richard el Cao que en dos horas ya oscurece y que eso es mejor. Yo no sé si es mejor. Sin agua y sin comida y sin ron, en el medio del mar, nada es mejor. Y con esta peste a vómito y a mierda. Si no viene un guardacostas americano estamos jodidos. Y si viene uno cubano estamos más jodidos. Entonces me pregunto: ¿qué cojones hago yo arriba de esta lancha?, y me dan ganas de tirarme al agua, como Alexis, pero me aguanto.

Se hace de noche y me quedo dormido.

El sol está del carajo. Me duele un poco la cabeza. Me da mucho sueño. Yovanoti hace rato que no habla de lo que va a hacer cuando llegue a la Yuma. Ha vomitado tanto que ya no vomita. Nada más suelta una saliva verde. El Cao dice que pensemos en cosas buenas, pero que no pensemos en que tenemos sed. Eso es más difícil. Yo pienso un rato que le estoy chupando las tetas a la rubia Vanessa y después pienso otro rato que estoy en la iglesia. Todavía después pienso en el bollo de la mulata de la película. Y de verdad que me siento mejor, porque casi se me para y todo. Cuando el Cao vuelve a hablar dice:

—Ahorita es de noche otra vez.

Yovanoti empieza llorar y el Cao le da dos galletas. Para que se calme. Yovanoti vomita un poquito más. Esta noche no hay mucha luna y no veo nada ni miro nada.

Cuando me despierto veo el sol y veo el helicóptero. No parece de la policía cubana. Desde allá arriba, con una bocina, gritan algo en inglés. Cuando miro la lancha nada más veo al Cao, tirado, creo que desmayado. Yovanoti no está por ningún lado. Precisamente él, que era el que más quería ir a vivir en Miami. Mala suerte. Qué falta me hace ahora darme un buche de ron. Le echo agua en la cara y el Cao se despierta, pero no se levanta.

—Nos salvamos —le digo y otra vez tengo mucho sueño, pero abro bien los ojos y me pongo a mirar al sol.

1995

La muerte pendular de Raimundo Manzanero

Noticia

El pasado domingo 21 de octubre, a las
4:23
de la tarde, Raimundo Manzanero, de 46 años, casado, subdirector económico en funciones de la Dirección Nacional del CAN (Combinado Avícola Nacional), y vecino de la calle Josefina 146 en el reparto Sevillano, en esta capital, se ahorcó en su vivienda, sin explicitar verbalmente o por escrito la causa de este lamentable acontecimiento. Según los peritos, los preparativos del ahorcamiento fueron hechos con todo cuidado, como si Raimundo Manzanero tuviera experiencia previa en tales actividades suicidas. La soga, atada a una viga del techo —que había quedado descubierta al explotar la capa de cal y cemento que la cubría—, alcanzaba la altura necesaria para que el lazo llegara justo al cuello de un hombre de cinco pies y seis pulgadas parado sobre una silla (tamaño estándar: 42 cm), y el nudo corredizo había sido previamente tratado con grasa para facilitar su mejor rodamiento. Mientras, los forenses que realizaron la autopsia, al rendir el informe de la defunción, especificaron que la muerte se había producido por asfixia y no por desnucamiento, pues el occiso conservaba perfectamente intactas todas las vértebras de la región cervical y significaron, en cambio, que el estómago del difunto presentaba las granulaciones y manchas características de una úlcera incipiente, aunque tal vez en estado ya doloroso. Los investigadores policíacos, por su parte, admitieron en el informe del caso la muerte por suicidio, aunque especificaron que aún no habían hallado la escalera necesaria para atar la soga de una viga de un techo de 4,2 m de altura y que les resultaba especialmente sospechoso la ausencia de una carta en el escenario de los hechos, pues las estadísticas indican que más del noventa y nueve por ciento de los suicidados por ahorcamiento explican por escrito la

causa de su fatal decisión.

Aunque la noticia del suicidio del compañero Raimundo Manzanero no se publicó en ningún periódico nacional ni provincial —como tampoco se suelen publicar los suicidios que a un ritmo creciente se registran cada día en el país—, lo cierto es que con este atentado perfecto contra su vida, Raimundo Manzanero traicionó todos los credos posibles: el de su militancia política (era miembro del Partido desde el año 1978), el de su militancia religiosa en sus años de niñez (había sido monaguillo y monitor de catecismo en la iglesia de San Juan Bosco, en la barriada habanera de Santos Suárez, entre 1952 y 1957) y el de su responsabilidad familiar, pues era padre de cuatro hijos (en tres matrimonios), el menor de los cuales contaba apenas tres años de edad.

Póstumamente, Raimundo Manzanero fue analizado por su Núcleo del Partido debido a su actitud inconsecuente ante las dificultades, y el cura párroco de la capilla del cementerio de Colón, en esta capital, se negó a oficiar en la misa de difuntos solicitada por la madre del occiso, en virtud también de su actitud incompatible con los mandamientos cristianos. Finalmente, su joven viuda, Eloísa Espinel, desconcertada aún con la irreversible decisión de quien fuera su esposo, comentó entre los dolientes y allegados que la rodeaban en el velorio que su difunto marido no merecía el perdón de Dios ni de los hombres y mucho menos el de ella, que le había entregado lo mejor de su juventud a aquel hombre «desconsiderado e inconsciente», según sus propias palabras.

El sepelio se efectuó el lunes 22 de octubre, a las
3:55
de la tarde, con la escasez de flores que se afronta en estos momentos, y contó con la presencia de unos pocos familiares y amigos y sólo un compañero de trabajo, una joven secretaria extrañamente atribulada con el suceso.

E. P. D.

Testimonios

«Por Dios que no me lo puedo explicar. Claro que yo conocí a Mundito desde que era un niño. Su mamá lo inscribió en el catecismo cuando cumplió los seis años y siempre pensé que era un poco místico, tanta era su fe. A veces tenía sueños que parecían revelaciones, y esto seguro que no los inventaba, por Dios que no. Por eso lo hicimos monaguillo y responsable de un grupo de catecismo. Siempre pareció una persona con gran temor a Dios y eso nunca obstó para que fuera el mejor segunda base que jamás tuviera el equipo de la iglesia, el único team capaz de ganarle a las estrellas de los Maristas y de la escuela de Belén. También, por supuesto, era el capitán del equipo. Luego las vicisitudes de la vida lo alejaron de su religión: el trabajo, las novias, las clases por las noches, pero de vez en cuando pasaba por la iglesia, me pedía la confesión y luego comulgaba, hasta que por el año sesenta y dos dejó de hacerlo. Por todas esas cosas entendí que años después profesara la doctrina comunista y hasta militara en el Partido: él era un convencido y necesitaba expresar su convencimiento. Es una lástima, porque lo recuerdo siempre como un joven vital e imaginativo, incluso hasta escribía versos y todo. Pero es lamentable que haya caído en uno de los pecados mortales más aborrecibles, pues sólo el Señor está facultado a decidir el destino final de los hombres: Él nos da la vida y únicamente Él puede quitárnosla cuando lo decida. De mí parece que el Señor se ha olvidado, porque en enero cumplo los noventa y dos años».

Padre Serafín Arnaz, párroco —auxiliar— de la iglesia de San Juan Bosco.

«La verdad, aquí hay algo que huele mal. Uno no está metido veinte años en esto por gusto, y yo he visto cada cosa… Claro, ya el caso

está cerrado, y a lo mejor es preferible dejarlo así y no revolver la peste. Pero lo de la escalera es rarísimo, por varias cosas: tenía que ser una escalera de tijeras, porque la viga está en el medio de la habitación y no se podía recostar la escalera contra la pared, y no es fácil conseguir una escalera de tijeras de tres metros. Y no sólo es que no haya aparecido la dichosa escalera, sino que nadie la ha visto: ni la viuda, ni el presidente del CDR, ni el carpintero que vive a medianía de cuadra, en el 136, y que hace todos los trabajos de la zona. ¿Está raro o no está raro? Pero no vamos a calentarnos la cabeza, ¿verdad? Y lo de la carta… ¡Primer ahorcao que veo sin carta! Siempre la hacen, porque parece que eso da valor para guindarse. Es, como dice el Manual, "típico". Los que se dan candela (las, debo decir, porque la candela es cosa de mujeres) nunca escriben nada, ni los que se tiran por un balcón, ni los que se ahogan en la playa. Los que se matan de un tiro o las que se empastillan, casi siempre dejan la carta, pero es que los ahorcados sí lo hacen, siempre-siempre. Que yo haya visto, primer ahorcado sin carta. Entonces, ¿no está rarísimo el caso?»

Teniente Cristóbal Cárdenas, Unidad Territorial La Víbora, Ciudad La Habana.

«No, no, les juro que no: yo no tenía nada con él… Pero es que me dolió tanto. En la Empresa había gente que decía que era un cuadrao, un dogmático, otros decían que era un oportunista y hasta los que decían que era, y perdón por la expresión, tremendo hijo de puta… Pero ninguna de esas gentes lo conoció de verdad. Era un hombre sensible al que le había pasado algo muy grande. Lo digo porque yo trabajé con él mucho tiempo y yo soy muy observadora, la verdad, es una virtud que tengo, ¿no? Había veces que él estaba en su oficina y se quedaba mirando así por la ventana que da a la calle, donde hay unos algarrobos viejísimos, y se le perdía la vista, como si estuviera viendo algo que nadie podía ver. Un día que estaba así se me ocurrió preguntarle qué le pasaba y, ¿saben lo que me dijo? Pues me dijo que estaba pensando en el verso de Martí que dice "estoy en el baile extraño". Fíjense si me impresionó que más nunca se me ha olvidado. "Estoy en el baile extraño", qué triste y terrible, ¿verdad?»

Aleida Alou, secretaria «A», Subdirección Económica CAN.

«Claro que no, claro que no lo entiendo. ¿Que un compañero como el compañero Mundo, es decir, el compañero Raimundo, flaqueara así? No puedo entenderlo. Yo creo haberlo conocido bien, porque trabajamos juntos mucho tiempo y militamos juntos desde 1978, yo mismo fui del dúo que le hizo el crecimiento, hasta eso, y no entiendo. ¿Qué debilidad podía tener un hombre como él que no se atrevió a enfrentar lo que fuera por difícil que fuera? El suicidio es inadmisible, compañero, in-ad-mi-si-ble. Además, un cuadro tan responsable y cumplidor… Nada, que no lo entiendo».

Joaquín Zanabria, Sec. Gral. Núcleo No. 1, PCC, CAN.

Nota: No se pudieron obtener los testimonios de Eloísa Espinel, viuda de Manzanero, ni de Aldo Hernández, amigo de niñez del difunto. La viuda dijo que ya sabíamos su opinión sobre el caso (remitirse a declaraciones hechas durante el velorio) y Aldo Hernández se disculpó argumentando que mucha gente tenía la culpa de lo que había sucedido, aunque el principal culpable era el propio Manzanero, y que no se sentía en condiciones de juzgarlo.

Documentos

Según consta en el expediente laboral de Raimundo Manzanero Ortiz (n.º 44120300242, Dirección Nacional del Combinado Avícola Nacional), ingresó en esta dependencia en 1970, luego de cumplir satisfactoriamente su labor al frente del campamento cañero «La Esperanza» —Ministerio de Comunicaciones—, durante la Zafra de los Diez Millones. Ubicado en la Dirección de Cuadros, ocupa su jefatura en 1976, en la que permanece hasta 1984, en que es promovido a subdirector económico de la Empresa. No presenta sanciones laborales de ninguna índole. Tiene de modo permanente los méritos laborales (c) —trabajo voluntario—, (d) —participación en guardias y otras actividades del centro—, (b) —por la disciplina laboral y el cumplimiento de sus responsabilidades—, y el (a) —por haber sido elegido «trabajador destacado»— y además obtuvo en otras ocasiones méritos tales como el (g) —superación educacional —, (f) —movilización permanente en la agricultura o la construcción— y (h) —aporte extraordinario a su centro de trabajo en investigaciones, control de la calidad, o premios y reconocimientos especiales, etcétera—. En las evaluaciones periódicas de su expediente de cuadro, la dirección de la Empresa siempre evaluó de «satisfactorio» o «muy destacado» su trabajo y se recomendó al Ministerio su promoción a niveles de dirección. En 1976 se le asignó un auto particular (Peugeot), además del que le correspondía de la plantilla del centro por su responsabilidad, y en 1982 le fue repuesto por uno nuevo (Lada 1200). En 1980 le fue entregada una casa en el reparto Alamar. En 1984 le fue entregada otra casa, en el reparto Sevillano, pues al divorciarse de su segunda esposa, madre de dos hijos, tuvo que irse a vivir en casa de sus padres. En varias ocasiones viajó al extranjero (URSS, Bulgaria, RDA, Venezuela, Brasil y otros) en misiones de trabajo, que también desarrolló satisfactoriamente, y en una ocasión a Checoslovaquia en

un viaje de estímulo e intercambio concedido por el Ministerio.

Apunte hallado en una agenda de 1982 de Raimundo Manzanero.

«Abril 22. Plan del día:

»9 a. m. Despacho en la Dirección. Asunto: Truene de Alcántara por los 325 pollos que se perdieron en el matadero de Santiago de las Vegas.

»11 a. m. Reunión con Mirta y Ernesto para la revisión de la plantilla.

»1 p. m. Despacho en la Dirección. Revisión de los convenios del CAME.

»4 p. m. Reunión de Departamento. Información del resultado del caso Alcántara, de la revisión de la plantilla, de los nuevos convenios CAME, evaluación de Aleida y Figueredo, opiniones sobre la petición de nuevo equipamiento para la oficina y asuntos generales.

»Lindo día, como todos mis días. Cada vez más siento que estoy en un baile muy extraño, muy veloz, siempre circular, del que no puedo escapar. Sísifo y la piedra. Prometeo y las águilas. Afuera el cielo es azul, como sólo puede serlo en abril, y en los algarrobos hay esta mañana más gorriones que nunca. Sobrevivo. Sobrevivo».

Nota en la última página de París era un fiesta*, de Ernest Hemingway (Editorial Arte y Literatura, Colección Huracán, Ciudad de La Habana, 1988, 184 págs.), hallado en el librero de Raimundo Manzanero.*

«Leer esto me ha producido dolor en el alma. En el medio del alma. Es devastadora e implacablemente desconsolador para un tipo como yo. Y él tiene razón: París no se acaba nunca, pero hay gentes para las que jamás empieza. Y gentes para las que empezó y se acabó inmediatamente. Hace falta valor para ser muy pobre y muy feliz. Voy a cumplir cuarenta y seis años».

Chismes callejeros y comentarios de pasillo

Roberto Alcántara, administrador del matadero N.º 1, «Amistad Cubano-Soviética», Santiago de las Vegas, CAN: «Siempre dije que era un hijo de puta y que iba a terminar así».

Lidia Mendoza, secretaria de la dirección del CAN: «Últimamente siempre estaba como ido y el jefe le dijo: Mundo, ponte pa esto y no pa la cola del pan. Pobrecito».

Enrique Corrales, carpintero, vecino de Josefina 136: «Seguro que se dio cuenta de que la mujer le estaba pegando los tarros con el cartero. En casa de Mundo el cartero siempre llamaba dos veces».

Magdalena Grau, primera esposa de Manzanero: «Yo me imaginaba que un día iba a hacer esto. No se puede vivir pensando que uno podía ser distinto. Y mi hijo Mundito va a ser igualito, por Dios».

Consuelo Armenteros, empleada de limpieza de la Dirección de Cuadros del CAN: «Imagínate, la última vez que estuvimos hablando un rato me preguntó si yo iba a limpiar pisos toda la vida. Y sabes lo que le dije —ay, qué horror—, le dije que estaba aspirando a su puesto y que se cuidara».

Roberto Ortiz, tío materno de Raimundo Manzanero: «¿Y de verdad tú crees que se mató él mismo? Qué va, yo voy a averiguar bien, porque Mundito no era hombre de eso».

Sergio Figueredo, jefe de personal de la Dirección Nacional del CAN: «Coñó, con lo bien que vivía el muy cabrón. Casa, carro, viajes, sus pollitos y pavitos de vez en cuando, una jevita joven… Qué clase de comemierda. Total, mientras hubiera cinco pollos en la isla él se iba a comer uno. Allá él, ¿no?».

Miércoles

Página manuscrita (papel bond 8,5 x 11, membrete de la Dirección Nacional del Combinado Avícola Nacional, CAN), hallada en una gaveta, entre diplomas, cartas de reconocimiento, bonos de trabajo voluntario, evaluaciones, etcétera, en la vivienda de Raimundo Manzanero.

«Hoy, en la playa, hablando con Aldo, sentí mucha lástima por él. Quisiera poder decírselo, pero sé que no me voy a atrever nunca, y por eso lo escribo, para decírmelo por lo menos a mí mismo, que estoy en su mismo saco. Aldo dice que es feliz, y de verdad lo es, sólo porque está vivo, es saludable y puede ir un domingo a la playa con su mujer y los muchachos. ¿Esa puede ser la utopía de la felicidad? Seguro que no. Aldo —como yo— apenas sobrevive. ¿Y cómo vamos a sobrevivir? Apenas somos un recipiente que contiene vida, pero esa vida se ha secado porque no conservamos la razón del riesgo: nos conformamos, y así vamos sobreviviendo. Siempre pensé que sobrevivir es cosa de animales: comer, dormir, procrear. Vivir era otra cosa, más creativa y, justamente, viva. Pero no hay vitalidad ni creatividad en lo que hacemos y somos. Él no quiere a su mujer y se conforma con pegarle los tarros; no resiste a Eloísa, pero le ríe las gracias; no tantas cosas, pero las acepta. Y yo, ¿por fin qué quiero yo? Creo que apenas ser yo mismo, y no me atrevo. Me he pasado todos estos años traicionándome para tener lo que tengo, que no es lo que debería ni querría tener. Creo que un día…» (Y se interrumpe el manuscrito.)

Análisis subjetivo de un suicidio pendular y esbozo de una carta posible que nunca se escribió

Nunca se sabrá, con la necesaria objetividad, qué pensaba Raimundo Manzanero la tarde del 21 de octubre, cuando —al menos oficialmente— decidió buscar una escalera de tijeras de por lo menos tres metros[1] para pasar, por el mínimo espacio que existía entre la viga de acero y la placa de hormigón, la cuerda engrasada de la que colgaría a partir de las 4:23. Tal vez Raimundo no pensó que aquella era una de las tardes más hermosas del año: había sol, el cielo estaba limpio, y, sin embargo, una brisa decididamente otoñal refrescaba la ciudad y anunciaba una noche delicada y apacible. Quizás sí pensó que apenas con dos sacos de cemento —siempre se pueden resolver dos sacos de cemento— se podía arreglar ese desconchado en el altísimo puntal del techo de aquella casa —su casa— construida en 1938 por unos dueños desconocidos y desamorados, que la abandonaron para siempre en 1961, cuando pusieron proa a Miami. A lo mejor hasta pensó que para muchos él era un hombre afortunado: tenía casa, carro —particular y estatal con asignación especial de gasolina—, viajaba al extranjero, vestía y comía bien —pollo ya nunca comía, había logrado hastiarlo— y a sus cuarenta y seis años disfrutaba una esposa de veinticinco, trigueña, bien formada y fiel hasta donde sus informes y certezas le permitían asegurar. Pensó, por supuesto que lo pensó, que colgarse por el cuello duele muchísimo y que los segundos que demora la muerte en llegar son, literalmente, agónicos, y que después, balanceándose todavía, el ahorcado saca la lengua —y no parece una burla—, se mea y hasta se caga. Y no lo pensó, porque si no, lo hubiera hecho, que en su caso y en su muerte era imprescindible y disciplinado dejar una carta, o al menos un memorándum, explicando el porqué de su decisión.

Si Raimundo Manzanero hubiera escrito su última carta, tal vez

se habría granjeado la indulgencia de algunos de sus detractores. O quizás no: simplemente, ni la carta lo hubiera justificado. Pero si en definitiva se hubiese decidido por la imprescindible —tratándose de su caso— carta, es casi seguro que se la hubiese dirigido a sí mismo, pues no tenía a nadie a quien culpar ni a nadie a quien perdonar, y mucho menos a nadie a quien explicar el porqué de su determinación. Es difícil imaginar qué se hubiera escrito en esa misiva a sí mismo: aunque, tratándose de tan cercano destinatario, con pocas palabras habría bastado. Quizás sólo con una.

Pero, definitiva y comprobadamente, tal carta nunca existió y sus pensamientos de esa tarde y el motivo de su decisión quedan en el campo de la más subjetiva y anfibológica especulación. De lo que no hay lugar a dudas es de que Raimundo Manzanero, al tiempo que traicionaba todos los credos posibles al emprender aquel baile extraño y pendular, estaba tratando de reparar su más insoportable traición.

1993

Nochebuena con nieve

Fue apenas quince minutos antes de que Zoilita bajara del cielo con la misión divina de hacerse carne de mi carne y el designio espantoso de no dejar que me vuelva a emborrachar en paz en ninguno de los bares del mundo, cuando la mano mugrienta del cantinero me puso delante el quinto carta blanca doble de la noche, huérfano de hielo como los demás, pero cargado con la información siniestra que ha perseguido durante cuarenta años a los borrachos cubanos.

—Saboréalo bien, *brother*, que se acabó el ron —me dijo y agregó, creo que en son de burla—. Y feliz Navidad…

A esas alturas de mi curva etílica, ya hacía un buen rato que había llegado otra vez a la filosófica conclusión de que mi vida no era para nada la que un hombre se merece. Mi mala suerte ha sido tan persistente que estoy acostumbrado a que sólo me ocurran desgracias, y por eso la noticia de que se extinguían las reservas de ron en el único bar abierto en varios kilómetros a la redonda funcionó únicamente como una confirmación macabra de que la salación era mi estado natural. Por supuesto, llegar a tener ese tipo de ideas imbéciles es uno de los riesgos más seguros cuando alguien bebe solo, en un bar de mala muerte como La Conferencia, la noche del 24 de diciembre, mientras el olor a puerco asado se adueña de la ciudad y las calles se van despoblando de gentes, porque todos andan empeñados en celebrar en familia —y si es posible al pie de un arbolito cargado de guirnaldas, bolitas brillantes y reflejos de nieve— el advenimiento de una fiesta tan insulsa como la Navidad.

Pero nada más probar aquel malévolo trago con sabor a final, traspasé la barrera de lo admisible y me puse a pensar en las cosas que me habían sucedido a lo largo de aquel año. Y enseguida concluí, gracias a mi tino habitual, que con la mitad de ellas sobraban motivos para suicidarse tres veces, si uno tiene valor y salud para ahorcarse, envenenarse y darse un tiro en la cabeza.

Porque si hasta entonces mi vida había sido entre mediocre y anodina, cuando revisaba los últimos doce meses me agarraba una confusa sensación en el vientre que me ponía a dudar si lo que exigía mi cuerpo era vomitar o cagar.

Aunque de entrada no lo parezca, debo advertir que no soy de esos tipos a los que les gusta lamentarse por todo. Más bien me definiría como un estoico dispuesto a disfrutar de sus limitaciones y que acude al alcohol sólo en caso de estar al borde de una sobredosis de limitaciones. Es más: hagamos cuentas de lo que llevaba a cuestas para que se entienda mejor. Ser incapaz de bailar o de jugar bien a la pelota, no tener suerte con las mujeres o no estar dotado para hacer chistes simpáticos, ser miope y calvo y de contra tímido, son unos buenos ejemplos del modo insípido en que he ido pasando por esta vida. Tener una hermana lesbiana y un hermano maricón que desde niños se intercambiaban los calzoncillos y los blúmers que les vendían por la libreta de racionamiento, son otros agravantes posibles, por si alguien quisiera todavía más ejemplos. Pero a los treinta y siete años, después de convivir tanto tiempo con esas desgracias, uno llega a tomarles cierto cariño (inclusive a mis pobres hermanos) y se acostumbra a lidiar con ellas. Lo verdaderamente jodido es cuando las desgracias congénitas se juntan con otras inesperadas y primero descubres que tu mujer te pega los tarros con un negro carpetero del Hotel Nacional que todos los días gana (es un decir, pues en realidad se los roba) treinta dólares y tiene carro, casa y dinero para comprarle mierdas en las *shoppings*; una semana después, en tu trabajo (otro decir, pues nunca trabajé más de dos o tres horas a la semana) al fin se dan cuenta de que sobra gente y de que la economía del país es un desastre, pero tú eres el único al que mandan al carajo, como si con eso se equilibrara el déficit presupuestario de la nación; por si aún faltara algo, tu mejor amigo (en realidad un cabrón que siempre me buscaba para emborracharse) cae preso acusado de malversación continuada; y, para cerrar con broche de oro y no hacer interminable la lista de males citables, te sucede que una noche, desesperado por tantas desgracias, miras hacia arriba y descubres que el techo de tu casa (he ahí otro eufemismo: llamarle casa al cuartucho donde vivo desde que nací) se está hundiendo y después de mil gestiones lo único que puedes conseguir en el Poder

Popular es que lo apuntalen con cuatro palos medio podridos, y desde entonces te sientes obligado a persignarte cada noche, como si creyeras en algo, pues la única esperanza «en la actual coyuntura del país» (director municipal de la Vivienda *dixit*) es que esos palos resistan hasta que te mueras y dejen de importarte los techos de las casas…

¿Se entiende ahora por qué un hombre como yo, graduado universitario, culto y exquisito cuando se precisa serlo, bebía solo en un bar apestoso, mal nombrado La Conferencia, la noche del 24 de diciembre? Mi único deseo era pasar borracho como un perro los siete días que le quedaban a aquel año de mierda, para ver si el próximo entraba con mejor pie y, de paso, para no tener que verle la cara a tanta gente casi tan jodida como yo, que, a pesar del hambre, los apagones, las enfermedades y la miseria de ese año tremebundo, se empeñaban en despedirlo con fiestas, como si el año y ellos mismos se lo merecieran.

Creo que pensaba en el odio que le tengo a los arbolitos navideños y en el horror que le provoca a mi vesícula la carne de puerco, cuando oí aquella voz que me entró por la espalda, como un corrientazo, y que me removió hasta las uñas, aunque no me imaginara todavía hasta qué niveles llegaría aquel terremoto.

—Así mismo era como quería cogerte.

No lo pude evitar: el vaso me saltó de la mano y se hizo añicos contra el piso, llevándose al infierno mi última línea de ron. Antes de poder voltearme, miré con cara de mierda al mejor cantinero del mundo, pero él levantó los hombros restándole importancia al desastre: total, estábamos en Navidad, no quedaba más ron en La Conferencia y yo era el único sobreviviente de su menguada clientela de esa noche.

Aunque mi reacción pueda parecer exagerada, la verdad es que aquella era la última voz que esperaba oír esa Nochebuena, y por eso mi primera idea fue que me había confundido. Olvídate, José Ramón, no es ella… Pero cuando volteé un poco la cabeza, desde atrás fue entrando en mis retinas la cara sonriente, diría que divina, de Zoilita.

—¡Coño, Monchy!, tú no cambias… Eres más adicto a las cagazones que al ron.

—¿Y qué tú haces aquí?

Terminé de volverme para observar de cuerpo entero a mi excuñada. Hacía más de un año que no sabía nada de ella, y que ahora Zoilita me encontrara bebiendo solo en La Conferencia, justamente la víspera de Navidad, debía de ser más que una casualidad y bien podía tratarse de una perversa alucinación.

Debo decir que Zoilita siempre fue la perla de la familia y, desde que cumplió doce o trece años, traté de darle a entender (por medios oblicuos y poéticos, pues tampoco soy un depravado) que si me acostaba con su hermana era por necesidad, pues en verdad quien me gustaba era ella, y mil veces en mis sueños eróticos cambié a Zenaidita por Zoilita, mientras me templaba a la puta de su hermana.

Ahora Zoilita tendría unos veintidós años y estaba, sí, estaba esplendorosa. Sus proporciones al fin se habían asentado con una armonía espectacular y era la mujer rotunda que desde niña se veía venir: pelo, ojos, boca, cara, cuello, cintura, piernas: todo era perfecto, con dos tetas que se insinuaban de campeonato, unas nalgas como de hierro (lo sé porque las palpé en varios juegos playeros en la época en que fuimos cuñados), y con la promesa de un centro de gravedad que, a juzgar por lo visible —el color nigérrimo de su pelo y la abundancia de vellos en los brazos y las piernas, más el bulto que exhibía complacida cuando usaba una de sus licras ajustadas—, debía de ser un verdadero banquete para el hijo de puta que tuviera la suerte de estar comiéndoselo.

Cuando al fin pude bajarme de la banqueta, ya había olvidado mi propósito de emborracharme. Zoilita era capaz de hacerme renunciar a mis más firmes y meditadas convicciones.

—¿Y no me vas a invitar a un trago?

La cabrona seguía riéndose, como si algo le diera mucha gracia.

—Es que se acabó… —dije, con toda mi voz de imbécil, como si yo fuera el culpable de la escasez nacional de bebidas alcohólicas—. ¿Y adónde tú vas a esta hora?

—Iba a cenar a casa de mi novio…

—Así que tienes novio. ¿Y vive por aquí? —fue lo que se me ocurrió preguntar. En realidad no soy bueno haciendo preguntas, y más si estoy nervioso. Y Zoilita me ponía muy nervioso. Ella, mientras tanto, observaba el ambiente, o más bien, lo que quedaba del ambiente: unas banquetas vacías, un cantinero con cara de

sueño, una repisa con botellas llenas de agua coloreada y un cartel de compromiso, mal rotulado y mentiroso, que prometía EN 1994, HACIA NUEVAS VICTORIAS.

—Esto está del carajo… No sé cómo puedes quedarte aquí, bebiendo solo…

—Es mejor beber solo que no beber —dije, pues soy algo mejorcito dando respuestas.

—¿Y si te invito a beber conmigo?

Cuando menos hay que ser un genio para dar una buena respuesta a una pregunta así.

—¿Qué tú dices?

—Te estoy invitando a tomar un trago… Mira, tengo la llave de casa de abuela y ella se fue a pasar el Fin de Año a Las Villas, con mi tía Zeida…

—¿Y tu novio? —fue la peor pregunta de mi vida. Pero es que no podía creer lo que estaba oyendo.

Zoilita volvió a sonreír y me dijo:

—Dale, vamos… —Y con el mentón señaló el cartel que colgaba de la pared—. Hacia nuevas victorias.

Entre La Conferencia y la casa de la vieja Zoraida apenas hay siete u ocho cuadras, y las invertí en contarle a Zoilita lo jodido que había sido para mí aquel año y el odio que le tenía a las navidades y a los arbolitos y sobre todo a la nieve, forma unos fangueros terribles —aunque no la hubiera visto en mi puñetera existencia—. Ella escuchaba y se reía, y yo hablaba de todas aquellas sandeces tratando de no pensar en lo que más quería pensar.

Cuando llegamos, Zoilita soltó la furia de sus veintidós años y subió de dos en dos los escalones hasta el tercer piso, donde estaba el apartamento de abuela Zoraida. Yo tuve la inteligencia de contenerme en el ascenso, pues no quería llegar jadeando. Cuando entré, Zoilita ya había abierto el ventanal del balcón y el fresco discreto de la noche invernal cubana entraba libremente en el apartamento. Al otro lado de la calle estaban, como siempre, las viejísimas arboledas de majagua que rodean el antiguo preuniversitario donde yo había estudiado hacía unos dos mil años. En aquella época, Zenaida y yo utilizábamos el apartamento de

Zoraida para responder las preguntas de los exámenes finales que una mano misteriosa sacaba de la dirección del pre y las repartía entre los estudiantes, de manera que todo el mundo entraba a las aulas sabiendo qué responder. Aquel fraude organizado garantizaba que nuestra escuela fuera la vanguardia nacional en promoción, hasta que se armó la cagástrofe y nunca más pudimos avanzar hacia nuevas victorias, después de acostumbrarnos a vivir victoriosamente.

—Siglos que no entraba aquí… —dije mientras me sentaba en el sofá.

—Yo vengo todos los días. Imagínate, abuela me encargó que le regara las matas… Pero no me molesta, porque me encanta este lugar. Creo que lo voy a extrañar.

—¿Y por qué lo vas a extrañar?

Zoilita volvió a reír y me miró a los ojos.

—¿De verdad que todavía te gusto más que mi hermana?

El disparo a bocajarro me abrió un hueco en el pecho y me lanzó contra la pared. Aturdido, hice otra de mis preguntas:

—¿Quién te dijo eso?

Zoilita rio con más fuerzas, y puso al fin las reglas de juego.

—Oye, esto es en serio. Vamos, habla…

—Siempre me gustaste más —solté deprisa.

—¿Y te hacías pajas a costilla mía?

—Unas cuantas…, miles… —admití, tragando en seco.

—¿Y si me ves encuera te haces una paja delante de mí?

Iba en serio, ya no había duda, y sentí cómo las piernas se me ablandaban.

—Oye, Zoilita…

—¿Sí o no?

—Sí, claro que sí —dije, a punto de sufrir un infarto.

—¿Cómo te gusta más: que venga encuera o que me quite la ropa delante de ti? Y no preguntes más, coño…

—Delante de mí… ¿Cierro el balcón?

—No, déjalo así.

Zoilita ya tenía las manos sobre la cabeza, de donde extrajo una aguja para que el pelo cayera libre sobre sus hombros. Movió el cuello y su cabellera negra recobró su mejor forma. Creo que fue entonces cuando intenté explicarme lo que estaba pasando, cuando

me pregunté cómo era posible que aquella muchacha hablara como un estibador del puerto, y cuando sentí más deseos de reclamarle el ron prometido, pero fui incapaz de hablar y de pensar, porque ya Zoilita empezaba a desabotonarse el vestido, con una tranquilidad que me dio miedo. De verdad se iba a desnudar, a tres metros de mí.

—Dale, quítate tú también la ropa —me ordenó.

Torpemente, sin dejar de mirarla, empecé a desvestirme. La larga hilera de botones del vestido quedó abierta y Zoilita, ahora con más calma, lo dejó caer en el suelo. Ya para entonces yo estaba en calzoncillos y ante la peligrosa evidencia de que no me había excitado. Pero cuando Zoilita se llevó las manos a la espalda y se soltó los ajustadores y descubrió sus espléndidas tetas, sentí un calambre tan brutal como el que me había provocado su voz inesperada, y con una velocidad nada usual sentí cómo el rabo se me llenaba de sangre y luchaba por romper el calzoncillo. Con una malicia calculada, la muchacha se chupó los dedos, metió la mano dentro del blumercito negro que la separaba de la total desnudez y comenzó a acariciarse morosamente.

No sé cómo me quité el calzoncillo, y sin pensarlo más empecé a frotarme el rabo. Pero me dominaba la impaciencia por la llegada del instante en que ella se quitara el blúmer y yo viera al fin aquel diamante con el que soñé mil veces mientras Zoilita y yo vivimos en la misma casa… Ahora la mano de la muchacha había subido hasta sus senos y se los acariciaba, oprimiéndose los pezones para convertirlos en dos claveles rojos, capaces de iluminar la noche (ya advertí que puedo ser culto). Y por fin sus manos bajaron hasta el blúmer, que empezó a correr caderas abajo, dejando ante mis ojos la oscura belleza de la mujer: no era tan velludo como lo había imaginado, pero hasta mí llegó un olor a hembra que nunca había sentido con tanta intensidad. Rabo en mano, quise abalanzarme sobre ella, pero su voz me detuvo.

—Quédate ahí, hazte la paja —me exigió. Parecía ser la paja o nada, y mejor una buena paja que nada…

Por más que traté de demorar la eyaculación, me vine antes de lo deseado. Mi intención era tenerla desnuda frente a mí todo el tiempo posible; trataba de grabar en mi mente cada detalle de su cuerpo para utilizar el retrato en futuras masturbaciones. Con un

quejido, solté unos goterones de leche, mientras sentía cómo el cuerpo se me agarrotaba.

Cuando al fin volví a mirarla, Zoilita sonreía otra vez.

—¿Qué tal? —me preguntó con absoluta frialdad.

—Un desastre —admití—. No me dejaste…

—Era una pequeña venganza… —Sin poder incorporarme aún, puse una de mis mejores caras de estúpido—. Es que viéndote templar con Zenaidita yo aprendí a masturbarme. Los veía todas las noches por un hueco que hice en la pared. Los veía hacerse pajas, mamarse, singar como unos locos… Ni sé cuántas pajas me hice con ustedes…

—Pero nunca…

—¿Qué tú querías, que hubiera entrado en el cuarto yo también?

—No hubiera sido mala idea.

—Hace años que soñaba con hacerte esto… ¿Y ahora, no te gustaría metérmela?

—No jodas más, Zoilita, que me vas a volver loco…

—¿Quieres o no? —me preguntó, mientras doblaba las piernas hasta ponerse en cuclillas para que yo viera cómo su raja se abría rosada y sin fin.

Me abalancé sobre ella y la obligué a tirarse en el piso polvoriento. No sé cómo, nunca sabré cómo, pero ya tenía otra vez el rabo en posición de combate y, sin darme tiempo para acariciarla, la ensarté, sintiendo cómo avanzaba por una cavidad estrecha y húmeda, hecha a la medida de mis grandes necesidades…, no de tamaño sino de uso: hacía meses que no templaba.

—Pero ahora no te vayas a venir enseguida… y feliz Navidad —me dijo al oído, y me mordió en el cuello.

La cabrona era una atleta sexual: con absoluta maestría levantó las piernas para formar una horquilla de carne en la que quedé atrapado. Con las manos me agarró las orejas y empezó a bañarme con una lengua caliente y áspera, meticulosa, que perforaba cada orificio de mi cabeza, para luego bajar por el cuello y terminar lamiéndome las tetillas, con una capacidad de succión aterradora. Mientras, su pelvis no dejaba de balancearse sobre mi rabo, con un movimiento lento y eficaz, que me hizo dudar de la posibilidad de acompañarla hasta el orgasmo. Si seguía así, iba a venirme,

irremediablemente —tampoco sé de dónde podía salirme tanta leche, con el hambre que yo pasaba—, y no quería hacerlo, más por ella que por mí. Entonces decidí pensar en algo ajeno al sexo, lo más alejado a lo que vivía en ese instante magnífico, y se me ocurrió la chapucera idea de que estaba viendo nevar: pensé con tanta fuerza en eso que logré ver cómo la nieve caía más allá del balcón, flotaba sobre el aire y comenzaba a cubrir las copas de las majaguas del pre, dándoles el aspecto de gigantescos arbolitos de Navidad, donde los copos brillaban con una blancura deslumbrante. Tanto me metí en aquella imagen absurda que me olvidé del dolor que sentía en las rodillas y hasta sentí frío, mientras el cielo nocturno se aclaraba, como en la aurora boreal…

—Ponte pa'esto —me sacó ella de la nieve y me tiró otra vez contra su cuerpo hirviente al tiempo que ella bajaba las piernas y apoyaba los pies en el piso para dejar que su pelvis brincara ahora con un ritmo espasmódico, incontrolado, definitivo, capaz de endurecer como nunca mi pobre rabo y hacérmelo sentir enorme dentro de su cavidad preciosa.

—¿Te vas a venir? —le pregunté con mi habitual habilidad, y ella me mordió una oreja, me soltó la lengua dentro y al fin susurró:

—Cógeme el culo, como le hacías a la puta de mi hermana.

Sin darme opción, liberó mi verga y, con su atlética agilidad, puso ante mí sus nalgas de hierro que, amplificadas por la posición, parecían dos montañas inexpugnables, separadas por una garganta profunda por la que corría, allá en el fondo, un río joven y turbulento.

—Dale suave, que por ahí soy señorita —me advirtió, mientras con la mano, metida por debajo de su cuerpo, trasladaba jugos hacia el aro oscuro del ano para facilitarme la penetración.

Tomé puntería y la ensarté de un solo golpe, casi brutal, pues por primera vez en toda la noche sentí que tenía la opción de decidir algo. La aferré por la cintura y la clavé hasta el fondo, mientras ella lanzaba un breve suspiro, no sé si de complacencia o de dolor.

—Así, dame duro —me pidió, como si quisiera recordarme que seguía siendo ella quien gobernaba.

Zoilita se arqueó, con la cabeza apoyada en el suelo, y abrió un poco más las nalgas para que la penetración tocase sus últimas

profundidades. Con la mano derecha empezó a frotarse el clítoris, al tiempo que respiraba con avidez.

—Dime, ¿qué culo te gusta más, el mío o el de mi hermana?

Se ha dicho en muchos bares de La Habana que comparar culos es odioso, pero cuando se está clavando uno como el de Zoilita, eso sería ya un supremo disparate.

—El tuyo, maricona —dije con toda sinceridad, y la atraje con más fuerza, sabiendo que en unas pocas sacudidas me derramaría dentro de ella, y se lo advertí—. Me vengo, coño…

—Suéltala, báñame, lléname de leche, que se me salga por los ojos, suelta tu leche, singao… —pidió con una voz conminatoria, esa voz que, todavía hoy, cuando creo que no volveré a verla jamás, me suena en la cabeza como una explosión: «Suelta tu leche, singao», y hasta se me quitan las ganas de pedir otro trago.

Voy a lamentar por el resto de mi vida no haberle preguntado a Zoilita si fue viéndonos a mí y a su hermana donde aprendió con tanta maestría el ejercicio del sexo. Pero como esa, fueron miles las preguntas que se quedaron por hacer: ¿y de dónde sacó ese lenguaje soez de puta empedernida? ¿Cómo era posible que, con su experiencia, hubiera conservado intacto el culo? Y lo más importante de todo: ¿cuándo volveríamos a vernos?

Debo confesar ahora que ni siquiera a los dieciséis años fui un hombre de más de dos palos por noche. Esos dos los echaba bien, seamos justos, pero ni la reina de Saba —es un decir— hubiera logrado que eyaculara cuatro veces en menos de dos horas. Pero ya lo dije: Zoilita hacía milagros… y uno de ellos fue ponerme a producir más leche que *Ubre Blanca*, la vaca con monumento a la gloria productiva.

Del suelo nos fuimos a la ducha a limpiarnos del polvo y la leche, y aquella loca me obligó a hacer otra de las cosas que jamás hago: bañarme con agua fría. Cuando iba a protestar, se arrodilló y me dijo:

—Esto es servicio completo.

Y se metió en la boca mi pobre y disminuida pinguilla, que, al contacto con su lengua, sintió la gloria de la resurrección. Si con su cuerpo, Zoilita era capaz de lograr las acrobacias más inesperadas,

con su boca podía sacarle leche a un semáforo. La combinación mortífera de labios, lengua, dientes, paladar y garganta que aplicaba sobre los testículos y el rabo, sumado a las caricias de sus manos en mi espalda, que recorrían el surco de las nalgas hasta más allá del ano, me hicieron sentir el hombre más potente del mundo, y el más afortunado por haber recibido en Navidad el regalo de aquella mujer increíble, ahora arrodillada a mis pies.

—Voy a darte lo que más te gusta —me advirtió sin dejar de mamar. Y metió las manos entre mis nalgas y arteramente me clavó un dedo en el culo.

Como hombre que tiene una primera relación con una mujer apenas conocida —sexualmente, quiero decir—, estuve a punto de protestar, pero recordé enseguida que Zoilita sabía de memoria todas mis debilidades y rincones eróticos. Y me relajé, sintiendo cómo mi pinga se multiplicaba en su boca mientras su dedo bailaba la danza del taladro en mi agradecido culo y mi jubilosa próstata, al tiempo que mis ojos disfrutaban del espectáculo de ver a aquella ninfa divina dispensándome aquel placer que nunca antes había sentido con tanta intensidad.

—Por tu madre, Zoilita —susurré, a punto de desmayarme, y la muchacha insistió un par de veces más sobre la cabeza del rabo, enrojecida e inflamada, para luego recorrerlo lentamente con su mano y provocar la inevitable eyaculación, que fue a caer sobre sus ojos, su nariz, sus labios, de donde la lengua devoradora tomó una gota de semen para saborearla y deglutirla.

En aquel momento desapareció la necesidad de preguntarle cómo había sucedido todo aquello. El agua —que ya no sentía fría — terminó de limpiarnos, cuando recibí una nueva orden.

—Ahora vamos para la cama, a singar como Dios manda…

Pensé decirle que dudaba poder complacerla, que ya había igualado mi récord, establecido a los dieciséis años, pero, sin darme tiempo siquiera a que me secara, Zoilita me condujo al cuarto y encendió las luces. La cama era la más grande que recuerdo haber visto en mi vida, aunque a esas alturas ya dudo de mis percepciones y recuerdos. De lo que sí estoy seguro es de que Zoilita abrió la puerta de un escaparate y me mostró el espejo que nos duplicaría. Al fin se echó sobre la cama, abrió las piernas y exigió:

—Dame una buena mamada.

La analogía entre un mamey al que se le ha sacado una tajada y el bollo abierto de una mujer me pareció más justa que nunca: los labios vaginales de Zoilita eran la pulpa roja de la fruta, y la profundidad de su vagina, la semilla oscura de donde nace la vida; la cáscara del mamey la formaban los pendejos brillantes que rodeaban aquella maravilla de la naturaleza.

Si en algo soy bueno, en cuestiones de sexo, es como mamador. Y esa noche me lucí. La mamada que apliqué al bollo de Zoilita, con insistencia en el clítoris, fue minuciosa y esmerada, diría que profesional, y el premio fue ver cómo sus pezones se arrugaban, y se cerraba el botón del clavel, mientras comenzaba a sentir los espasmos que le bajaban del abdomen y los ruidos de su respiración. El orgasmo, como un huracán, atraía nubes de deseo en el interior de su cuerpo, hasta liberarse y arrasar con todo, en medio de un lamento:

—Ay, cojones, me vas a matar…

El milagro de la noche se produjo en ese instante: sentí que mi rabo estaba dispuesto por cuarta vez. Para no darle oportunidad de arrepentirse, abrí de bandas a Zoilita y fui a clavarme dentro de ella, sintiendo a mi pinga penetrar en una piscina viscosa de la que nunca jamás hubiera querido salir…

Solamente a la altura del sexto o el séptimo trago doble de carta blanca empiezo a sentir el alivio previo a la borrachera que al fin me bendice un par de tragos después. Antes es casi un martirio, porque todo mi cuerpo está atento para voltearse en el instante de oír la voz que más deseo oír.

Aquella Nochebuena (jamás se ha empleado mejor el calificativo) terminó como debía: con un final típico de cuento de hadas. Zoilita vio en un reloj que faltaban treinta y cinco minutos para las doce y recordó, en el mejor estilo Cenicienta, que debía estar a medianoche en la casa de su novio. Se vistió deprisa, se recogió el pelo y se pasó un creyón por los labios antes de decirme:

—Quédate hasta que quieras. Cuando salgas, cierra y mete la llave por debajo de la puerta.

Zoilita se inclinó y me besó tiernamente, como a un viejo amante. Y yo la dejé irse sin pronunciar palabra. Ya había

aprendido que nada que dijera serviría para hacerle cambiar de idea, y que si había decidido irse, era porque se iba.

Quizás dormí tres o cuatro horas, pues cuando me desperté aún no había amanecido. Sin éxito registré la casa en busca de un poco de alcohol digerible, y al fin salí y deslicé la llave debajo de la puerta. Por supuesto, me sentía horriblemente extraño, con una mezcla maligna de satisfacción e insatisfacción que se fue desequilibrando hacia la ansiedad por volver a encontrarme con Zoilita.

Cuando bajé a la calle caía una ligera llovizna. El tiempo había cambiado rápidamente y sentí el abrazo del frío. Y, aunque parezca extraño, estoy casi seguro de haber visto unas manchas blancas sobre las majaguas del pre. Son alucinaciones, me obligué a pensar, pues no iba a creer en ese tipo de milagros baratos. Con la duda de si era o no era nieve navideña lo que cubría las majaguas, fui caminando hasta mi casa —recuerden el eufemismo—, desayuné con un trago de ron que exprimí del fondo de una botella, y descansé con la paz de los justos, de los trabajadores con sobrecumplimiento del plan.

Por la tarde de ese día, en plena Navidad, hice mi primera guardia frente a la casa de Zoraida. Aunque hacía frío, ya no llovía, y resistí hasta las nueve de la noche antes de pedir asilo en La Conferencia. Luego, durante seis días consecutivos, me pasé desde las nueve de la mañana hasta las diez de la noche sentado en la escalinata del pre, con la vista fija en la entrada del edificio, sin beber un trago y con la esperanza todavía viva de ver a Zoilita, que volvía con la intención de regar las matas de su abuela.

Apenas tres horas antes de acabarse aquel año entre terrible y divino, obtuve una respuesta a la ausencia de Zoilita. Por la acera en penumbras vi avanzar una silueta conocida que al fin pude identificar: era Zenaidita, mi ex, la puta que ya sabemos lo que hizo y hacia la cual me precipité como un loco preguntándole dónde estaba Zoilita. Cuando se recuperó de la sorpresa, Zenaida me soltó, con su habitual tono destructivo:

—Coño, Monchy, pareces un perro flaco con sarna…

—Pero ¿dónde carajo está metida tu hermana? —le grité, desesperado pero sin ira, y entonces recibí mi regalo de Fin de Año.

—Está en Miami, se fue la madrugada del veinticinco en una

lancha que vino a buscar a la familia del novio. Ya hablamos dos veces con ella y dice que está bien y que Miami es precioso y que…

Por supuesto que no oí el resto. Al carajo la belleza de Miami. A la mierda todo si el precio era no volver a ver a Zoilita. Caminé sin rumbo, mas ya se sabe que todos los caminos conducen a La Conferencia y esa noche, por ser Fin de Año, en lugar de botellas de agua coloreada había abundantes cantidades de ron, que empecé a beber sin medida ni clemencia hasta que sentí como si alguien me quitara la banqueta donde estaba sentado y caí al suelo, entre colillas y salivazos, al lado de otro perro flaco y sarnoso…

¿Entienden ahora por qué vengo todas las noches a beber a La Conferencia y vivo en la zozobra absoluta hasta que entro en el delirio alcohólico? Aquí espero la epifanía de la reaparición de Zoilita. Quizás Zenaida me haya engañado, la muy puta, y su hermana ande todavía por ahí, y tal vez venga a buscarme al lugar donde sabe que siempre me encontrará.

En estos días, varias veces, he oído detrás de mí la voz de Zoilita. Pero debe de haber sido un ángel, porque me he volteado con toda la velocidad que mi cuerpo y el ron me permiten, y sólo he visto allí su recuerdo sonriente.

Pero tal vez hoy sea el día: es 6 de enero, día de los Reyes y, aunque en Cuba no se celebra esa fecha desde hace como treinta años, todo el mundo sabe que es ocasión de regalos y sorpresas. Por eso estoy bebiendo lentamente, no quiero emborracharme ni perder la conciencia: lo que quiero es que Zoilita venga, coño, y me regale otra Nochebuena. Y si no viene, yo voy a buscarla: hoy conseguí madera y un poco de tela, y mañana mismo empiezo a preparar una vela y una balsa. Con lo jodido que estoy aquí y las ganas que tengo de ver a Zoilita, creo que soy capaz de cruzar a nado el estrecho de la Florida y hasta de fajarme a mordidas con los tiburones. Por mi madre que sí. Coño, se me acabó el trago.

1999

El cazador

El polvo compacto es un alivio sobre las mejillas. Su olor tan cremoso y tan seguro domina un instante el olfato y casi olvida que la mota debe frotar suavemente, aquí, esta sombra de mala noche debajo de los ojos y tupir las insalvables huellas de acné juvenil de una juventud que ya pasó. Algo tibiamente fantasmal queda en su rostro cuando lo estudia en el espejo. El lápiz de cejas, apenas un mochito, es difícil de manejar en su pequeñez. Moja con saliva el creyón negro y áspero y sólo entonces empieza a pasear el lápiz sobre el párpado izquierdo que se tensa marcando la redondez del ojo, achinándolo con cierta gracia. Y el ojo derecho, que bizqueaba de envidia. Ahora tupe las cejas, el lápiz pasa una y otra vez, creando un ángulo leve pero provocador, que apunta hacia la frente en un asombro sostenido. La música llega tenue desde la sala, pero mientras se pinta el rostro, en su mente entona cada canción de aquel fabuloso recital de Simon & Garfunkel en el Central Park. El ventilador chino gira a toda velocidad, le mueve la bata, pero nada le molesta tanto como que una gota de sudor inesperada y furtiva le marque sin piedad el maquillaje que se esmera en perfeccionar. La sombra azul cielo cubre ahora los párpados —adora el azul, siempre ha sido su color—, que se mueven rápidamente, deslumbrando a los ojos que miran la imagen de esos mismos ojos en el óvalo del espejo. El rouge empieza a dibujar los labios de escarlata encendida, pero se detiene. Con delicadeza marca también la zona más alta de los pómulos y es como si se hubiera ruborizado. Entonces regresa a la boca, la trabaja con esmero y guarda el creyón en el estuche. Con un gesto preciso y natural une los labios, besa uno contra el otro, y al devolverlos a su posición, la boca es una rosa roja, abierta, perfumada, cálida. Con los dedos finos y bien cuidados se alborota el pelo recién lavado, que cae blandamente, como al descuido, sobre la frente. Es cuando su mente deja de cantar *Mistress Robinson*: ahora sólo tiene ojos y entendimiento para admirarse en el espejo:

los párpados delineados y cubiertos por una nube azul; las mejillas tersas y levemente inflamadas; la boca encarnada y madura. Siente, goza, disfruta la hermosura de su rostro, la realidad tangible de su belleza conquistada, los deseos de agradar a los hombres y sentir el amor, el calor masculino y unos labios ásperos como los de Anselmo que del primer beso se coman la pintura.

Antes de empezar a llorar humedece una mota de algodón en la crema y comienza a borrar la obra en la que invirtió veinte minutos de habilidades aprendidas y deseos reprimidos y, mientras recupera el original de sus ojos, sus labios, sus mejillas, se pregunta por qué la vida le dio lo que no quería.

Afuera la noche es una eterna promesa. Adora estas noches de abril, claras y frescas, buenas para caminar por La Habana. Mientras se pone el pantalón, se ajusta el cinto, acomoda las llaves y el dinero en los bolsillos, piensa adónde irá. Decidir es siempre difícil, y más ahora, no sabe por qué, presiente que puede ser un día especial y teme que una mala selección frustre un encuentro quizás preparado por los astros y el destino. En realidad, todas las noches en que no siente esa terrible depresión, piensa que algo va a suceder, y lo peor, después, es la soledad de una cama sin compartir cuando regresa sin nada. Termina de vestirse, le gusta esta camisa por dentro del pantalón, y va a la pequeña cocina del apartamento. Del refrigerador saca un litro de leche y vierte una porción en el pozuelo de su gato, dónde estará metido ese bandolero, se pregunta. Con un paño borra la huella húmeda que dejó el litro sobre la meseta y la cocina vuelve a quedar inmaculada, como le gusta.

¿El Vedado o La Habana?, duda. Si es el destino, el destino sabe. Antes de salir se mira por última vez en el espejo y se deja caer en el cuello unas gotas de perfume. Sale a la calle y camina lentamente hacia la parada de la guagua. Ahora los nervios empiezan a trabajar, pues su futuro depende de la primera guagua que mande el destino, con rumbo a El Vedado o la parte vieja de La Habana. Si le dan a escoger prefiere el ambiente de El Vedado, le trae recuerdos agradables y nostalgias incisivas, allí ha encontrado gentes fabulosas, aunque, la verdad, la calle ha cambiado mucho y entre tantas locas es difícil encontrar algo de clase. De La Habana

Vieja le molestan los deprimentes que merodean por el Capitolio y la Fraternidad, con su agresividad desesperada y su insultante vulgaridad. Seis minutos después el destino le envía una guagua casi vacía —como están las guaguas tiene que ser el destino— cuyo recorrido muere en El Prado, el mayor coto de caza de La Habana.

La noche fue hecha para cazar —y la ciudad es la selva por donde se pasean las presas—. Cualquiera puede ser atacado, pero no todos caen en las redes. Hay que tener olfato y saber dirigir los disparos, evitar los fracasos escandalosos, los posibles barullos que no ayudan a nadie. Con Ever, el amigo que lo inició en los encantos más sofisticados del amor y en los misterios de la cacería, había aprendido estas lecciones. Pero Ever tenía una gracia especial que a él le faltaba y que ya, estaba seguro, no iba a tener jamás.

Las luces amarillentas de El Prado, el ruido intenso del tráfico, las persecuciones desenfrenadas de los jinetes en busca de un extranjero y un dólar, le quitan todo el encanto que tuvo este lugar, ahora trabajado sólo por los desesperados que aceptan cualquier cosa y se arriesgan a sufrir las peores consecuencias a manos de un buscavidas profesional.

Sin embargo, camina lentamente hacia el Parque Central, valorando cada mirada, pesando los adarmes de cada gesto, estudiando al microscopio toda posibilidad. Está eufórico, todavía, apenas ha sonado el cañonazo de las nueve y quedan muchas horas por delante y los buenos ligues se hacen alrededor de las once. Mientras camina y trabaja con su olfato, imagina cómo podría ser todo. Se siente cansado de esas relaciones efímeras, muchas veces traumáticas, que terminan en el desencanto o en el abandono prematuro. Sus amigos habituales, con sus tazas de té perfumado, sus tandas de música clásica y los mismos chismes y nostalgias de siempre, nunca han conseguido satisfacerlo del todo. Necesita encontrar otra vez a un hombre como Anselmo, un varón de pies a cabeza, capaz de comprender también por qué uno se puede enamorar de él y capaz, por eso mismo, de dar su amor. Los meses irrepetibles que vivió con Anselmo lo han marcado para siempre y todavía, tres años después del final, siente cómo su corazón palpita desenfrenado y su piel se enfría cuando ve un rostro trigueño, un

bigote coposo, unos ojos de animal triste que le evocan a la persona que más ha amado en su vida. No, no quisiera recordar jamás los días terribles que siguieron a la separación, le dijo que había conocido a una mujer, creía estar enamorado de ella y él supo que regresaba la soledad a su cama, que terminaban las noches de amor limpio y desenfrenado, los atardeceres inolvidables en los rincones más discretos de la playa, cuando jugaban desnudos en el mar, hasta sentir en el frío del agua, el fluido tibio de Anselmo cayendo en sus manos y disolviéndose en una ola, tan infecunda como él mismo. Coño, cómo lo había querido, cómo se había deprimido con la separación y las estupideces que, para aturdirse, hizo con las locas depravadas del Coppelia, inconsistentes y vagabundas, gozadoras desenfrenadas que preferían el azar de un baño público, el riesgo de una escalera oscura, los sobresaltos de un matorral agresivo a la plenitud de una cama limpia y bien empleada y, al amanecer, un desayuno compartido y un beso profundo y con sabor a hombre y a café antes de salir para el trabajo.

Pero es demasiado temprano para El Prado, piensa cuando se le acaba el Paseo. Más tarde regresará, tal vez lo ayude la suerte, tan celosa con los capricornios como él, se dice. Atraviesa Neptuno y entra en el Parque Central, tratando de encontrar un banco desocupado. En la acera de enfrente hay dos colas: una para la pizzería y otra de taxis para turistas, y no ve a nadie que le pueda interesar. En el paseo principal del parque hay un asiento vacío y se apresura a ocuparlo. Es una linda noche, la verdad, y él está dispuesto a esperar, a mirar, a estudiar.

En una esquina del parque un grupo de hombres, más de veinte, están discutiendo de pelota. Todos hablan a la vez y hasta él apenas llegan unos gritos que se imponen a la sólida algarabía. La entrada del teatro, al otro lado de la calle, ahora está vacía. A las ocho y media comenzó la función del ballet y se imagina la euforia de las balletómanas —no las resisto—, que han venido a ver a Josefina y Aurora, tan deseosas de sentirse como ellas, esbeltas, lánguidas, aplaudidas. Seguramente se han puesto sus mejores trapos y emocionadas se agarran las manos sudorosas con cada maniobra admirable de sus diosas del baile, para luego gritar maricona e

irreverentemente, con un insoportable despliegue de plumas lanzadas al aire… Lo dicho, no las resisto.

Si no fuera tan tímido. Va a cumplir treinta y dos años y puede contar con los dedos de las dos manos las relaciones indelebles que ha tenido. Le alcanzan los dedos, en realidad, pues nunca ha querido contar las locuras que cometió después que Anselmo lo dejó. Lo que sí sería incalculable es la cantidad de amores platónicos vividos y que su timidez le ha impedido, por lo menos, tratar de comenzar. En su trabajo ha amado hasta llorar a tres compañeros, pero ellos, de seguro, jamás lo han podido imaginar. El peor de los enamoramientos fue con Wilfredo, el jefe de divulgación. Nunca supo qué le encontró a aquel flaco pálido y obsesivo, todavía con mirada de campesino y aquellas ropas tan ridículas que se usaron por última vez en 1970. Tal vez su desvalimiento y su languidez fueron el origen de aquel amor nunca concretado, estaba convencido, por su insalvable timidez. Wilfredo, con dos invitaciones a comer de sus espaguetis a la carbonara y un par de funciones de teatro hubiera sido cazado, pero es que con un compañero de trabajo no podía, y no sabía por qué. Ni en el fondo ni en la superficie le importaba que los demás supieran la verdad, algunos incluso la sabían bien, mas un atavismo remoto de que hay cosas que se respetan, unido al temor a posibles represalias laborales, lo habían convertido en un cazador furtivo y callejero, que sólo por las noches salía a la ciudad pensando que en algún parque, en algún cine, tal vez hasta en alguna guagua, aparecería el hombre de sus sueños —que tanto se parecería a Anselmo.

Si no fuera tan tímido, lo sabía, algún día saldría a la calle con su mejor maquillaje, gritaría lo que quería sentir, sería hermosa y más loca que la loca más loca… Pero es que no las resisto.

Por el paseo central del parque caminan parejas, mujeres solas, hombres solos y los jinetes más osados, dispuestos a todo por los ansiados y mágicos dólares capaces de convertirse en brillantes zapatillas Adidas, en Levi Strauss indestructibles, en camisetas Ocean Atlantic de mil colorines y hasta en botellas de *whisky* para

los de gustos más exóticos. Caminan ancianos y policías, vendedores de periódicos retrasados y estudiantes todavía de uniforme. Alguno podía ser el que él esperaba, y para todos los posibles había una mirada discreta y, cuando el presentimiento arreciaba, tal vez hasta un movimiento casi imperceptible con la cabeza.

No había sucedido nada, pero tampoco era para impacientarse. Decidió caminar por el cine Payret, pues las presas —bien lo repetía Ever— hay que buscarlas, como todo en esta vida. La marquesina iluminada del cine anunciaba que la película de estreno tendría función también a las doce de la noche. Eran más de las diez y alrededor del cine algunos noctámbulos esperaban sin prisa la tanda de medianoche. Eliminó a los que estaban acompañados por mujeres, a los que eran muy viejos o a los que tenían mal aspecto. A los demás los valoró uno por uno y, como distraídamente, caminó entre ellos, los miró, le pidió fósforos a uno, cómo estaba la película al otro, la hora a aquel, pues su reloj estaba atrasado. Y el mío también, se lamentó el joven.

Tendría unos veintiocho años y vestía con discreción. Llevaba una carpeta debajo del brazo, tenía los ojos verdes y una claridad en la frente que auguraba una pronta calvicie. Sintió que su corazón latía con más fuerza, pero se dijo que no, que las cosas nunca se repiten. Aquel joven se parecía demasiado a Juan Carlos, lo había encontrado donde mismo encontró a Juan Carlos y le había preguntado lo mismo que a Juan Carlos. Sabía que no podía tener tanta suerte dos veces: Juan Carlos había sido, antes que Anselmo, su relación más intensa y vital. Apenas tenía veintiún años cuando lo conoció y tuvo el privilegio de ser su maestro en el amor, como antes él mismo había sido alumno de Ever. Pero Juan Carlos se malogró: conoció a otros amigos y se convirtió en una loca furiosa, de las que andan en pandillas, y la pureza original de la relación se perdió para siempre, como la inocencia.

Miró la carpeta del joven y le preguntó si había salido ahora de la escuela. «La de idiomas», respondió, «ahí en la Manzana de Gómez». «¿Inglés?» «No», sonrió el joven, «alemán, soy bioquímico y hay mucha bibliografía en alemán». «Pero ¿te gusta ese idioma?» «Gustarme es otra cosa, pero tengo que metérmelo en la cabeza, ya tú sabes cómo es eso». «¿Y por qué vienes a ver la película tan tarde?» «Qué remedio, trabajo por el día, y por la noche la escuela,

y los fines de semana uno siempre se complica». «Dios mío, qué rollo», dijo él y le ofreció un cigarro. «Gracias, no fumo». El corazón le palpitaba sin contemplación, Juan Carlos tampoco fumaba y las películas eran lo que más le gustaba en el mundo. Como aquel Juan Carlos que conoció, este era un joven hermoso, normal, tan tímido como él y con unos ojos verdes que derretían cuando miraban de frente. Lo imaginó en su apartamento, pidiéndole oír tal casete, aprobando el sabor de los buñuelos —ya nadie sabe hacer estos buñuelos—, dejándose caer, cansado, en el sofá, y luego conversar y conversar, Maria Bethania cantando *Mel*, proponerle quédate hoy, la mano tranquila sobre un muslo, mira qué tarde es y las guaguas… ¿Se acostaría con él? ¿Aquel muchacho con aquellos ojos verdes y esa timidez visible lo besaría, lo acariciaría, lo abrazaría casi hasta asfixiarlo y finalmente lo montaría, haciéndolo gozar la dureza ajena clavada en las entrañas?

«Disculpa», dijo entonces el joven, «pero tengo que llamar por teléfono. Mi esposa debía estar aquí a las diez». «No te preocupes», dijo, y casi sintió deseos de golpearlo.

Regresó al Parque Central y el panorama era el mismo, aunque la discusión sobre pelota había terminado, dejando espacio al ruido de los carros. Iban a ser las once y había más bancos vacíos, pero ya no quería sentarse. Estaba furioso y hastiado y se negaba a pasar otra noche en soledad. Entró en El Prado y apenas encontró a los jinetes empecinados que perseguían a unos italianos y algunas parejas que se besaban sin recato, para matarlo de envidia.

La última vez que vio a Anselmo lo acompañaba su esposa y él cargaba un niño de un año y meses. Bajaban por la calle G y desde la 23, a más de una cuadra, los vio y los reconoció. No sintió los habituales rugidos de su corazón, ni el frío en la piel: esta vez sí era Anselmo y pensó que aquella estampa familiar era tan fuerte que podía desmayarse allí mismo. No podía hablar, no tenía fuerzas para moverse, él se había afeitado el bigote y ella era más rubia de lo que pensaba, con caderas anchas y una cara que se hacía más hermosa mientras se acercaban a él. Su mente era un ciclón de envidias, amores, recuerdos, nostalgias, odios reverdecidos de persona abandonada. Al fin pudo dar media vuelta y se fue, antes

de que Anselmo lo viera.

Regresó por la Acera del Louvre. La pizzería estaba cerrada pero la cola de taxis se mantenía eficiente y servicial. El teatro había terminado su función y apenas un grupito de locas balletómanas comentaban el espectáculo en el soportal, matizando el diálogo con algunos griticos, paraditas en puntas y algún *fouetté* lastimoso. Otra vez sintió deseos de golpear, tan mariconísimas, de hacerles daño y humillarlos y cruzó la calle hacia el Parque Central.

No se detuvo a mirar hacia los bancos. Cruzó también Zulueta y entró en los soportales prohibidos del Centro Asturiano. El hedor de orines secos y acumulados por los años de los años lo golpeó en la nariz, pero resistió el embate hasta salir al Floridita. Cerrado por reparaciones. Dobló a la derecha, saltando sobre charcos de orines más recientes, y cuando volvió a doblar a la derecha, encontró en la oscuridad, y contra una columna, a un negrazo enorme, con las piernas flexionadas para ponerse a la altura de la muchacha crucificada que reprimía sus aullidos de placer —¿o de dolor?

No quiso pasar otra vez por el Payret. Se sentía vacío y a la vez cargado de odio, lujuria, desesperación. No resistía más aquella soledad que cobraba semanas y meses, le dolía saber que había gentes felices y casi quiso ser como las locas y gritar que necesitaba un hombre, un hombre, un hombre, Dios mío.

No quería hacerlo pero caminó hacia el fondo del Capitolio y se acomodó en una breve escalinata, dispuesto a esperar, a cazar. Eran más de las doce y a esa hora siempre había una presa, pero de menor valía. No cazaría un Anselmo, un Juan Carlos, un Ever, ni siquiera un inconstante egocentrista como el Niño Antonio. Pasaron dos parejas, un militar, tres muchachas con aspecto de puticas baratas, que lo miraron, proponiéndose. Pasaron dos jóvenes, uno blanco y otro negro, que se arrinconaron en una curva del viejo edificio a fumar un cigarro demasiado breve, demasiado apurado, oloroso a hierba húmeda y fatal. Hasta que lo vio venir. Era ese: tendría dieciocho años, era lampiño y mientras caminaba se acariciaba el pecho. Como este había muchos, aunque era extraño que anduviese solo, esos eran animales de manadas. «Tal vez un abandonado como yo», pensó. Y como pensó se dijo que no quería

llamarlo, no quería volver a los sobresaltos de las escaleras y los edificios en demolición, no tenía nada que ver con ese niño pervertido y petulante que exhibía como un blasón su homosexualismo precoz.

Tampoco podía seguir solo, cazando sin fortuna cada noche, oliendo a masturbaciones y a saliva, esperando el milagro del amor. Necesitaba entregarse, o que se le entregaran.

—Oye, hazme el favor, mi niño —le dijo.

Cerró la puerta y pasó los pestillos. Sobre el sofá de la sala dejó la camisa y se quitó los zapatos sin desatar los cordones. Fue hasta el baño y antes de lavarse las manos adoloridas, se miró en el espejo. Sus ojeras de siempre habían crecido, eran dos bulbos oscuros a punto de desprenderse. Trató de escupir el sabor amargo que le dolía en la boca y el vómito lo sorprendió. Fue una arcada total, que lo abrazó desde el abdomen y le abrió los labios. Cuando terminó, sus ojeras eran mayores. Odió su imagen ante el espejo y odió sus manos, que inesperadamente habían empezado a golpear a aquel muchacho que se le había ofrecido con todo su impudor. Fue un impulso involuntario y lógico, como la arcada del vómito, algo que vino sin más y ya no lo pudo detener. El joven, sin un grito, apenas cubriéndose la cara, quedó como un feto abortado debajo de aquella escalera húmeda donde habían hecho el amor.

Se desnudó y se sentó en la taza. Mientras orinaba empezó a llorar, casi sin lágrimas, pero con unos estertores dañinos y profundos. No se reconocía, no sabía quién era ni qué cosas hacía y no quería entrar en el cuarto y ver la cama vacía donde debía dormir solo otra vez y otra vez y otra vez. Entonces pensó que debía acabar con todo.

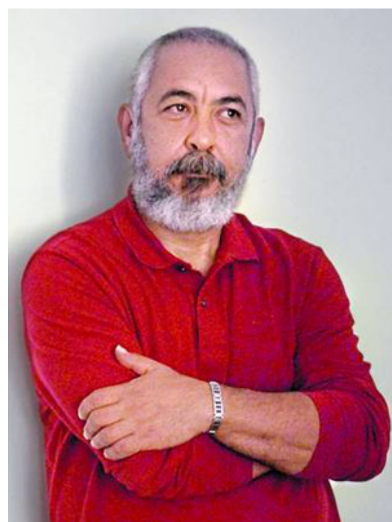
Hacía mucho tiempo lo asaltaban aquellos impulsos suicidas: venían cuando se sentía enfermo y temía agonizar en soledad; cuando se sentía bien y quería compartir su euforia y no tenía con quién; cuando salía a cazar y regresaba con el morral vacío. Sabía que de tanto desearlo un día lo haría y pensó que esta madrugada debía ser ese día.

Desnudo caminó hacia la cocina, arrastrando toda su fetidez. Buscó en una gaveta el cuchillo más afilado y vio que el pozuelo de

leche estaba intacto. «Dónde se habrá metido», pensó y se asomó a la ventana, tratando de encontrar algún rastro de su gato, con lo que le gusta la leche. «Ese anda por ahí enamorado», se dijo, «cazando», se dijo, y miró el cuchillo con el que iba a cercenarse las venas. Va a ser el alivio total: se acabará el recuerdo de Anselmo, la timidez, las cacerías con y sin fortuna, y sobre todo la soledad y una doble vida que agotaba sus fuerzas y hasta sus alegrías.

Sentado en el borde de la cama —vacía, vacía—, estudió sus brazos. Cerró los puños y vio flotar levemente sus venas azules —su color preferido—. La sangre saldría en chorros indetenibles, mancharía la cama y las paredes, el suelo y el techo, quedaría todo hecho un asco. Pensó que tal vez Anselmo nunca se enteraría de su muerte, que su padre hasta se alegraría de no tener ya este hijo, que no tenía nadie a quien escribir una carta de despedida, y mientras el llanto lo aliviaba y los estertores cedían, pensó que todo era obra del destino. Amanecería allí, con las moscas paseando por sus labios sucios y sus ojos asombrados y se dijo que sería demasiado repugnante. Volvió a mirar sus venas azules y abrió la mano derecha. El cuchillo cantó en el piso como una campana desafinada. Ay, Anselmo, dijo y se recostó en el colchón.

1990



LEONARDO PADURA FUENTES (La Habana —Cuba—, 1955). En 1980 se licenció en literatura hispanoamericana en la Universidad de La Habana, y tras una destacada trayectoria como periodista de investigación, comenzó a cultivar el ensayo, y la escritura de guiones. Ha desarrollado una extensa escritura periodística que ha dado como fruto las recopilaciones de entrevistas como El alma en el terreno, Los rostros de la salsa, o El viaje más largo, que recrea ambientes y tipos que conforman la pequeña historia de Cuba, esa que corre paralela y a veces oculta la historia nacional, de las páginas del libro emergen fantasmas como Alberto Yarini, el rey de los proxenetas cubanos, y Chano Pozo, el tamborero mayor de todos los tiempos, y también otros temas como la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, y una historia del ron cubano.

Actualmente es considerado por la crítica internacional entre los novelistas más importantes de la narrativa de la isla, ya que es uno de los creadores de la nueva novela detectivesca, y es precisamente esta faceta lo que le ha granjeado la fama como escritor, sin embargo para Padura lo policial es sólo un pretexto para hablar de la sociedad cubana y hacer un examen de conciencia de su generación. De ahí que sus novelas satisfagan gustos muy diferentes. Es autor de la exitosa tetralogía Las cuatro estaciones,

formada por las novelas: Máscaras, Paisaje de otoño, Pasado perfecto y Vientos de cuaresma (Premio UNEAC en 1993).

También ha realizado una interesante antología del relato breve en Cuba desde 1966 hasta 1991: El submarino amarillo (1993).

Ha escrito guiones para documentales cinematográficos tales como: Yo soy del son a la salsa, que mereció premio Coral en el 18 Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana.

Padura reside actualmente en La Habana.

Notas

[1] Finalmente, la presunta escalera empleada por Raimundo Manzanero fue hallada en la casa de su tío Roberto Ortiz —con lo cual quedaba demostrado policialmente su suicidio—, a seis cuadras del lugar de los hechos. Parece increíble que su tío no recordara en varios días que poseía ese tipo de escalera, y más aún que nadie viera a Raimundo Manzanero transportar un objeto tan evidente —en pleno mediodía de domingo— desde la casa de su tío a la suya, pasando frente a dos bodegas, un bar clandestino, la esquina donde se reúnen los vendedores de flores y hasta una zona de los CDR, y que luego la devolviera —otra vez sin ser visto— a su lugar de origen. Además, la soga engrasada que esperaba por el cuello del suicida debió de estar colgada del techo más de quince minutos, mientras Eloísa Espinel y su pequeño hijo dormían la siesta dominical, pues, como ella misma refirió durante las investigaciones, no quiso ver la película de la Tanda del Domingo, porque era sobre una niña que se queda ciega y ella ya tiene bastantes desgracias en su vida para estar viendo desgracias ajenas en la televisión. < <